Flor de Araguaney



MARTIN DE ARANEZIO

AUTOR
Martin de Aranezio

IMAGEN DE PORTADA
Arantza Eziolaza Galan

www.literaturakoadernoak.org

ISBN: 978-84-121341-6-2
LEGE GORDAILUA. DEPÓSITO LEGAL. DÉPOT LÉGAL: BI 1602-2024

Flor de Araguaney

MARTIN DE ARANEZIO



www.literaturakoadernoak.org



www.literaturakoadernoak.org

En homenaje a María Mercedes Antxeta.
En homenaje a todas las flores de araguaney destruidas.

Alguien limpia la celda
de la tortura
que no quede la sangre
ni la amargura

alguien pone en los muros
el nombre de ella
ya no cabe en la noche
ninguna estrella

alguien limpia su rabia
con un consejo
y la deja brillante
como un espejo

alguien piensa hasta cuando
alguien camina
suenan lejos las risas
una bocina
y un gallo que propone
su canto en hora
mientras sube la angustia
la voladora
alguien piensa en afuera
que allá no hay plazo
piensa en niños de vida
y en un abrazo

alguien quiso ser justo
no tuvo suerte
es difícil la lucha
contra la muerte

alguien limpia la celda
de la tortura
lava la sangre pero
no la amargura.

– Mario Benedetti –

Introducción

«La tortura es omnipotente, el ser humano sometido a ella se encuentra, o está totalmente, absolutamente, en manos del torturador que puede hacer lo que desee con él. Nada queda de la persona torturada: su cuerpo y su alma están quebrados, doblados, "retorcidos", al servicio de los otros que lo hacen temblar y gritar de dolor. En el nombre mismo, "tortura", hay un "mal". Se tortura "retorciendo"; y el resultado es un "mal". La tortura no soporta el "derecho". Es una tiranía máxima que un individuo puede sufrir, destruye la subjetividad misma del ser humano, y solo por esta razón es incompatible con el derecho».

"Cautio Criminalis", Friedrich Von Spee, 1631.

Poco imaginaba el jesuita Von Spee que casi cinco siglos después que escribiera su obra humanista su trabajo aún siguiera teniendo tanta actualidad. En un mundo sometido al bombardeo incesante de los medios de comunicación, que nos permite conocer casi en tiempo real lo que sucede en cualquier parte del planeta, donde se supone que ya hubiera desaparecido el oscurantismo que durante siglos el Estado y las Iglesias impusieron para que su "trabajo sucio" fuera un secreto que a lo sumo algunos se empeñaban en condenar, la lacra de la tortura sigue presente desgraciadamente en nuestras sociedades. Los Estados, y también las Iglesias, han jus-

tificado siempre su proceder al utilizar la tortura como algo sistemático en la necesidad de defender a las sociedades de enemigos, fueran internos como externos.

En un principio incluso legislaron al respecto dotando al tormento de un apoyo legal que lo amparaba en función del supuesto "bien común", que en la práctica no ha sido sino la defensa de los intereses de las clases dominantes en el Estado en cada momento. Se trataba de impedir que fuerzas o individuos reacios a aceptar el orden establecido consiguieran poner en peligro los resortes del poder. El tormento se convertía así no solo en el método para conocer el entramado que pudiese existir en medios opositores, sino también en la herramienta perfecta para crear el terror de masas que haría desistir a otros de sumarse al camino de la rebelión. Por supuesto, en el derecho antiguo también se utilizó la tortura como uno más de los recursos con los que se contaba para que los acusados de delitos comunes confesaran sus delitos, o para que denunciaran a sus cómplices. Pero, la tortura, a partir del momento en el que es un método por el cual los Estados y las Iglesias se defendían de sus opositores, entra a formar parte del entramado de seguridad de esas instituciones.

Se ha intentado convencer de que la tortura es algo que los Estados no democráticos han utilizado de manera sistemática para reprimir y desbaratar cualquier intento de acabar con su sistema político, que es algo del pasado y que en las sociedades democráticas es un tema superado gracias a la protección que las leyes otorgan al ciudadano. Nada más lejos de la realidad.

Darius Rejali, investigador estadounidense de origen iraní que ha dedicado muchos años de su vida al estudio de la tortura,

es muy crítico con los Estados llamados democráticos y la relación que tienen con la tortura. Según Rejali, todas las peores innovaciones en el ámbito de la tortura se han realizado en el seno de las llamadas sociedades democráticas; denuncia por ello la hipocresía de esos Estados que nos quieren hacer creer que la práctica del tormento es algo del pasado, propio de sociedades no democráticas. En su obra "Torture and Democracy", Darius Rejali denuncia que los Estados democráticos han perfeccionado los métodos de la tortura con el único fin de encubrirla, de que no deje huella en los que la padecen. Se puede concluir, por lo tanto, que la aplicación de la tortura en cualquier sistema político es una práctica recurrente de los Estados en defensa de sus intereses y de las clases que ejerzan la hegemonía en un momento determinado.

Podríamos incluso aceptar la tesis que diferencia entre la tortura "dura" y "blanda". Podríamos aceptar como cierto, aunque los hechos lo nieguen siempre, que la tortura "dura" es característica de los Estados autoritarios o de la época más oscura de las Iglesias, mientras que los Estados modernos y democráticos (aquí las Iglesias se hacen invisibles, obviando su responsabilidad histórica) se ven obligados a recurrir a métodos de presión psicológica y de tortura "blanda" para defender a la sociedad y al bien común frente a aquellos que ponen en riesgo la convivencia de todos y el sistema legal imperante. Pero nos estaríamos engañando.

La crueldad que significa la utilización de la tortura en cualquiera de sus expresiones es siempre la misma. Se puede destrozar a una persona a golpes, se le puede quemar mediante electricidad, se le puede sumergir en líquidos hasta que casi su corazón se detenga por falta de oxígeno, se le pueden esti-

rar en la rueda los músculos hasta casi desgarrarlos… Pero la agresión sería la misma que si se le priva de sueño durante muchos días, o de líquidos, o si se le deja de alimentar durante semanas incluso, si se le somete a aislamiento sensorial o, al contrario, a ruidos ininterrumpidos, si se le lleva al límite con amenazas de hacer sufrir delante suyo a amigos o familiares. Siempre el resultado es el mismo: la destrucción de la voluntad propia del individuo para que el Estado consiga los objetivos que busca. La única diferencia es que la responsabilidad del Estado se difumina ante denuncias por la utilización de la tortura, se hacen desparecer las marcas físicas que la aplicación de la tortura "dura" produce. Ya no existirán pruebas del maltrato cuando el torturado quiera denunciar ante un juez o un fiscal, ya no habrá evidencias que demuestren el tormento. Pero el resultado amoral de destruir a una persona será el mismo.

¿Podemos creer que existe alguna diferencia entre los tormentos a los que fue sometida María Mercedes Antxeta y otros miles de detenidos de esa época a manos de Melitón Manzanas y sus agentes de la BPS en 1961, y los tormentos a los que fueron sometidos Joxean Lasa y Joxi Zabala en 1983 a manos de la Guardia Civil de Galindo y sus tropas?

No existe ninguna diferencia excepto que la primera los sufrió en una época en la que podemos considerar que era "normal" que ocurrieran, en pleno franquismo, y que Joxi y Joxean sufrieron el tormento con la "democracia" ya establecida. Los dos casos nos demuestran que, sea en la época que sea, el Estado recurre a la tortura como una de sus principales herramientas para someter a los disidentes o, en el caso de Antxeta, de quien pensaban que lo era. Ni siquiera se mo-

lestaron con Joxi y Joxean en utilizar los métodos que ya se estaban imponiendo, la llamada tortura "blanda" que exime al Estado de sus responsabilidades ocultando su práctica. Ambos casos son ejemplos de tortura "dura", también porque en ambos casos el Estado seguramente tenía prevista la desaparición de los cuerpos de los detenidos desde un principio, después de haberlos sometido al máximo sufrimiento para estar seguro de haberles sacado toda la información de la que disponían. En el caso de Joxi y Joxean, como en el de Joseba Arregi o Mikel Zabalza, por citar algunos, desgraciadamente el Estado llevó sus planes hasta sus últimas consecuencias, y los cadáveres de los dos jóvenes guipuzcoanos no aparecieron hasta varios años después, ejecutados por sus torturadores. Mercedes Antxeta tuvo algo más de suerte, pero no mucha más, pues falleció 46 días después de ser liberada y haber sufrido horrendas torturas que destrozaron su cuerpo.

El franquismo y el sistema político que le sucedió, tras una Transición que quiere presentarse como modélica, pero que en nada cambió las prácticas anteriores, tienen muchos hilos conductores de continuidad. El franquismo le legó a la "democracia" los mismos jueces que condenaban a muerte o a largos periodos de cárcel a los opositores, le legó muchas de las figuras políticas que apoyaron al régimen franquista, le legó unos cuerpos policiales y militares que en nada variaron sus prácticas, pero sobre todo le legó la tortura como arma para acabar con la disidencia. Una tortura que trascendió el tiempo, sofisticada, eso sí, para proteger al Estado, pero que se siguió aplicando por los mismos cuerpos policiales y militares contra quienes, cada uno en su tiempo, se oponían al *status quo* hegemónico. Existen muy pocas diferencias entre los Manzanas o los Conesa del franquismo, con los Billy el

Niño, los Hidalgo o los Galindo de la Transición y de la democracia. Todos ellos son herramientas de un Estado llevado al estado puro, aquel que decide que necesita una mano fuerte para acabar con los opositores de una época o los terroristas de la otra. Y se convierten en la línea del tiempo que une las dos realidades.

Una línea del tiempo que también se aplica en cuanto a la impunidad que poseen los torturadores de oficio, que cuentan en todo momento con la complicidad del Estado para esconder o minimizar su verdadero trabajo, que cuentan con jueces y fiscales para mirar a otro lado cuando la evidencia de la tortura es notable, y que convierten demasiadas veces a la víctima en victimario cuando se denuncian las prácticas de sus funcionarios.

Una línea del tiempo que se manifiesta también en la corrupción que ha caracterizado en todos los tiempos a los cuerpos policiales y militares. La permisibilidad de la que han gozado para ejercer el poder que el Estado les otorga, no solo en temas "legales", sino incluso delincuenciales. Si la Brigada Político Social franquista, con Manzanas a la cabeza, era el referente del contrabando de mercancías en la frontera entre la Euskal Herria peninsular y la continental, Galindo y sus hombres lo fueron en la introducción de toneladas de heroína en las ciudades y pueblos vascos. Por supuesto este tráfico tenía claras intenciones político-sociales, como era desactivar a la juventud vasca para que no se comprometiera en las reivindicaciones pendientes, y también con el objetivo de crear una red de confidentes esclavos de sus adicciones, pero también suponía un premio adicional que el Estado les otorgaba en pago a sus servicios. No en balde el tráfico de tabaco de

contrabando en los años 80 también se protegía, se monitorizaba y controlaba desde el cuartel de Intxaurrondo. Premios que el Estado otorgaba, además de numerosas condecoraciones y ascensos, a quienes más fervientemente lo defendían desde la primera línea.

La tortura en el Estado español tiene una línea de continuidad histórica tan perversa que incluso ha llegado a contaminar a cuerpos policiales de nueva creación, como la Ertzaintza, que debían haber sido más bien el punto de ruptura con esas dolorosas circunstancias y métodos. Incluso ha llegado a contaminar a cuerpos policiales que no habían estado tan involucrados en temas represivos, como policías forales o municipales. Es la prueba más absoluta que el Estado tiene necesidad de imponerse porque se siente débil, porque siente que la ciudadanía y sus aspiraciones van por caminos diferentes. Ahora se habla de la necesidad de un nuevo modelo policial en Euskal Herria, no es un debate nuevo, pero sí recurrente. No es casual tampoco que aparezca cada vez que una u otra policía es protagonista de violencia contra la ciudadanía. Pero la sociedad ha de ser consciente que el cambio ha de ser absoluto. No es posible crear una nueva conciencia policial manteniendo vivas las consignas del pasado; no basta con cambiar de mandos a unos policías que han sido educados y adiestrados en la represión del opositor, en la lógica de acabar con el enemigo interno. Es imposible reciclar a los miembros que han estado involucrados en malos tratos y torturas, porque de hacerlo así el modelo nuevo nacería muerto y se regresaría al puerto de partida.

Es una nueva conciencia ciudadana la que debe imponerse, aquella que haga salir definitivamente de Euskal Herria a

los cuerpos policiales que siempre se han comportado como fuerzas de ocupación en tierra extranjera. Pero también para que la policía vasca, la policía que esté al servicio del conjunto de la sociedad vasca y no de unos intereses particulares, se avenga a derecho, respetando lo que somos, los derechos de todos, y acompañando a la sociedad a resolver los graves problemas que la afectan. Es nuestra oportunidad para hablar de la tortura como algo del pasado, algo que muchos de los nuestros sufrieron por luchar por las libertades de todos. Quizá la última oportunidad para que hablemos de la tortura con la convicción de que ya nunca más volverá a producirse. Una policía conformada por personas que se sientan parte del país, no infiltrada por miembros de cuerpos policiales o militares y de fascistas que han demostrado que solo sienten odio por nosotros. Con un proceder humanista.

Este no es el libro que al autor le hubiera gustado escribir. No lo es porque en un principio el objetivo era realizar una crónica donde se relatara con el mayor lujo de detalles lo que sucedió en Donostia con la vasco-venezolana María Mercedes Antxeta en el verano de 1961. La decisión de realizar una novela ha sido consecuencia de la falta de información con la que se ha encontrado en todo momento. No ha sido posible encontrar descendientes directos o familiares de la joven ni en Venezuela ni tampoco en Euskal Herria. No existe ningún documento oficial en Venezuela que nos dé pistas sobre las torturas a las que fue sometida por la policía española, a pesar de que en la época sus familiares intentaron presentar algún tipo de denuncia ante las autoridades de ese país sudamericano. En archivos oficiales españoles el caso ni siquiera existe, algo que puede considerarse "normal" por la amnesia que se ha querido implantar con todos los casos de torturas

practicados por las fuerzas policiales españolas, entonces y siempre. Se recurrió también a la ayuda de personas dedicadas a la historia o a la recuperación de la memoria histórica, pero a pesar de sus valiosas aportaciones, no se consiguió juntar suficiente material para relatar con fidelidad lo sucedido a la joven mujer. Su nombre y las torturas que sufrió aparecen siempre en todos los trabajos, artículos o denuncias de víctimas del tiempo en el que Melitón Manzanas era el jefe de la Brigada Político Social en Donostia. Es recurrente que su caso aparezca cuando se denuncian las bestialidades que ese cuerpo policial, y en especial su jefe, llevaron a cabo contra la población donostiarra en esa época. Por supuesto, los archivos policiales siguen cerrados a investigadores, y es más que probable que tampoco aparezca nada en ellos, pues el objetivo de su trabajo nunca ha sido dar a conocer la verdad, sino más bien ocultarla y proteger a quienes con tanto afán protegieron al sistema de enemigos en cualquier tiempo.

El único medio de comunicación que denunció las torturas sufridas por María Mercedes Antxeta en 1961 fue el diario “El Nacional” de Caracas. En un editorial, el diario venezolano relató los métodos de tortura más duros que sufrió la joven, y denunció que la policía española la había sometido a ese tormento por no ayudar a defender “la unidad de España”, algo que estaba fuera de cualquier lógica medianamente inteligente pues, tal y como dijo el medio de comunicación, «la muchacha nada podía saber, porque era una simple turista en Donostia».

Por todas esas causas, el autor decidió escribir una novela que intentara ceñirse lo más posible a los hechos, sobre todo en relación con los tormentos a los que se sometió a Antxeta. Los métodos de tortura más duros que utilizaron con ella

se han reflejado en la historia tal y como los dio a conocer el diario “El Nacional” en el editorial publicado. Los otros métodos de tortura que aquí se relatan son el resultado de una extensa investigación que el autor ha realizado, donde la parte más importante la constituyen los cientos de testimonios de torturados en los últimos 60 años en cuarteles, comisarías y centros policiales españoles y de la Ertzaintza. Los implicados se verán reflejados en esta historia como vivida en carne propia porque en realidad ellos la sufrieron. Debe subrayarse que muchos de los testimonios son de épocas muy recientes, tanto que con algunos de los protagonistas este autor ha compartido vivencias, luchas, alegrías y lágrimas durante años. Se puede decir que esta novela es ficción, pero está siempre basada en hechos reales, que, si bien quizá no los padeció María Mercedes Antxeta en todos los detalles, sí otros que tuvieron la desgracia de caer en manos policiales años después y que fueron torturados con la misma saña.

Al leer y estudiar esos testimonios que han servido para darle cuerpo a la novela, el autor ha sufrido mucho. Sin lugar a dudas es el trabajo más difícil que haya realizado nunca. Los gritos de angustia, el miedo recorriendo la piel golpeada, el olor a carne quemada por los electrodos, la percepción de la proximidad de la muerte mientras te sumergen la cabeza en una bañera llena de un líquido inmundo, el dolor de los golpes, las amenazas... se han vivido como propias durante los meses que la investigación se ha prolongado. A veces la duda era muy grande, tan grande que no sabía si disponía de suficientes fuerzas para continuar adelante y concluir el trabajo. Al final fue la conciencia la que se impuso, sobre todo la conciencia de saber que toda la sociedad vasca les debe mu-

cho a quienes han sido víctimas de la tortura. Les debemos la verdad, les debemos la reparación, les debemos el romper el silencio impuesto, y, sobre todo, les debemos la necesidad de garantizar que ya nunca más puedan reproducirse situaciones como las que vivieron.

Que esta novela sea un homenaje para una joven vasco-venezolana asesinada por los torturadores de todos los tiempos, y que sea asimismo también un homenaje a quienes sufrieron en carne propia el mismo destino.

Noviembre de 2024

I

1961. Euskal Herria.

Es un año convulso en el plano internacional donde el enfrentamiento entre potencias en el marco de la guerra fría se afianza hasta límites nunca antes vistos. Los EEUU realizan numerosas pruebas de bombas nucleares para desarrollar un arsenal con el que amenazar a la URSS. Esta situación de tensión mundial obliga a diversos países a desmarcarse de la política de bloques y se produce ese año la reunión en Belgrado entre los presidentes Tito y Nasser, que va a dar lugar al nacimiento del Movimiento de Países No Alineados. También prosigue la lucha de los pueblos del llamado Tercer Mundo para liberarse de las cadenas del colonialismo, proceso que se realiza con avances y retrocesos. Mientras países como Camerún, Kuwait o Sierra Leona acceden a sus independencias nacionales, la CIA asesina al líder revolucionario Patricio Lumumba, uno de los principales ideólogos del movimiento de descolonización africano, y Francia desata masacres entre los argelinos que exigen su independencia. En Asia, India lanza una ofensiva militar contra el colonialismo portugués y logra recuperar varias ciudades que aún estaban bajo dominio de Lisboa. En Cuba, la Revolución sigue haciendo frente a los ataques de los mercenarios organizados por EEUU, quienes se han visto reforzados por la elección del presidente John F. Kennedy. Es el año en el que aviones norteamericanos bombardean territorio cubano como prólogo a la invasión de Bahía de Cochinos, cuando los milicianos cubanos dirigidos por Fidel Castro derrotan al ejército mercenario apoyado por los EEUU, lo que supone la primera derrota militar del imperialismo gringo en América Latina.

El franquismo cumple 25 años en el poder apoyado por las mismas fuerzas que lo acompañaron en el golpe de Estado contra la legalidad republicana en 1936: el Ejército, la Falange y la jerarquía de la Iglesia Católica, y, creadas a través del ventajismo que les proporcionaba la cercanía al poder, unas clases sociales pudientes que cada vez son más activas en un proceso de industrialización dirigido por el Estado y con mucha incidencia tanto en Catalunya como en Euskal Herria. Son tiempos en los que el franquismo comienza a experimentar una especie de renovación generacional, con la incorporación a puestos de relevancia de algunas figuras que serán clave en el futuro. Es el caso de Manuel Fraga Iribarne, que es nombrado entonces director del Instituto de Estudios Políticos.

Pero ese relevo generacional no supone ninguna apertura del franquismo, que sigue basando en la represión su relación con todos los pueblos del Estado. Son miles los presos políticos en las cárceles y campos de concentración, la tortura es una constante en comisarías y cuarteles, las lenguas nacionales de los pueblos están completamente prohibidas, el sistema educativo es una representación del régimen donde se siguen transmitiendo los valores del Movimiento Nacional franquista. La represión contra cualquier tipo de manifestación política, social o cultural que cuestione a la dictadura se hace sin miramientos, los partidos políticos y sus actividades siguen siendo perseguidos por ley, los cuerpos policiales y militares asesinan con total impunidad a disidentes y opositores, cuestionar la sagrada unidad de España es motivo para ser condenado a muerte en juicios sumarios dirigidos por militares...

La oposición al franquismo en el interior sigue siendo muy débil, y está representada sobre todo por el Partido Comunista de España. Este, a través de una lenta, pero continua infiltra-

ción en las bases de las organizaciones sindicales franquistas, va organizando diferentes luchas obreras en reivindicación de mejoras en las condiciones de vida en la incipiente industria.

A nivel internacional, el franquismo sigue siendo visto por los países capitalistas como un aliado, incómodo pero necesario en el marco de la guerra fría, y en algunos círculos norteamericanos se apunta incluso la posibilidad del ingreso del Estado español en la OTAN para sumar fuerzas contra el enemigo comunista representado por la URSS. Si bien ese ingreso no sucederá hasta 1981, paradójicamente de la mano de un gobierno "democrático y socialista" del PSOE, se demuestra hasta qué punto el gobierno franquista contó con la aprobación y el apoyo del Departamento de Estado de EEUU.

En Euskal Herria, las Instituciones Vascas seguían en el exilio. Tras la muerte del Lehendakari José Antonio Aguirre en marzo de 1960, la responsabilidad de dirigir el Gobierno Vasco recayó en Jesús María Leizaola. El PNV era el partido mayoritario en la composición del Gobierno Vasco, en el que también tenían representación el PSOE, ANV y otros republicanos independientes. Era un Gobierno que únicamente se apoyaba en las comunidades vascas del exterior, diseminadas en varios países de Europa y América Latina principalmente. En cambio, su incidencia en el interior de Euskal Herria era prácticamente nula.

Esta inacción hizo que numerosos jóvenes militantes de EGI, las juventudes del PNV, mostraran su desacuerdo con la estrategia del partido y se fueran alejando para crear por su cuenta nuevas organizaciones alejadas de la disciplina de la dirección nacionalista. Los jóvenes acusaban al PNV de pasividad y de acomodo, de haber abandonado la lucha en el interior y propugnaban retomar el camino del activismo para sacar a Euskal

Herria del desespero en el que el franquismo la había sumergido.

Ya en 1952 se había formado el colectivo EKIN, que propugnaba retomar la lucha para conseguir la creación de un Estado Vasco en los siete territorios históricos (Nafarroa, Lapurdi, Araba, Gipuzkoa, Benafarroa, Bizkaia y Zuberoa), con el euskara como lengua nacional de los vascos. Asimismo, defendía el activismo como herramienta de lucha para enfrentar el franquismo y conseguir esos objetivos.

En poco tiempo, las bases de esa juventud rebelde fueron ampliándose y, a medida que se alejaban de las directrices del PNV, su iniciativa creció por la pasividad de la dirección nacionalista. Es el tiempo del abandono definitivo de EGI de otros jóvenes que forman una nueva organización, ETA, la cual va a marcar la historia de Euskal Herria durante muchas décadas.

ETA comienza también a hacer pública su visión de la realidad vasca a través de varias publicaciones. La principal en esa época será "Zutik", que se publica en Caracas, Venezuela, y desde donde se comienza a criticar abiertamente a las Instituciones Vascas y a la dirección nacionalista por su pasividad. Se hace el llamamiento a la creación de la Resistencia Vasca y se marca la necesidad de una nueva estrategia en la que la responsabilidad del movimiento recaiga sobre la juventud abertzale:

«Hoy, en 1961, hay que crear la Resistencia Vasca, real, actual, abertzale, bien coordinada, con medios adecuados. Y con juventud». "Zutik" 13.

En un primer momento, los militantes de ETA realizan labores de propaganda y reclutamiento principalmente. Sus partidarios son reclutados sobre todo entre estudiantes y obreros de las

fábricas y talleres que ya se están extendiendo en la geografía vasca, de manera significativa en Gipuzkoa y Bizkaia. En 1959 comienzan a colocar pequeños artefactos explosivos en sedes de diarios de claro perfil franquista y sedes del Gobierno español, o realizan pintadas o ataques a monumentos de claro significado del régimen. Son jóvenes sin experiencia militante y menos aún de los códigos de la clandestinidad, por lo que las fuerzas policiales franquistas detienen a muchos de ellos y, siguiendo una constante que también va a perdurar en el tiempo, los someten a duras sesiones de tortura en comisarías y cuarteles, además de encarcelarlos primero en prisiones en territorio vasco para después trasladarlos a Madrid y someterlos a juicios sumarios donde se les condena a largas penas de prisión.

Ante la respuesta represiva del Estado, los jóvenes de ETA no se amilanan, sino que deciden dar un paso adelante haciendo llamamientos a la unidad de los abertzales y anunciando que están dispuestos a dar nuevos pasos en su lucha, como lo señalan en su publicación "Zutik" 14, en el año 1961.

«El tiempo de las palabras y de las discusiones en la barra del bar le da el paso al tiempo de los acontecimientos. ¡Comienza una nueva fase de la Resistencia Vasca! Las instituciones, como las personas, también alcanzan la mayoría de edad. Y, al igual que algunas personas de lenta evolución, nos produce malestar la lentitud con la que nos parece que van madurando.

Algo así nos ha pasado en cuanto a la Resistencia Vasca. En este último cuarto de siglo hemos querido que nos vean crecer y coger fuerza cuanto antes. Pero cada cosa se toma su tiempo.

Después de largos años de formación, sacrificios y peligros constantes, de grandes desilusiones ante el egoísmo y el varapalo de la mayoría, fueron configurando las instituciones para combatir al invasor en un proceso lento pero implacable. Tan conscientes e inmisericordes como los hombres que hoy dirigen y forman.

(...) Por encima de mil decepciones, de la carencia de medios materiales que no trajeron sus compatriotas, ¡ese fue y es su letargo!, siguen con mucha fe, uno a uno, captando los elementos más valiosos de las nuevas generaciones que se salvaron del naufragio espiritual provocado también por el franquismo en Euskadi, hombres y mujeres jóvenes todos ellos, no quemados, ignorados por la policía.

Jóvenes de ambos sexos, profesionales, intelectuales, empleados, trabajadores y estudiantes, entran voluntariamente en una etapa de autodisciplina y selección final mediante pruebas de eficacia.

(...) Y pensamos: ¡Ya es hora de que los que nos llamamos patriotas nos respondamos en cuerpo y alma en los momentos en que nuestros conciudadanos se enfrentan a las fieras del franquismo en el interior!».

Para su cambio de estrategia los militantes de ETA van a elegir una fecha simbólica para el franquismo, atacando y dando un salto cualitativo en su intervención. El 18 de julio de 1961 se celebraba el 25 aniversario de la rebelión franquista que se levantó contra la República de España. Cada año, el régimen celebraba en diferentes puntos del Estado concentraciones y actos en conmemoración de ese hecho. También en Euskal Herria tenían lugar esos festejos, y ETA decidió entonces que

era el momento de pasar de las palabras a los hechos, atacando a los voluntarios franquistas que iban a ser movilizados por ferrocarril para que acudiesen a las celebraciones en Donostia. El 18 de julio de 1961, tres militantes de ETA provistos de tres grandes llaves inglesas retiraron 18 tirafondos y aflojaron otros 16 que sujetaban los raíles del tren en la vía entre Bilbo y Donostia a la altura del kilómetro 53.8, consiguiendo que dichos raíles se desplazaran unos cuatro centímetros.

Sin embargo, al pasar por ese lugar, el tren repleto de excombatientes franquistas no llegó a descarrilar, aunque la vibración que produjo la manipulación de los raíles sí espantó bastante a los viajeros.

ETA relataba de esta manera los hechos en un comunicado publicado en su revista "Zutik" 13:

«ETA al Pueblo Vasco Zutik-13

El 18 de julio, recuerdo del franquismo, amaneció San Sebastián adornado con numerosos «piper poto» (nombre popular dado a la bandera española por unas latas de conserva que se vendían envueltas en ella).

La Resistencia Vasca, para ponderar y volver a combatir la represión del gobierno franquista, decidió «colaborar en las celebraciones». Miembros de las organizaciones que la integran proyectaron y ejecutaron diversas acciones, a pesar de las graves sanciones que la legislación franquista de emergencia ha impuesto para sancionar actuaciones contrarias a la seguridad del Estado.

Hacia las diez y media del 18 de julio se esperaba en San Sebastián un tren de ex soldados franquistas vascos reclutados por el Gobierno en diferentes puntos de la costa vasca y del inte-

rior del País Vasco. Acudían contratados para hacer presencia y se les prometió «comida suculenta pagada» (medio pollo y un cuartito de vino).

La Resistencia Vasca, en su decisión de hacer justicia para empezar «desde casa», decidió actuar contra esos traidores de Euzkadi. Así, poco antes de la llegada del tren, manipuló un tramo de la vía de los Trenes de Vascongadas, en un punto situado a dos kilómetros de la capital guipuzcoana. Inexplicablemente, el convoy no descarriló, a pesar de los tremendos movimientos que sembraron el pánico entre los expedicionarios fascistas preparados por el Gobierno de Franco.

Siguiendo con el programa, los patriotas vascos se dedicaron a la quema de banderas en la tarde, lo que es también un acto castigado con duras penas.

A las tres y media de la tarde, entre la esquina de la Avenida de la Libertad, hoy Avenida de España, y la calle Easo, a la altura del Hotel Londres, comenzó de repente a arder una bandera española ante el numeroso y atónito público que se paseaba por allí a esa hora.

Tres horas después, otra bandera española ardía en la calle Prim, a unos cien metros del cuartel de la Guardia Urbana de la ciudad. Y así continuó el programa hasta bien entrada la noche en diferentes puntos fuera del centro de la ciudad, obligando a la policía a hacer un duro trabajo, lo que entusiasmó a la inmensa mayoría de la población.

En cuanto a la quema de banderas, se han producido las siguientes detenciones:

Félix Arrieta, de Eibar. Mecánico en la fábrica de máquinas de coser «Alfa» de Eibar.

Eustakio Narbaiza, de Eibar. Trabaja en una pequeña industria familiar de Eibar.

José Antonio Eizagirre, vecino de Eibar. Trabaja en «Miguel Carrera y Cia» de Eibar.

Alejandro Ormaetxea. Trabajador de las «Industrias TEG» de Eibar.

Pedro María Agirregomezkorta, de Eibar, quien trabaja en «Arizaga, Bastarrica y Cia» de Eibar.

Ha habido otras detenciones de las que todavía no hemos recibido información. Lo confirmaremos en los próximos días.

¡¡EN PIE Y VIVA EUZKADI!!

Julio de 1961».

En ese comunicado la organización vasca también reivindicaba la quema de diferentes banderas españolas ocurridas en Donostia como otra parte del plan de intervención que había organizado ese día. Asimismo, hacía públicos los nombres de algunos de los detenidos a raíz de los hechos. Por supuesto, el régimen franquista respondió a la intervención de ETA con redadas masivas entre los jóvenes vascos tal y como lo hacía siempre. El objetivo era detener a los que habían participado en las acciones, pero, sobre todo, y tal como lo demuestra el hecho de que fueran más de cien personas las detenidas en toda Euskal Herria, principalmente en Gipuzkoa, se trataba de

dar ejemplo y de mantener el estado de terror para evitar que otros jóvenes se sumaran a las organizaciones abertzales.

Todos fueron detenidos y torturados sin miramiento en las dependencias policiales por la Brigada Político-Social. Algunos fueron puestos en libertad, otros fueron encarcelados en la cárcel de Martutene, otros fueron trasladados a Madrid y, acusados de rebelión, se les abrió juicio sumarísimo en el que se les pidió largas penas de cárcel.

Varios de los detenidos eran militantes de ETA, que habían participado o no en las acciones del 18 de Julio; otros eran simples jóvenes vascos simpatizantes de la causa abertzale o sospechosos de serlo. Hubo incluso quienes no tenían nada que ver con nada de aquello, pero que compartieron el mismo tormento a manos de torturadores como López Arribas o Melitón Manzanas. Es el caso de la joven vasco-venezolana María Mercedes Antxeta.

II

En este lugar es imposible saber si es de día o de noche, la única luz entra a través de la rendija que queda entre la base de la puerta y el suelo. El pequeño haz de luz parece que proviene de una bombilla que está situada en el pasillo en el corredor donde se distribuyen las celdas. Cuando me trajeron aquí creo que conté ocho, colocadas a cada lado del mismo pasillo. A mí me introdujeron en la segunda de la derecha. Al menos en ese momento no me golpearon como a los otros jóvenes que llegaron conmigo y se limitaron a empujarme adentro antes de cerrar la puerta y dejarme en esta oscuridad. A ellos también les golpearon con sus porras antes de encerrarlos. No sé si fue por ser la única mujer. Pero los golpes ya habían empezado antes de que nos trajeran a estas dependencias de lo que parece ser una comisaría en el centro de Donostia. Al obligarnos a bajar del camión policial, fuimos recibidos por un pasillo de policías armados con palos y porras y a medida que avanzábamos nos golpeaban en la espalda y en las piernas sin ninguna compasión. No parecía importarles siquiera que estuviésemos encadenados; no podíamos mover los brazos para parar sus golpes, solo inclinar la cabeza para evitar que también nos golpearan ahí. También nos insultaban, decían que éramos unos separatistas y que ellos se iban a encargar de enseñarnos el amor por España.

Ahora me duele mucho la espalda, casi no puedo mover el brazo izquierdo y no siento los dedos de la mano. En la rodilla derecha también recibí un golpe y creo que me está produciendo una hinchazón, pues siento aumenta a cada momento. Quisiera poder levantarme y alcanzar ese camastro junto a la pared que apenas distingo ahora que mis ojos se van poco a

poco acostumbrando a esta oscuridad. Pero por ahora no soy capaz siquiera de moverme. Si al menos tuviera las manos libres quizá pudiera apoyarme en ellas y levantarme para alcanzarlo y recostarme ahí. Creo que voy a tener que seguir tumbada en el suelo mientras recupero mis fuerzas. Ni siquiera sé cuánto tiempo llevo aquí; es como si la oscuridad, la soledad y sobre todo el miedo me hubiesen arrebatado la capacidad de medirlo. Tampoco entiendo qué hago aquí, por qué me detuvieron, por qué no me escucharon cuando les dije que era extranjera, una ciudadana de nacionalidad venezolana de vacaciones en el País Vasco. Ningún policía parecía escucharme, estaban muy decididos a subirme al camión donde ya se encontraban otros cinco jóvenes, y antes de hacerlo me colocaron estos grilletes en las muñecas doblándome los brazos hacia la espalda. En ese momento pensé que me iban a romper un brazo. Ni siquiera cuando empecé a llorar conseguí que atendieran a mis súplicas. Sentí mucha vergüenza cuando el uniformado que me obligó a subir al camión se aprovechó para apretarme con mucha fuerza los pechos con sus manos. Nunca nadie me había tratado de esa manera.

Cuando el camión arrancó siguiendo las órdenes de algún oficial miré a los jóvenes que viajaban a mi lado y les pregunté dónde nos llevaban, pero nadie respondió nada, solo vi que bajaban los ojos e inclinaban la cabeza y que tenían tanto miedo como yo. Fue entonces cuando escuché la voz del que estaba en la esquina más lejana diciéndonos que fuéramos fuertes, que habíamos caído en una redada de la Policía Armada y que nos iban a interrogar durante 10 días. Parecía querer darnos ánimos y nos deseaba suerte. También dijo que no delatáramos a los compañeros, que no se lo pusiéramos fácil para que luego otros fueran detenidos y siguieran nuestra misma suerte. ¿Pero a quién voy a delatar yo? Si ni siquiera sé por qué estoy aquí.

Recuerdo haber salido de la pensión para caminar por la Parte Vieja antes de ir a cenar al restaurante que queda a un lado de la Alameda, en el camino al puerto. Aún era temprano y decidí caminar un rato entre las estrechas calles. Me extrañó que hubiera menos gente que de costumbre, quizá alguien ya se temiera que algo iba a suceder y había corrido la voz. Todo fue muy rápido. Estaba mirando un escaparate de un taller de reparación de muebles antiguos, admirando una hermosa mecedora que me hubiera gustado regalar a mi padre, cuando todo fueron gritos y empujones. Llegó a toda velocidad un coche de donde descendieron tres policías y uno me empujó contra la pared mientras los otros dos me apuntaban con sus armas. Ni siquiera me permitieron decirles que había dejado el pasaporte en la pensión cuando me exigieron que les mostrara mis documentos. Me obligaron a tumbarme en el suelo y uno de ellos colocó su rodilla sobre mi espalda. Su peso no me dejaba respirar y cuando se lo reclamé me golpeó con su puño en la nuca. Entonces decidí quedarme callada y sentí que por todo el cuerpo me corría un sudor frio. Debía de ser el miedo. También sentía mi corazón contra el suelo latiendo a mucha velocidad. Enseguida llegó el camión donde me obligaron a subir tras levantarme del suelo entre los tres que me habían detenido frente al comercio de muebles. Era un vehículo viejo, completamente cerrado por una caja de metal con una puerta que tenía grandes cerraduras reforzadas por varios candados. El ruido que hicieron al retirarlos fue macabro, hierro contra hierro que te hiela la sangre y te hace darte cuenta de lo indefensa que estás. Cuando uno de los policías abrió la puerta salió un fuerte olor a cerrado y a orines que me produjo náuseas y casi me hace vomitar. Pero ni siquiera tuve tiempo para ello; fue cuando casi me rompen un brazo doblándolo hacia la espalda para colocarme estos grilletes que se me clavan en las muñecas. Adentro estaba muy oscuro, no había ninguna ven-

tilación y cuando el policía me empujó caí en una especie de banco de madera donde estaba un joven que frenó mi impulso con su cuerpo y evitó que me golpeara contra la pared de hierro. El policía bajó del camión y cuando cerraron la puerta fue lo último que vi del mundo que dejé atrás. Enseguida se escuchó el ruido de sirenas y el camión arrancó a toda velocidad. Su movimiento hacía que perdiéramos el equilibrio y en cada curva nuestros cuerpos caían sobre los demás haciendo que los grilletes se clavaran aún más en las muñecas. Cuando al fin enfilamos lo que parecía una recta en el camino pude levantar la vista. Para entonces mis ojos ya se habían acostumbrado un poco a la oscuridad y pude entrever el rostro temeroso de los que me acompañaban. Quise que alguien me dijera qué sucedía, pero estaba claro que tenían tanto miedo como yo y, aunque pregunté qué sucedía, nadie dijo nada hasta que aquel a quien nunca pude verle el rostro nos previno ante lo que nos esperaba. Quizá ya haya pasado por una situación similar alguna otra vez, pues su voz era firme e intentó darnos ánimos. Ojalá me hubiera quedado en la pensión este día.

Cuando el camión pareció llegar a su destino, frenando de manera tan fuerte que otra vez todos caímos los unos contra los otros, pero sobre todo cuando el ruido de los cerrojos y los candados se escuchó de nuevo, intenté darme ánimos pensando que en algún momento alguien debería escucharme. Decirles que hay un error en mi detención, que se han equivocado de persona, que soy una simple turista que quería conocer el País Vasco donde nacieron mis padres, que solo buscaba hacer tiempo para ir a cenar y luego irme a la pensión a dormir para madrugar al día siguiente para bajar a la playa y aprovechar los días soleados de este mes de julio. O que me permitan hablar con la Embajada de Venezuela. Ahí les van a explicar quién soy en realidad, una venezolana que hace turismo aquí; que me

ayuden para salir de esta situación y regresar a casa cuanto antes.

Pero cuando nos bajaron del camión no hubo tiempo de hablar con nadie; ahí nos estaba esperando el pasillo de policías que nos golpearon con mucha saña. ¿Por qué tienen tanto odio a esta gente? Solo son jóvenes que han sido detenidos en la calle como yo. Al menos eso creo. Tiene que haber alguien aquí con el que pueda hablar y que me escuche.

Debería haberle hecho caso a mi madre cuando decía que no era el mejor momento de ir de vacaciones a Euskal Herria, que la situación política era muy confusa y que el franquismo seguía muy vivo. A través de los contactos con los otros vascos del Euskal Etxea, mis padres se han mantenido al corriente de lo que sucede en el país que debieron dejar tras la guerra. Allá siempre están pendientes de lo que sucede aquí. También a través de las publicaciones de los jóvenes que se han estado organizando estos últimos años en Caracas. Hablan de la necesidad de un renacer de la identidad vasca. Yo no me he comprometido nunca en la política, pero sí que acudía desde pequeña a las clases de euskara y de danza en el Centro de El Paraíso. También acompañaba a mi padre a las misas de los domingos, hasta que falleció. Me gustaba que se hicieran en euskara, lo escuchaba cantar en su lengua y el brillo en sus ojos reflejaba la pena que sentía por ser un exiliado, pero en ese momento era como si regresara a su pueblo salvando las distancias. Cuando falleció lo velamos en el frontón del Centro Vasco y todos sus amigos y sus familias nos acompañaron. En el funeral no cabía nadie más en el frontón y tuvieron que sacar unos altavoces afuera para que los que no pudieron entrar siguieran el acto. Me impresionó mucho ver la ikurriña sobre su ataúd, y la homilía del padre nos hizo llorar a todos.

Él quería mucho a su tierra, pero tuvo que yacer en otra muy lejana, pues nunca pudo regresar. Quizá por eso quise venir yo a conocer este país, para traerlo conmigo, aunque solo sea en la memoria.

III

1939. Al exilio.

La II Guerra Mundial estaba por comenzar. Grupos de refugiados vascos pertenecientes al Partido Nacionalista Vasco (PNV) que se encontraban en Francia respondieron a la llamada de las autoridades de su partido para ser evacuados hacia un destino muy lejos de Euskal Herria, Venezuela, un país en el subcontinente sudamericano a orillas del Mar Caribe.

A primeras horas del día 9 de julio de 1939 llegaba al puerto de la Guaira el paquebote Cuba, de la *Compaignie Général Trasatlantique*, donde viajaban 82 vascos, hombres, mujeres y niños que huían de las consecuencias de la guerra impuesta por los franquistas y que también afectaba a Euskal Herria.

Las gestiones para la llegada de estos vascos a Venezuela las había realizado un equipo del Partido Nacionalista Vasco encabezado por el Vice-Lehendakari Jesús María Leizaola y por Julio de Jauregi, entonces director de inmigración del Gobierno Vasco en el exilio. Ambos negociaron junto a su equipo con el Gobierno venezolano, representado por el político, pintor e historiador Eduardo Monsanto, quien contó asimismo con el apoyo y el asesoramiento de varios intelectuales del país caribeño como Arturo Uslar Pietri y Antonio Arraiz. Estos consideraban que la inmigración vasca podía ser útil para Venezuela, también para lavarle la cara al gobierno de su país ante la comunidad internacional, pues su Presidente, el general López Contreras, ya había reconocido para entonces al gobierno franquista instalado en Burgos.

El responsable de la expedición del Cuba era un joven oficial de la Marina Mercante, el capitán Ricardo de Maguregi, nacido en Algorta, Bizkaia, y había sido comisionado para ello por la dirección del PNV, ordenándole que llevara a buen término la empresa y que informara de todas las incidencias que se produjeran durante el viaje, así como las de la llegada a Venezuela y la posterior integración del grupo de ciudadanos vascos en la sociedad de ese país.

La expedición partió un 25 de junio de 1939 desde el puerto francés de Le Havre, donde embarcaron los vascos y se despidieron de Europa, muchos de ellos para no regresar jamás, al son de las notas del "Agur jaunak", interpretado al txistu y tamboril por uno de los viajeros, Segundo de Atxurra. En el Cuba, además del grupo de vascos, viajaba también un grupo de refugiados judíos de diversas nacionalidades, además de otras personas que huían de Europa, en los albores de la II Guerra Mundial, en busca de un mejor futuro.

Tras salir de Le Havre, el Cuba hizo una primera escala en el puerto inglés de Southampton, desde donde se lanzó a atravesar el Océano Atlántico. El 4 de julio de 1939 llegó a su primer puerto americano, Point de Pitre, en la Guayana. El viaje se realizó sin incidencias que destacar, como lo revelan los informes enviados por el capitán Ricardo de Maruregi a los responsables de su partido. Lo más reseñable era la incertidumbre que reinaba entre el grupo de exiliados vascos ante un futuro incierto y el dolor de haberse visto obligados a abandonar su patria. En ese sentido, Maruregi escribía: «Observo que, a medida que nos acercamos a América, la gente se siente más preocupada, a pesar de todo, el ambiente general es de confianza y ánimo».

Al llegar la expedición vasca a Venezuela, toda la prensa local se hizo eco del acontecimiento, dedicándole gran cobertura en sus medios, incluida abundante documentación fotográfica. En sus páginas se destacaba que entre los recién llegados había médicos, ingenieros, administradores, agricultores y obreros especializados, que eran precisamente las profesiones que contaban entonces con gran demanda en Venezuela para relanzar su desarrollo económico. El primero en subir al Cuba a recibir a los vascos fue el escritor Arturo Uslar Pietri, acompañado de los también intelectuales y políticos Antonio Arraiz, Roberto Alamo Ibarra y Vicente Fuentes.

El domingo 16 de julio, el grupo de vascos exiliados asistió a una misa en la parroquia de Santa Rosalía, que fue oficiada por el padre Tenreiro, amigo del canónigo Alberto Onaindia, entonces asesor del Lehendakari José Antonio de Agirre. Tras el acto religioso, acompañados por el escritor Uslar Pietri, los vascos realizaron una ofrenda floral en el Panteón Nacional, frente a la tumba de Simón Bolívar, Libertador de América. Tal y como se había acordado con las autoridades venezolanas, se cantó el "Agur jaunak" y el Himno Nacional de Venezuela. Uno de los refugiados solicitó entonces permiso para cantar el "Euzko Abendaren Ereserkia", y le fue concedido por las autoridades presentes en al acto. Sin embargo, algo que debía haber sido un hecho sencillo se convirtió de pronto en una polémica política, pues el diario La Esfera, de línea muy derechista y favorable a Franco, criticó el hecho en sus páginas de manera virulenta, argumentando que se habían interpretado "himnos comunistas" en el Panteón Nacional, frente a los restos del Libertador Simón Bolívar. Lo consideraba una afrenta, más cuando se había realizado ante la presencia de un alto funcionario del Gobierno venezolano, a quien acusaron de anuencia. También el entonces representante del gobierno

franquista en Venezuela, José Antonio Sangróniz, presentó por ese incidente una nota de protesta ante las autoridades venezolanas. Pero al final este asunto no tuvo mayor trascendencia, pues el presidente venezolano, el general López Contreras, no le dio ninguna importancia y el tema se fue agotando en pocos días en la prensa.

La posición del presidente venezolano López Contreras entraba en concordancia con la política de su gobierno de atraer inmigrantes hacia el país caribeño, ya que en ese tiempo estaba inmerso en un proceso de desarrollo y modernización para el que necesitaba con urgencia personal técnico y profesional de todo tipo. Incluso en la prensa venezolana se apoyaba entonces la inmigración de vascos. Un editorial del diario "El Heraldo de Caracas" decía en ese sentido: «Indiscutiblemente, una de las emigraciones más deseadas por Venezuela es la inmigración vasca. Entendiéndolo así, el Gobierno de Venezuela gestiona entre los mejores elementos refugiados en Francia su venida a nuestro país, y bastantes de ellos han llegado ya, dando en sus respectivas especialidades los mejores y más brillantes resultados».

Fernando de Carranza, quien fue delegado del Gobierno Vasco en Venezuela, presentó un informe en nombre de su delegación en el I Congreso Mundial Vasco, donde señalaba que hasta 1940 los vascos llegados a Venezuela eran aproximadamente 500. A finales de la II Guerra Mundial, entre 1945 y 1947, ese número había aumentado considerablemente, y a comienzos de la década de los años 50 se vuelve a producir una nueva inmigración vasca hacia el país caribeño, tanto por razones económicas como políticas. En 1956 Carranza informaba al Gobierno Vasco que la inmigración vasca en Venezuela se situaba entre 8.000 y 10.000 personas.

La llegada de los refugiados vascos a Venezuela no estuvo, sin embargo, exenta de polémicas desde un principio. Las autoridades venezolanas vetaron que en el grupo de exiliados se incluyera a personas de militancia de izquierdas, debido al fuerte sentimiento anticomunista que manifestaban entonces. El gobierno de López Contreras había reconocido en 1938 al gobierno franquista de Burgos, y los delegados franquistas se habían encargado de acusar a los republicanos españoles de comunistas, socialistas y anarquistas, lo que sin duda influyó de manera importante en la decisión del Gobierno venezolano a la hora de aceptar inmigrantes en su país.

Por otro lado, el Gobierno venezolano había aprobado hacía poco tiempo el Plan Trienal que iba a regir la actividad del país en los siguientes años. En dicho Plan se daba mucha importancia a la llegada de migrantes por las propias características de la sociedad venezolana. En su Punto 7 se decía lo siguiente: «Nuestra demografía es estacionaria y, por lo tanto, necesita aportes de sangre nueva que promuevan su favorable crecimiento. Venezuela no será jamás un gran país sin un paralelismo armonioso ante su potencialidad económica y el factor humano». Para conseguir los objetivos de dicho Plan, se creó el Instituto Técnico de Inmigración y Colonización.

También apareció publicado en 1938 un informe del doctor Simón Gonzalo Salas donde se defendía la necesidad de una inmigración a Venezuela que tuviera características de homogeneidad étnica y políticamente moderada. Se argumentaba entonces la necesidad de no caer en los errores cometidos en Argentina y Brasil, donde supuestamente se había producido una inmigración incontrolada.

Simón Gonzalo Salas también identificaba a esos candidatos a ser migrantes en Venezuela, y los situaba en Francia, preci-

samente entre los vascos refugiados en ese país y que pertenecían al PNV. Sobre ellos, Gonzalo salas decía en su informe: «Son vascos y están en la actualidad en Francia, deseosos de venir (…), hoy están huérfanos de su Gran Patria y acogerían la nuestra con el músculo y el corazón. Están exentos de tutelaje extranjero y, por lo tanto, con ellos está salvado el más grande inconveniente cuando se presente el problema de la inmigración».

Su preferencia por los refugiados del PNV la justificaba así: «La ideología político-social del PNV no se amolda ni con la concepción marxista de las sociedades humanas, ni con la mentalidad petrificada del elemento conservador, enemigo de toda innovación justa, y ajeno a los principios de una justicia social bien entendida».

Por supuesto, esa posición de Venezuela enseguida fue tenida en cuenta por el PNV, y en el verano de 1939 el Euzkadi Buru Batzar se reúne con sus representantes en el Gobierno vasco para decidir cómo debía ser la inmigración a Venezuela. El Vice-Lehendakari Jesús María de Leizaola resumió lo decidido en nueve puntos, que hacían referencia sobre todo al carácter económico que debían tener, por encima de lo político, priorizando la creación de empresas que pudiesen ser un complemento a la economía en Euskadi. En ese sentido, se preveía incluso la creación de una flota de comercio para aprovechar la existencia de numerosos marinos entre la comunidad vasca refugiada en Francia. En definitiva, el PNV veía la inmigración vasca a Venezuela como un posible aporte económico a las finanzas del partido, además de alivianar la situación de los exiliados en Francia.

Entre los vascos que ya estaban entonces instalados en Venezuela se escucharon voces contrarias a la inmigración de sus

compatriotas, y la desaconsejaron en un primer momento por varias razones. El doctor José María Bengoa Lekanda, quien había llegado a Venezuela en abril de 1938 decía lo siguiente: «Para encontrar trabajo en Venezuela o se trae dinero para iniciar empresas nuevas o desconocidas en este país, o fatalmente hay que lanzarse al interior en busca de trabajos que casi nunca quieren los venezolanos (…), la lucha en el interior es bastante dura, máxime teniendo en cuenta la insalubridad que existe».

Este tema de la insalubridad vuelve a ser un argumento para rechazar la inmigración por parte de otros vascos residentes, incluso se utilizan argumentos racistas para oponerse a ella. Es el caso de Andrés de Aranbala: «Mi modesta opinión sobre este tema particular es que sería un verdadero crimen que nuestra gente viniera como inmigrantes, con decirte que el 99% de los venezolanos tienen los defectos de los españoles y ninguna de las virtudes queda todo dicho. Añadiéndole a todo esto el clima con todo tipo de enfermedades que caracteriza al trópico, no faltando las venéreas, se dice que el 75% de los naturales están sifilíticos. Solamente este detalle sería más que suficiente para pensar seriamente sobre la responsabilidad que supondría para nuestras autoridades tal inmigración».

Incluso Ramón de la Sota, uno de los delegados del Gobierno Vasco en New York, aconsejaba que los refugiados vascos no viajaran a Venezuela. En una carta dirigida al Lehendakari Agirre decía: «Hace pocos días vino a visitarme de Venezuela un amigo inglés, Mr. Dempster, (…); nos dijo cosas muy interesantes sobre la inmigración vasca a ese país, que a su juicio sería un desastre (…). Según Mr. Dempster, las tres últimas inmigraciones, la de los alemanes, los canarios y los suecos, han sido completos fracasos, y los periódicos claman ahora por la inmigración vasca».

Pese a esas opiniones contrarias, el PNV decidió seguir adelante con el proyecto, sobre todo tras el nombramiento en la primavera de 1939 de Arturo Uslar Pietri como director del Instituto Técnico de Inmigración y Colonización venezolano, a quien apoyaba como subdirector Simón Gonzalo Salas. Ambos estaban convencidos de que la inmigración vasca sería útil para su país.

Desde el primer momento de las negociaciones, la parte venezolana restringió la posibilidad de un acuerdo a que únicamente los refugiados provenientes del PNV pudiesen establecerse en Venezuela. Esto produjo un gran malestar en el interior del Gobierno Vasco entre el resto de fuerzas que lo componían (PSOE; PCE; Izquierda Republicana, ANV-EAE…), quienes decidieron retirarse de las negociaciones. Esas fuerzas políticas criticaron el carácter partidista que tomaba el proceso. Críticas que fueron especialmente duras por parte de los representantes del ala izquierda del PSOE y del PCE. Destacaron los ataques contra el PNV del diputado socialista a las Cortes por Gipuzkoa Miguel Amilibia, quien criticó abiertamente al partido nacionalista por utilizar las estructuras del Gobierno vasco para favorecer a sus militantes en el exilio.

Las críticas a cómo se estaba desarrollando el proceso incluso llegaron al interior del PNV. Venezuela exigía que los seleccionados fueran miembros del partido y el Euzkadi Buru Batzar comenzó a elaborar las listas. Esto fue rechazado y criticado por algunos miembros importantes del partido, como Telesforo de Monzón, que pensaban que debía ser el Gobierno Vasco y no el PNV quien debía elaborar dichas listas. Ello no fue aceptado por el EBB y se siguió con el plan establecido desde el partido, llegando a acuerdos con las autoridades venezolanas.

En base a esos acuerdos, los exiliados iban a salir de Francia con un contrato de trabajo por tiempo indefinido. El Gobierno venezolano anticipaba a los exiliados los gastos del viaje y la instalación en el país, comprometiéndose los vascos a reintegrar esos gastos en un tiempo prudente. También se acordaba que los inmigrantes vascos no serían destinados a las colonias agrícolas del interior de Venezuela, donde las condiciones de vida eran muy duras.

Al llegar a Venezuela los refugiados vascos fueron apoyados en un primer momento por otros vascos que ya vivían en el país caribeño. Muchos de ellos consiguieron enseguida un trabajo gracias a los acuerdos entre las autoridades venezolanas y el PNV. Al existir muchos profesionales entre ellos, no tardaron incluso en retomar las mismas actividades que realizaban en Euskal Herria. La mayoría de los médicos que habían llegado se trasladaron al interior del país, donde eran más necesarios sus servicios. Otros consiguieron montar talleres o comercios en sus diferentes ramos. Mientras, el capitán Maruregi monitorizaba todo el desarrollo de la instalación de los refugiados vascos y enviaba detallados informes a los responsables del PNV. En una de sus cartas dirigidas al EBB en 1939, Ricardo de Maguregi decía que «la acogida ha sido buena por parte del pueblo en general». También informaba que las autoridades venezolanas habían reconocido sin problema alguno como documento oficial el "Igarobide", el pasaporte vasco emitido por el Gobierno Vasco, y que los refugiados habían contado con el apoyo de autoridades, intelectuales, la prensa progresista y también de algunos jesuitas vascos que vivían en Venezuela.

La solidaridad entre los recién llegados se puso en marcha incluso antes de pisar tierra venezolana. Durante la travesía del Cuba se comenzó a debatir una propuesta de Ricardo de Maguregi para crear una organización que ayudara a garantizar

una ayuda mínima a los refugiados. Ya en Venezuela, el grupo de vascos se reunió el 6 de agosto de 1939 en el Hotel Edurne de Caracas. En esa reunión se fundó la Asociación Vasca de Socorros Mutuos, con Ignacio de Rotaetxe como su primer presidente. Es la primera institución vasca que se fundaba en Venezuela y que en 1943 contaba ya con 217 socios entre personas individuales y familias.

El segundo grupo de refugiados vascos con destino a Venezuela partió el 28 de julio de 1939 del puerto francés de Le Havre a bordo del navío Flandre. El responsable de este viaje era Eusebio Barriola Irigoyen, quien había sido capitán del Batallón San Andrés, perteneciente al sindicato ELA-STV. Tras ser hecho prisionero había sido condenado a muerte en la cárcel de Santoña, pero pudo salvar la vida gracias a un intercambio de prisioneros que se produjo en 1938. En el Flandre viajaron 139 refugiados vascos.

Un tercer viaje lo realizó el buque Bretagne, donde el responsable fue Francisco Elortegi Gambe, capitán de la Naviera Sota y Aznar, y había sido comandante del bou de guerra Donostia, que había participado en la batalla del cabo de Matxitxako. Con 53 refugiados vascos a bordo, el Bretagne llegó al puerto venezolano de La Guaira el 26 de agosto.

Otros refugiados vascos llegaron después a Venezuela procedentes de la República Dominicana, gobernada entonces por el dictador Trujillo, y donde las condiciones sociales eran muy complicadas para que los vascos pudieran instalarse en el país. Esto obligó a la mayoría a buscar la manera de proseguir su viaje, y pusieron su mirada en Venezuela. Muchos de ellos no poseían ningún documento de identidad, pues habían llegado al país caribeño tras la caída de Catalunya en manos de las tropas franquistas, o provenientes de campos de concentración en

Francia. Este problema pudo ser resuelto gracias a la intervención que diversas autoridades del PNV realizaron con el consulado venezolano en Ciudad Trujillo, consiguiendo que las autoridades venezolanas aceptaran el Igarobide, el pasaporte vasco emitido por el Gobierno de Euzkadi, como documento válido para viajar e ingresar a Venezuela.

Los viajes de los refugiados vascos a Venezuela en estos años fueron verdaderas epopeyas que estaban condicionadas por su propia condición de exiliados, el contexto bélico en el que se realizaron y la incertidumbre que los acompañaba al tener que abandonar su tierra sin saber si en algún momento pudieran regresar de nuevo, o el desconocimiento de qué iban a encontrar al final del viaje. Aun así, hubo otro capítulo entre esos viajes que asombró a propios y extraños por la audacia que mostraron sus protagonistas. 16 exiliados vascos en Iparralde se lanzaron a cruzar el Océano Atlántico en dos pequeñas lanchas sardineras. Recorrieron en precarias condiciones una distancia de 7.222 kilómetros cinco meses después de acabada la guerra civil en el Estado español y durante los días en los que la Alemania nazi invadía Polonia, dando inicio a la II Guerra Mundial.

Las dos embarcaciones eran el Donibane y el Bigarrena, barcos gemelos de casco y costillas de madera, con 14 metros de eslora, 3,5 metros de manga, y entre 2 y 3 pies de calado, provistas de un motor diésel de 50 cv de potencia. Las dos motoras sardineras habían sido construidas en un astillero de la desembocadura del río Adour por refugiados vascos y, después de haber sido botadas en el puerto de Donibane Lohizune en agosto de 1938, se habían dedicado a la pesca en la costa vasca.

El 16 de agosto de 1939 partieron del puerto de Baiona llevando como tripulación a los siguientes refugiados: En el Biga-

rrena viajaba José María Burgaña, de Mutriku, como capitán. Le acompañaban Antonio López Altunaga, de Mundaka; Emilio de la Hoz, de Getaria; Cosme Goitiz, de Lekeitio; José Zabaleta, de Ondarroa; Ricardo Azpiritxaga, de Durango y Joseba Arrandiaga, de Elantxobe. En el Donibane el capitán era Pedro Ruiz Loizaga, de Mundaka, y la tripulación la companían León Agirregomezkorta, de Mutriku; Mosé Bedialauneta, de Ondarroa; Pedro Bernedo, de Ondarroa; Silvestre Isasi, de Getaria; Fernando Etxegoien, de Bedia, Ramón Koskorrotza, de Lekeitio; y Francisco Valdivieso, cuyo origen es desconocido. Una vez en alta mar, los dos capitanes ordenaron colocar la ikurriña en la popa de las embarcaciones, bandera que las identificó durante todo el viaje.

El primer incidente que sufrieron se produjo ya estando en alta mar cuando en el Bigarrena se descubre la existencia de un polizón, quien resulta ser otro refugiado vasco, Migel Marina Barredo, de Bilbo. Ante la imposibilidad de dar marcha atrás o encontrar un lugar donde desembarcarlo, las dos lanchas deciden seguir su viaje y llevar al polizón con ellos.

La ruta que debían seguir era complicada, pues no podían acercarse a las costas de las Islas Canarias, en ese momento en manos del ejército franquista, ni tampoco a las de las islas Azores o de Madeira, pues el gobierno portugués del general Salazar era una dictadura aliada de Franco. Es por ello que pusieron rumbo a las costas de Senegal, y llegaron al puerto de Dakar, donde repostaron combustible y se aprovisionaron de agua y alimentos para su travesía, especialmente fruta para combatir el riesgo de contraer escorbuto.

Desde el puerto senegalés se lanzaron a atravesar el Atlántico y pudieron alimentarse de pescado gracias a las artes de pesca que cargaban en las embarcaciones. También se cruzaron

en algunos momentos con navíos mercantes que realizaban el recorrido entre América y Europa, pero en esos momentos en los que la II Guerra Mundial ya había estallado, todos los evitaron, pues existía mucho temor a los posibles ataques de submarinos alemanes, y las dos pequeñas embarcaciones semejaban torretas de submarinos vistas a la distancia en la inmensidad del océano. También se produjo un incidente cuando el motor de una de las dos embarcaciones se paró por un problema en su dinamo, pero uno de los tripulantes era electricista y pudo repararlo y prosiguieron el viaje.

Tras una travesía de tres semanas desde que salieran de Baiona, el Bigarrena y el Donibane llegaban al puerto de Río Caribe, en el Estado Sucre de Venezuela, el 6 de septiembre de 1939. Desde aquí avisaron de su llegada a los responsables de la colonia vasca en el país sudamericano, quienes les ordenaron que llegaran al puerto de La Guaira para regularizarse ante las autoridades venezolanas. Llegaron a La Guaira dos días después. Fueron recibidos por las autoridades venezolanas representadas por el capitán del puerto, el jefe de inmigración y el médico responsable de Sanidad. También quiso unírseles el Cónsul de España en la localidad, pero los navegantes vascos no le permitieron subir a las lanchas, y al desembarcar lo hicieron cargando la ikurriña al hombro.

IV

El capitán López Arrimadas estaba esa mañana bastante contrariado. No había podido dormir en toda la noche por tener que hacerse cargo del incesante llegar de detenidos a la Jefatura de San Sebastián en las últimas horas. El capitán tubo llevar personalmente a cabo dos salidas para efectuar algunas detenciones y registros en domicilios particulares. Estuvo pendiente, además, de toda la operación que sus tropas habían llevado a cabo en la capital y otras localidades de Gipuzkoa para dar con los autores del intento de atentado contra el tren que traía a Donostia a los excombatientes para celebrar el 18 de julio, y de la quema de las banderas y lanzamiento de propaganda subversiva en el centro de la ciudad. También había ordenado que se comenzara a calentar a los detenidos para los interrogatorios que comenzarían en cuanto los miembros de la Brigada Político Social así lo ordenaran, pues eran ellos los que recibían las órdenes directamente desde Madrid y relegaban a la Policía Armada a servir como simples servidores de los "secretas". Los calabozos de la Jefatura se habían quedado pequeños con la cantidad de detenidos en la operación. Los había tenido que amontonar de cualquier manera en las pequeñas celdas y, cuando ya no cupieron, a algunos los habían encadenado a los radiadores de la calefacción de los pasillos e, incluso, de su propia oficina. Pensaba que a medida que se les fuera interrogando y determinando la implicación que tuvieran en los hechos y se les dejara en libertad o fueran conducidos a la cárcel, las cosas irían a mejor. Entonces podrían centrarse en los más implicados en los hechos y conseguir la información que desmantelara completamente aquella nueva red que al parecer se estaba organizando entre los opositores al gobierno.

Muchos de los detenidos eran viejos conocidos. Habían sido detenidos tantas veces que ya conocían el procedimiento y cuando él y sus agentes aparecían en sus domicilios no se resistían demasiado. Incluso eran capaces de decir algunas palabras elegantes de resignación, como viejos conocidos que se reencuentran ante la fatalidad del momento. Sabía que serían los primeros en ser liberados, a no ser que se les pudiera sacar alguna información nueva e inculparlos y encarcelarlos por un tiempo, a decisión del juez que estuviera de guardia ese día y de su humor del momento. Pero normalmente serían los que primero abandonaran la jefatura para regresar a su casa, no antes, por supuesto, de que tuvieran claro que la policía los tenía bien controlados, que no era gratis enfrentarse al gobierno y que en cualquier momento se les iba a pedir que respondieran por su rebeldía.

En los tres años que llevaba al mando de la Jefatura la mayoría habían desfilado ahí varias veces y, aunque sabía que ya lo conocían todo de ellos, siempre había alguna información nueva que sacarles. Era cuestión de saber apretarles las tuercas en el momento preciso. Para ello contaba con su lugarteniente el sargento Rodríguez, un hombre que era de su plena confianza como se lo había demostrado a lo largo de los últimos diez años que estaba a su mando. Pero también sabía que había que controlarlo de cerca, pues muchas veces se le iba la mano con los detenidos y, aparte de inutilizarlos para sacarles información, podía crear algún problema con sus superiores cuando el detenido o sus familiares tuvieran alguna relación con algún personaje influyente. Como aquel caso del hostelero del barrio del Antiguo que fue detenido por una pelea con un cliente y Rodríguez le calentó de lo lindo y resultó que era primo de uno de los responsables del Movimiento en Navarra y fue a protestar con sus superiores de la Inspección General de la

Policía Armada en Madrid. Tuvo que castigar a Rodríguez con un mes de arresto para acallar el asunto, pero de ninguna manera iba a prescindir de él, pues sabía que no iba a encontrar a nadie que fuera capaz de cumplir sus órdenes de manera más disciplinada. Ni nadie capaz de guardar la discreción y el silencio en los varios negocios que manejaba con los burdeles de la ciudad, de los que recibía cantidades de dinero a cambio de protección, ni de mirar a otro lado en cuanto a permisos y otras cuestiones legales. Mientras Rodríguez recibiera una parte, que él le entregaba puntualmente cada mes, no habría ningún problema y obedecería sus órdenes sin rechistar.

Rodríguez había entrado a sus órdenes siendo cabo a principios de los 50 en la campaña de Huesca contra el maquis comunista que entonces se refugiaba en la montaña, pero también mantenía enlaces y contactos en las zonas urbanas. La Guardia Civil los perseguía en el monte y ellos debían cortar las cadenas de apoyo y suministro de armas, municiones y alimentos que estaban organizadas en los centros urbanos. En su destino en Jaca pudo entender que aquellos perdedores de la guerra no estaban dispuestos a rendirse tan fácil y seguían combatiendo al gobierno en una pelea desesperada. Aquellos perdedores habían contado con el apoyo de los jefes del comunismo en un principio, pero luego fueron abandonados a su suerte, y entre la Guardia Civil y ellos se habían ocupado de combatirlos por todos los medios hasta que desaparecieron. Pero no fue una tarea fácil, aquellos comunistas y anarquistas eran gente dura que incluso habían peleado en Europa contra los alemanes y habían aprendido mucho de tácticas y movimientos guerrilleros. Tuvieron que esforzarse y aplicar medidas duras sobre todo para acabar con los apoyos que tenían, pues al fin y al cabo el gobierno sabía que, si se cortaban sus cadenas de suministro y apoyo, en poco tiempo serían derrotados. Y así fue,

aunque todo aquello aún traía recuerdos de gente que aprovechó para sacar sus peores instintos, gente que como Rodríguez no le tenía miedo a la muerte y se liaba a tiros con cualquiera en el momento decisivo, que era capaz de arrancarle una información a un detenido en poco tiempo para aprovechar la ocasión y dar con sus cómplices enseguida, y evitar que siguieran haciendo daño. Gente sin escrúpulos que aún tenían viva la conciencia de la guerra, de la lucha sin cuartel que enfrentaron con los comunistas y con los ateos que querían destruir España. Gente que obedecía órdenes sin plantearse si eran justas o no, que lo mismo echara para el monte a perseguir guerrilleros durante largas jornadas pasando hambre, frío e incomodidades, que se jugara la vida en cada camino y vereda, o que se emborrachara hasta caer como muerto en los pocos días de permiso de los que disfrutaban.

Rodríguez era uno de esos, un hombre que no sería muy inteligente, un hombre sin instrucción alguna, pero era de ese tipo de hombres que los conquistadores llevaron a América y en poco tiempo y echándole muchos huevos fueron capaces de hacer de España el mayor Imperio de su época. Hombres como Rodríguez eran los que él necesitaba tener a su lado, aunque a veces también le produjera náuseas, como cuando prostituía a las mujeres de cualquier pueblo ocupado y a cambio de matar su hambre se aprovechaba de ellas. Náuseas que aún siente cuando le escucha contar sus hazañas cuando van a un burdel en busca de su paga, y se queja del precio que las muchachas le exigen ahora y recuerda que, a muchas, más jóvenes y más bonitas, se las llevó al pajar por una simple manzana.

El capitán también gusta hacer uso de los servicios de las muchachas, pero siempre con discreción. Nunca sube a las habitaciones con alguna cuando va a cobrar con Rodríguez, prefiere darse una escapada solo de vez en cuando, porque además

de no tener a Rodríguez cerca, aprovecha para charlar con los proxenetas que manejan a las chicas y muchas veces las visitas le salen gratis. Además, ese mundo es también una buena fuente de información, en esos lupanares se mueve mucha gente y es increíble lo que un cliente puede a veces confesarle a una prostituta, o cuando algunos se emborrachan y se les suelta la lengua. Pero sobre todo le sirve para tener información sobre gente que se mueve en temas de delincuencia común, contrabandistas, ladrones, estafadores, proxenetas rivales, porque los opositores al régimen, aunque algunos también son clientes más o menos asiduos, siempre son más discretos. Él no se considera un vicioso, sino que es un hombre y como tal tiene sus necesidades. Sus visitas a los burdeles siempre se distancian en el tiempo, y nunca al mismo dos veces, sino que va pasando de uno a otro, no fuera a ser que al final se acostumbren a su presencia y le acaben perdiendo el respeto y, sobre todo, el temor que como policía impone. Sus necesidades vienen sobre todo de las condiciones que el cuerpo de la Policía Armada impone a sus miembros para casarse. Al capitán López Arrimadas le hubiera gustado casarse con una joven de Donostia o de cualquier otro lugar donde ha estado destinado y formar una familia, pero el reglamento exige que, en caso de querer casarse, el policía armado debe proveer a sus superiores de la información referente a su pareja. Es una medida de seguridad que comprende, para que la policía no sea infiltrada de una u otra manera, pero en su caso particular no lo acepta, le parece denigrante que los mandos se pongan a hurgar en su vida personal, ya bastante controlada por el tipo de vida a la que se ven obligados a llevar, y no está dispuesto a pasar por semejante trance. Además, tampoco considera fácil encontrar una pareja en Donostia. Consideraba a los vascos una especie de gente rara, muy cerrada entre sí, que además arrastraban todavía el drama de haber perdido la guerra y de

seguir odiando a los vencedores. Es como si de repente unos extranjeros hubiesen invadido una parte de España y se hubieran instalado ahí convirtiéndola en un país extraño. No entiende su forma de ser, y menos su cultura, sobre todo por el idioma de salvajes que hablan, que a pesar de estar prohibido siguen utilizando a escondidas y a veces ni siquiera saben hablar español como Dios manda. Son extraños incluso cuando hacen sus fiestas, donde aprovechan para saltarse las leyes y sacan esos símbolos de paganos que tienen, o hasta los colores de su bandera prohibida, utilizan hasta la gastronomía para disimular lo que piensan, que no es otra cosa que irse de España. Y lo peor es que muchas autoridades están cayendo en el juego y se olvidan de su misión; por llenar la panza en una de sus sociedades se olvidan que ahí se esconden también los enemigos de nuestra Patria. López Arrimadas odia a los vascos, no solamente porque lucharon en la guerra con los enemigos de España, sino también por cómo son, por hacerle ver día a día que nunca lo aceptarán ni a él ni a los suyos en su sociedad. Esta gente no es española, y por muchos palos que les demos nunca lo serán, piensa, además que está seguro de que con el tiempo van a producir muchos problemas. Basta con ver a la juventud que llega aún más rebelde de lo que habían sido sus padres. Algunas veces les había comunicado a sus superiores sus reflexiones, conminándoles a tomar cartas en el asunto antes de que el problema creciera. Pero nunca tuvieron éxito sus reclamos; siempre le contestaban que todo estaba bajo control, que siguiera con su labor de perseguir a los opositores y de darles su merecido a los rebeldes, que el Estado y la Iglesia también estaban trabajando para poner a los vascos en su lugar. El Estado, cada día más corrupto, plegado a los intereses de los grandes industriales de aquí, y la Iglesia, lo dirán por los jerarcas, pues los curas de los pueblos y de las parroquias son igual que su gente. Tengo mucha información sobre curas que

dan las misas en vascuence, y cuando los he denunciado me han remitido siempre con el obispo. Algunos de ellos han acabado en la cárcel de curas de Zamora, pero a la mayoría solo los ha llamado al orden el obispo.

Deberíamos enviar a los vascos a Francia o América y traer españoles a vivir aquí, piensa muchas veces el capitán López Arrimadas, aunque luego reflexiona y se da cuenta de que poco a poco eso ya está sucediendo. No porque se esté expulsando a los vascos de su tierra sino porque cada vez vienen más españoles a vivir y trabajar al País Vasco. Incluso muchos paisanos extremeños están llegando a trabajar en las fábricas y talleres que se están abriendo, o en la construcción de los muchos edificios que se multiplican en las ciudades y pueblos alrededor de las fábricas. A veces lo ha hablado con su paisano Rodríguez; no entiende por qué el gobierno le trae inversión a esta gente que no se siente española. Mejor sería que lo hiciera a lugares como su Extremadura natal, donde los pobres siguen siendo más pobres que una rata, igual que antes del Glorioso Movimiento Nacional, pues los señoritos todo lo han querido para sí siempre y no han dejado nada más para nadie. Nuestros paisanos siguen emigrando a Alemania, o ahora aquí, al País Vasco, pues allí no hay trabajo que valga la pena. Menos mal que aún nos queda el Ejército, la Policía o la Guardia Civil, le dice a Rodríguez que al escucharlo siempre se encoge de hombros. Los extremeños siempre dejando la tierra vacía. Es nuestra condena, continúa, ojalá que los que lleguen aquí se adueñen de esto y vuelva a ser España, aunque mis dudas tengo, pues entre ellos siempre ha habido mucho rojo. Veremos cómo vienen sus hijos y si en una generación o dos no se convierten en otros vascos más.

El tema de casarse le venía atormentando desde que se graduó de teniente en la Academia de Formación del barrio madrileño

de Canillejas. En el año y medio que estuvo ahí pensó muchas veces en encontrar pareja y establecerse. Incluso conoció a una muchacha con la que paseaba los domingos después de misa por el centro de la capital y se sentaban en una terraza a tomar un café. Pero eso duró poco; hija de un oficial del Ejército del Aire, su padre creyó que un policía armado era poca cosa para su hija y la comprometió con el hijo de un coronel colega suyo. Pero López Arrimadas ni tiempo tubo para llorar la pérdida; nada más graduarse lo destinaron a Huesca para combatir al maquis apoyando desde la comisaría de Jaca a la Guardia Civil que andaba en el monte a la caza de los comunistas rebeldes. Fue una experiencia dura y trabajosa, pues ni tiempo tuvo en los tres años que estuvo de sub-comandante del puesto para intentar hacer una vida civil, todo se lo dio a la Policía. Cuando los guerrilleros fueron prácticamente aniquilados y los supervivientes huyeron al exilio en Francia primero y a América después, a él lo ascendieron a capitán y lo nombraron comandante de la Jefatura de Donostia, en el País Vasco. Al principio se alegró, y se llevó con él a Rodríguez como subalterno, pero ahora, después de varios años en este destino, hubiera preferido que lo destinaran a cualquier otro sitio.

Su principal problema era la Brigada Político Social, o, mejor dicho, la que más le impedía ir subiendo de rango o, al menos, conseguir unas mejoras económicas que le hicieran pensar en pedir la baja y vivir de las rentas o montar algún pequeño negocio en otra provincia fuera del País Vasco, donde pudiese rehacer su vida y olvidarse de los peligros y sinsabores que acarreaba ser policía. Cuando llegó a Donostia y vio que era una ciudad en la costa y además muy cerca de la frontera con Francia, pensó enseguida que allí le sería fácil a un oficial de policía hacer negocios con los que mejorar su sueldo. España era un país de necesidades y el contrabando estaba a la orden

del día para abastecer a pudientes y deseosos de placeres que eran difíciles de conseguir bajo el régimen franquista. Licores, tabaco, pornografía se movía cada vez más haciéndole la competencia al tradicional trasiego de animales entre los dos lados de la frontera. En un principio se frotó las manos, pero enseguida se dio cuenta de que los miembros de la Brigada Político Social eran los dueños y señores del negocio y, lo peor de todo, que no estaban de ninguna manera dispuestos a compartir, y menos aún con un oficial de la Policía Armada a la que consideraban como una herramienta a su servicio.

Hasta 1959 los policías armados habían tenido una manera de aumentar sus salarios gracias a que entre sus competencias se encontraba el control del tráfico en las carreteras. No era un negocio muy lucrativo, sobre todo derivado del cobro de cantidades de dinero a camioneros que transportaban mercancías entre las ciudades de toda la península, y que casi siempre cometían algún tipo de infracción en sus recorridos. A veces iban sobrecargados, otras sin los documentos obligatorios, a veces no respetaban el código de circulación y en vez de castigarlos con la multa correspondiente, los agentes solían llegar a un acuerdo con los transportistas y, tras un pago que nunca llegaba a las arcas del Estado, les dejaban proseguir con su viaje. Los oficiales sabían que los agentes realizaban esas prácticas, pero sabían también que los salarios eran bajos y que los policías debían buscar de alguna manera mejorar su situación. Se limitaban a hacer la vista gorda, no permitir que esa práctica se saliera de lugar para que no se produjera algún tipo de escándalo que llegara a oídos de sus superiores, y cada semana los agentes les entregaban una parte de sus ganancias, con lo que todo el mundo quedaba contento. No era un gran negocio, pero algo dejaba a final de mes. No era muy lucrativo primero porque no se podía extorsionar a cualquier transportista,

él se lo había dejado muy claro a sus subordinados. Muchos de los camioneros eran empleados de grandes personajes del régimen franquista, propietarios de las flotas de camiones y que manejaban en exclusividad las limitadas concesiones que la autoridad otorgaba para el transporte de alimentos y mercancías por toda la península. Había que tener cuidado con quien se metían y tener los suficientes reflejos para darse cuenta de que el transportista retenido era un siervo de algún grande de España para evitar los problemas.

Pero este negocio ya se había acabado. En 1959 se había creado la Agrupación de Tráfico de la Guardia Civil, que asumía todas las competencias de vigilancia en las carreteras y, por lo tanto, del control del transporte de mercancías. La Policía Armada conservó sus funciones de control del tráfico, pero restringidas únicamente al ámbito urbano, y ahí el negocio que se podía hacer era muy reducido, más en esos años cuando aun el parque automotor en el Estado español era muy escaso. La Guardia Civil era la que ahora heredaba y se hacía con el control del negocio, pero ni sus oficiales ni sus agentes iban a compartirlo de ninguna manera con la Policía Armada.

El capitán López Arrimadas era consciente que la única manera de ascender en la policía era conseguir una buena hoja de servicios que impresionara a sus superiores y lo hicieran meritorio de un grado superior, y que, al mismo tiempo, le abriera las puertas para conseguir un mejor destino en algún puesto más burocrático alejado de los peligros de la primera línea. Pero para ello debía realizar algún servicio que fuera importante en la represión de la oposición al gobierno. Podría mantener a raya en Donostia a los ladrones y proxenetas de poca monta, servir de apoyo en los operativos de la BPS o la Guardia Civil contra las redes de contrabando en la frontera, o lograr algún decomiso relevante de mercancía, pero al final no era él quien

se iba a apuntar el éxito, sino que aparecería como un subordinado siempre a las órdenes de otro, y merecedor a lo sumo de alguna felicitación de sus superiores por haber servido de apoyo a los secretas o a los verdes. Pero no iba a ser suficiente para ascender en la escala y largarse a otro destino. Necesitaba un golpe de efecto con el que llamar la atención de su valía ante sus superiores.

Pensó que quizá el destino le había acercado esa posibilidad sin buscarla expresamente, como un golpe de suerte. Era el caso de aquella extranjera que se encontraba detenida en una celda de la comisaría, y que había sido detenida la noche anterior en la redada que sus agentes habían realizado en la Parte Vieja donostiarra. El caso le había parecido sospechoso desde un principio, pues ¿qué hacía una extranjera sola en Donostia, ocupando una habitación sin ningún acompañante? Desde el primer momento pensó que allí había algo que no estaba claro. Podría ser alguien que había llegado a la ciudad por las Fiestas Vascas que se estaban celebrando esos días, pero una mujer sola, ¿sin que nadie la conociera en la ciudad? ¿No será una espía camuflada de alguna de esas democracias que tanto se oponían al gobierno español, o de algún partido comunista extranjero reclutando militantes? Allí había algo que no encajaba y pensaba ocuparse personalmente de los interrogatorios y de la investigación. Al menos mientras se lo permitieran los de la Brigada Político Social. Por eso había ordenado que la encerraran sola en una celda, lejos del contacto con los demás detenidos y aún no había comunicado oficialmente la detención; debía darse prisa con ese asunto si quería sacarle algún provecho antes que los secretas lo monopolizaran. Ahora que estaban muy ocupados con todos los detenidos por el intento de atentado contra los excombatientes y la quema de las banderas podría ser su momento, era cuestión de actuar rápido.

Liberaría a Rodríguez de todos los otros servicios y entre los dos se iban a encargar de interrogarla para saber con pelos y señales qué hacía realmente esa mujer en España.

La nacionalidad de la extranjera, venezolana, le había llamado la atención enseguida. También el apellido de la mujer, Antxeta, un apellido que claramente era vasco y suponía que de alguna manera tenía sus raíces en el País Vasco, algo que debería investigar profundamente. No era un experto en política internacional, pero sabía que en Venezuela había gobernado hasta hacía poco tiempo el general Pérez Jiménez, un hombre duro que mantenía buenas relaciones con Franco. Pero también sabía que en el país caribeño se había producido una especie de revolución que lo había apartado del poder y se comentaba que se había exiliado en España gracias a la amistad que tenía con el Generalísimo, quien ahora lo recibía como a un amigo. En cuanto supo que la mujer detenida era venezolana, y como no tenía mucho conocimiento de la situación en ese país, se comunicó con un antiguo colega de la Academia de Canillejas. Este había logrado quedarse en Madrid, destinado a la protección de embajadas y del personal diplomático. Siempre se había destacado por su interés sobre la política internacional y quería ver qué información podía darle. El capitán Sánchez, como se llamaba su antiguo compañero, le había dicho que Venezuela era un país que había recibido a muchos de los rojos y separatistas que habían huido tras la guerra, que muchos se habían instalado allí cómodamente, e incluso les iba bien económicamente. Que los servicios de información sabían que, desde Caracas, la capital venezolana, los grupos de exiliados estaban financiando muchas de las actividades de los partidos y los organismos de la República y del separatismo vasco y catalán que seguían funcionando en el exterior, como era el caso del Gobierno Vasco en el exilio. También que las relaciones

entre los gobiernos de España y de Venezuela habían sido buenas, sobre todo durante el largo gobierno del general Pérez Jiménez, que se vanagloriaba de ser amigo personal de Francisco Franco. Pero también le dijo que, tras su derrocamiento, dos años atrás, se había abierto una incógnita que aún no se despejaba sobre cómo serían en adelante las relaciones entre los dos gobiernos. Por el momento no ha habido cambios, le decía Sánchez, al menos en lo que había podido interpretar de las conversaciones que escuchaba entre sus superiores. El hecho de que el nuevo gobierno de Venezuela haya mantenido al mismo embajador en Madrid, el general de División de la Aviación, José Saúl Guerrero Rosales, un hombre muy cercano a Pérez Jiménez, en cuyo gobierno había ocupado importantes puestos tanto militares como civiles, podía interpretarse como que las nuevas autoridades de Caracas iban a mantener sus buenas relaciones con Madrid. Era todo lo que podía decirle de momento.

López Arrimadas le agradeció a su compañero y sin darle ningún tipo de información sobre su interés repentino sobre los asuntos venezolanos, también le dijo que en caso de necesitar alguna otra ayuda se volvería a comunicar con él. El capitán Sánchez le agradeció por su parte haberse acordado de él; le prometió cualquier cosa que necesitara y le invitó a pasarse algún día por Madrid para que con una botella de vino por delante recordaran los buenos momentos vividos en la Academia. Nada más colgar el teléfono, López Arrimadas pensó que lo más correcto sería dirigir sus investigaciones en torno a las relaciones que la detenida pudiera tener con los medios separatistas en su país, sobre todo en cuanto al tema económico, no vaya a ser que esté en España para traer dineros con los que financiar al separatismo aquí, recordando lo que Sánchez le había dicho. También sobre los posibles contactos secretos

que haya mantenido en Donostia con sus cómplices. Pero debía actuar rápido, no fuera a ser que los de la Brigada Político Social le quitaran el caso de las manos y al final se llevaran todo el mérito para ellos.

V

Siento que mis brazos no podrán sujetarme mucho más tiempo, Al principio al menos sentía el dolor de las cadenas al clavarse en mis muñecas, pero ahora es como si ya ni siquiera la sangre circulara por mis venas y el peso hará que en cualquier momento me venga al suelo, arrancándolos de los hombros. Llevo muchas horas colgada de ese gancho en el techo y, aunque no sé cuánto tiempo ha pasado, el dolor me dice que ha sido largo. Al menos en este momento ya no están aquí los dos policías vestidos de gris que han hecho conmigo este amasijo de dolor y carne golpeada en lo que me han convertido. No tengo cómo responder a sus preguntas, como si estuviera viviendo la peor de mis pesadillas, no puedo decirles nada, pues nada sé de lo que quieren saber. Pero no, ni siquiera en la peor de las pesadillas que recuerdo he sufrido algo semejante.

Cuando me sacaron de la celda me alegré pensando que al fin podría hacerles entender que se habían equivocado de persona, que solo soy una turista de vacaciones en Donostia para conocer el país de mis padres y aprovechar las fiestas para divertirme un poco. Pero me equivoqué pensando que trataría con personas razonables. Cuando me llevaron a un despacho e intenté decirle al que al parecer está al mando que soy una simple turista, vi que sobre la mesa tenía mi pasaporte. Era un hombre de unos cincuenta años que me miró con cara de desprecio. Enseguida se levantó de una vieja silla y se acercó, pero mis reclamos solo recibieron por respuesta un manotazo en mi cara. Pensé que me había roto algún diente de lo fuerte que me golpeó, casi pierdo el equilibrio y sentí que el otro policía que estaba a mi espalda me sujetaba para que no cayera.

Entonces solo pude llorar y más me dolía la indignación que sentí que el mismo manotazo.

Y comenzaron sus preguntas sobre mi presencia en el país. Pero no parece que quieran escucharme. Es como si solo esperaran que les diga algo que no sé, sobre no entiendo quienes se habrían reunido conmigo, sobre quién en Caracas me envió a Donostia, o sobre un dinero que tengo escondido en alguna parte para entregárselo a tampoco sé quiénes. Es una locura y no tengo cómo responder a preguntas que no comprendo. ¿Acaso no les han dicho en el hotel que estoy sola, que nadie me acompaña, o quizá sea eso lo que más les inquieta?

Después del primer golpe me obligaron a sentarme en una silla que estaba en un rincón de la oficina. Sus preguntas llegaban tan rápidas que aun teniendo con qué responderlas me hubiera sido imposible hacerlo. Yo intentaba hacerles entrar en razón diciéndoles que se habían equivocado de persona, intentaba hacer valer mi nacionalidad venezolana, queriendo hacerles entender que no conozco la realidad de este país. Pero al parecer eso les molestaba aún más, hasta el punto que el que estaba detrás me sujetó los brazos hacia atrás y me inmovilizó de tal manera que me era imposible moverme. Son dos hombres fuertes contra esta pequeña mujer. Fue cuando el jefe me colocó sus dedos sobre los ojos y detrás de las orejas, apretó con tal fuerza que pensé que me los había reventado. El dolor fue tan fuerte que recuerdo haber lanzado un grito que me estremecí conmigo misma. No sé cuánto tiempo duró, pero cuando al fin retiró sus manos no podía ver nada; creí que me había dañado la vista, y me sentía muy mareada. Entonces el que estaba detrás liberó mis brazos y antes de que pudiera regresarlos y palpar con mis dedos los ojos doloridos sentí el primer golpe en la espalda. A ese le siguieron otros en

el cuello y en los riñones. El dolor me hizo doblarme sobre mí e intenté protegerme con los brazos, pero todo fue a peor, pues el que estaba delante me dio un puñetazo en el estómago primero y después otro en el pecho. Me fui al suelo y ahí recibí patadas por todos lados, como si estos dos hombres se hubieran convertido en dos locos que golpearan un saco lleno de arena. Apenas era consciente de los insultos que me lanzaban, extranjera comunista de mierda, separatista atea, ¿de dónde habrán sacado esas ideas sobre mí?

Cuando se cansaron de golpearme me volvieron a sentar en la silla y el de atrás me sujetó de nuevo los brazos hacia atrás. Volvieron las preguntas sobre los contactos que tenía en Donostia, sobre el dinero que estaba según ellos escondido en alguna parte. Ya solo podía expresarme entre lloros, pero intenté hacerles ver que no sabía nada de lo que me preguntaban. Entonces el jefe me agarró los senos con tal fuerza que creí los iban a reventar; el dolor fue intenso, pero creo que más me dolió la vergüenza. Jamás nadie me había tratado así. Volví a gritar y eso los enfureció más, me levantaron de la silla y me lanzaron con todas sus fuerzas contra la pared, varias veces. Yo rebotaba y en cuanto uno de ellos me sujetaba llegaba el otro y me lanzaba de nuevo. Una vez mi frente chocó contra la pared y mientras caía pude ver que había quedado manchada de sangre. Creo que fue entonces cuando perdí el conocimiento.

Al regresar en mí me sentí toda mojada, como si hubieran vertido agua sobre todo mi cuerpo. Estaba solo en ropa interior y la vergüenza me invadió de nuevo; ya son dos días que no he podido siquiera bañarme y cambiarme y me sentía muy sucia. Espero al menos que no me llegue el periodo, aunque ya debe de estar por venir. Me tenían tumbada sobre la rodilla del policía jefe que estaba sentado en una silla y el otro me retorcía

la pierna izquierda agarrándola del tobillo de tal manera que pensé que la quebraría. Ojalá me hubiera mantenido inconsciente. El policía que me sujetaba empezó entonces a golpearme el estómago con su mano abierta; a cada golpe intentaba incorporarme, pero sus brazos me lo impedían, sentía que se me cortaba la respiración y que iba a ahogarme. Algo salió de mi nariz y de mis oídos y al contacto con mis labios y mi lengua me di cuenta de que era sangre, sentí su sabor salado y aún más miedo.

Comenzaron a hablar de manera más calmada, me ofrecieron llevarme a un centro de urgencias para que me curaran los golpes, pero también me amenazaban con seguir con los golpes si no colaboraba, si no respondía a sus preguntas. Decían que a ellos nada les iba a suceder si yo moría, que al fin y al cabo, solo era una extranjera que apoya a los separatistas y que nadie se iba a preocupar si me hacían desaparecer. Que me iban a enterrar en algún lugar del monte y que nunca mi familia iba a saber dónde quedaron mis restos. Que, si alguien en algún momento les reclamara, dirían que todas las marcas en mi cuerpo procedían del momento de la detención, cuando me resistí y agredí a los policías. También que me iban a llevar a un río y me iban a ahogar allí, que luego me arrojarían a las aguas para que la corriente me llevara lejos y nadie supiera dónde había acabado. Las preguntas enseguida regresaron. ¿Para qué has venido a San Sebastián? ¿Quién te ha encargado en Caracas venir aquí? ¿Con quién te reúnes en el Centro Vasco? ¿Quién es el jefe de los separatistas allí? ¿Dónde has escondido el dinero que has traído? ¿Quién y dónde deben recogerlo? Habla o te reventamos.

Intento pedirles que hablen con la embajada de Venezuela, ahí les dirán que solo soy una turista, que nada tengo que ver con lo que sucede aquí. Pero se ríen y recomienzan a golpearme en

el estómago y los pechos. Es cuando el segundo policía empieza a tocarme las piernas de manera asquerosa; con cada golpe se me corta la respiración, pero aún puedo ver que se le cae la baba. Siento que voy a vomitar y mi vómito sale como un volcán y lo alcanza en su pantalón. Entonces me tiran al suelo de la peor manera y vuelvo a golpearme la cara. Me insultan, asquerosa, zorra, das más asco que un cerdo revolcándose en la mierda, y regresan las patadas. Se van y me dejan sola; parece que quieren lavarse mis inmundicias, las mismas en las que ahora estoy tirada en el suelo sin tener fuerzas para alejarme.

Cuando aparecen de nuevo me levantan entre los dos y me llevan a rastras a otro cuarto, que está totalmente oscuro, pero de repente encienden una luz muy fuerte que todo lo ilumina. Del techo cae una cadena y, mientras uno me sujeta, el otro amarra mis muñecas a ella. Cuando estoy asegurada me sueltan y siento que mis piernas son incapaces de sujetar mi peso, la cadena se clava en mis muñecas. Es cuando el que parece el jefe le ordena al otro que me deje de momento; dice que necesito un poco de tiempo para reflexionar, que ellos tienen todo el del mundo. Luego se va de regreso hacia su oficina.

El que más asco me da comienza de nuevo a toquetearme; no puedo siquiera ofrecer la más mínima resistencia, sus manos se posan en mis pechos y los aprieta con fuerza, grito y me da una cachetada mientras me amenaza. Vas a saber lo que es un hombre, zorra. Luego me arranca el *brazier* y las bragas de tal manera que deseo morirme allí mismo antes que semejante bestia haga conmigo lo que le plazca. Pero todo es impotencia, comienza a subir sus manos desde mis rodillas al sexo, toca mi pubis e intenta introducir uno de sus dedos en la vagina; grito con más fuerza. Se escucha una voz desde la oficina. Rodríguez, déjela por el momento, ¡es una orden! El policía se coloca detrás mío y mientras me agarra los senos frota su entrepierna

con mis nalgas. Tranquila zorra, que aquí siempre hay tiempo. Más te vale decirnos todo lo que sabes, o vas a conocer el infierno.

Esa luz que me da en la cara y me tiene ya casi ciega, colgada de un gancho como una res en el matadero, desnuda y adolorida por los golpes y la humillación… quisiera dormir y que el tiempo de esta pesadilla se agotara. Ahora entiendo a los que prefieren la muerte a una vida llena de dolor y sufrimiento.

VI

1941-1960.

El 7 de agosto de 1939, con la II Guerra Mundial en puertas, el Gobierno venezolano había promulgado la Ley de Actividades de Extranjeros en el Territorio Nacional. Se implementaban así una serie de normas cuyo objetivo era garantizar la neutralidad del país ante el conflicto mundial que ya se veía inevitable.

La primera institución que crearon los refugiados vascos en Venezuela se legalizó apegada a esa ley. Era la Asociación de Socorros Mutuos, que tenía como objetivo dar apoyo en el tema de salud a sus afiliados. Pero la norma aprobada prohibía la realización de actividades partidistas y la exhibición de símbolos políticos extranjeros. Estas circunstancias en ese contexto pre-bélico produjeron que la legalización de la primera Euskal Etxea en Venezuela se retrasara hasta 1941.

Pero la tradición organizativa de los vascos quedó de manifiesto nada más llegar a tierras venezolanas y en 1940 ya existe un grupo de exiliados que comienza a realizar gestiones para fundar una Euskal Etxea. A principios de 1941 ese grupo se constituye en Comisión Organizadora, y comienza a reunirse en el bar "Santa Capilla" de Caracas para redactar los primeros estatutos. Ante el éxito de las reuniones, donde asisten cada vez más personas de la comunidad vasca, deciden trasladarlas a un local mayor, el restaurante "Txoko", propiedad de un miembro de la comunidad.

En abril de 1941, el grupo promotor tiene listo el borrador de los estatutos. A través de la prensa lanza una convocatoria a Asamblea Constituyente, que se va a celebrar el 10 de mayo

en unos locales entre las calles de Palma y Miracielos de la capital venezolana. Ahí se aprueba el Reglamento y se ordena a la nueva Junta Directiva iniciar las gestiones para conseguir un local donde establecer la Euskal Etxea.

La primera sede se va a instalar en la calle Cipreses del centro de Caracas, y comienza sus actividades tras una nueva Asamblea General que decide contratar a una persona para el mantenimiento del local, convocar a las mujeres de la colonia vasca para que conformaran la Acción Femenina, o incluso, se convoca el primer campeonato de mus.

La inauguración oficial se realizó en abril de 1942, y se elaboró una lista de invitados donde destacaban el propio presidente de Venezuela, general Medina Angarita, varios intelectuales, políticos y autoridades venezolanos con raíces vascas, y representantes diplomáticos de las potencias aliadas, como eran EEUU, Gran Bretaña, o la Francia Libre.

Pero la situación económica de la colonia de refugiados vascos en Venezuela era entonces bastante precaria, como lo demuestra el hecho de que las tareas para acondicionar el local tuvieran que ser realizadas mediante el trabajo voluntario de sus miembros, o el tener que realizar colectas para la adquisición de mobiliario. El día de la inauguración sólo se ofreció a los invitados un "cocktail", en lugar de un banquete como les hubiera gustado a los organizadores.

Durante mayo de 1942, las iniciativas se van multiplicando, constituyéndose las Comisiones de trabajo de la Euskal Etxea. Ven así la luz la Liga Vasco Venezolana, la de Asistencia Social, de Enseñanza, de Interior, la Tesorería, y la de Propaganda y Cultura. En esas fechas también se propone la edición de una revista, crear una Liga de Amigos de los vascos, y se abre por primera vez la inscripción para clases de euskara.

La profusión de actividades hizo que el local se quedara pequeño enseguida. Apenas dos meses después de su inauguración, la Junta Directiva comienza a buscar una nueva sede, consiguiendo alquilar unos locales ubicados en la calle Truco del centro de Caracas. Son tiempos de consolidación de la Euskal Etxea de Caracas, que comienza ya a relacionarse con otros centros vascos de América, sobre todo con los existentes en Argentina, Uruguay y México, países donde las colonias vascas también son importantes.

Ya en unos locales más amplios, la Euskal Etxea multiplica sus actividades tanto en temas de apoyo a la colonia vasca como culturales y recreativos. También sigue celebrando Asambleas generales, donde se van eligiendo diferentes Juntas Directivas, donde están representadas las principales fuerzas políticas del exilio vasco (PNV, ANV y PSOE), quedando fuera Izquierda Republicana y el PCE. En una de esas Asambleas se decide nombrar socios honorarios a varios diplomáticos venezolanos que habían apoyado la inmigración vasca y ayudado al Lehendakari Aguirre en su estancia en territorios ocupados por los nazis. También en una de esas Asambleas, celebrada el 19 de mayo de 1945, se decide crear la "Caracaseko Euzko Ikastetxea", que se proponía formar a la juventud vasca residente tan lejos de Euskal Herria. Sin embargo, este ambicioso proyecto no llegó a cuajar hasta octubre de 1965, cuando se crea la Ikastola Euskadi-Venezuela, y que en un espacio habilitado de la Euskal Etxea impartía clases a 11 niños en euskara.

El final de la II Guerra Mundial acarreó un nuevo mundo a nivel general; aparecían dos bloques enfrentados entre los que habían sido aliados contra el nazismo, y su pugna va a afectar a todo el planeta. Venezuela no va a ser una excepción. En octubre de 1945 un golpe de estado derroca al presidente Medina Angarita y se instala una Junta Revolucionaria de Go-

bierno presidida por Rómulo Betancourt. Una de sus primeras medidas es la expulsión del país de los funcionarios franquistas en Venezuela y el reconocimiento del Gobierno republicano español en el exilio, quien a partir de entonces contará en Caracas con embajada y un consulado general.

Ese reconocimiento conlleva la creación de la Junta de Amigos de la República española, que va a reforzar las casas regionales españolas en toda Venezuela. La Euskal Etxea también se va a ver afectada pues la mayoría de sus socios no nacionalistas la abandonan para inscribirse en la Casa de España. Es el caso de los republicanos y socialistas vascos, quienes nunca estuvieron de acuerdo con que los Estatutos de la Euskal Etxea exigieran reconocer el derecho de autodeterminación de Euskal Herria para ser miembro.

Es un periodo de gran inestabilidad política en Venezuela. En 1947 Rómulo Betancourt es elegido presidente de la República y es felicitado mediante una carta por el Lehendakari Aguirre. Sin embargo, otro golpe de estado derroca a Betancourt y se instaura una nueva Junta de Gobierno que reinicia sus relaciones con la España franquista. En 1953, la Junta desconoce los resultados de las elecciones que dan como ganador al partido Acción Democrática y se inicia la dictadura de Marcos Pérez Jiménez, gobierno que se va a prolongar hasta 1958, y que se caracterizó tanto por la represión desatada contra toda la oposición, como por la corrupción generalizada entre sus colaboradores.

El clima político enrarecido no tuvo mayores consecuencias entre la colonia vasca establecida en Venezuela y la dictadura no influyó en su desarrollo. La economía venezolana experimentaba una bonanza que se traducía en grandes obras encargadas por el Estado y el hecho de pertenecer a entidades estableci-

das representaba una garantía tanto para iniciar o desarrollar negocias como para desplazarse en el interior del país. Era el caso de la pertenencia a la Euskal Etxea, que suponía una especie de aval político para sus miembros ante las autoridades de la dictadura.

Es tiempo de desarrollo económico para la colonia vasca en Venezuela, hasta el punto de convertirse en la principal fuente de financiación del Gobierno vasco en el exilio. Por ejemplo, de Venezuela llegaron los recursos económicos necesarios para que el Gobierno vasco se trasladara a una nueva sede en París, ubicada en la calle Singer.

La dictadura de Pérez Jiménez realizó grandes inversiones en la construcción y el amejoramiento de grandes infraestructuras a lo largo de toda Venezuela. Esos trabajos se encargaban a empresas que supieron estar cerca del poder para acceder a las concesiones. Fue el caso de las constructoras que habían fundado miembros de Euskal Etxea y que participaron de manera decisiva en la construcción de edificios residenciales en Caracas y en el interior de Venezuela, logrando grandes beneficios.

Durante el año 1946 se produjeron numerosos desencuentros entre la Junta Directiva de Euskal Etxea y la propietaria del inmueble situado entre las calles de Truco y Balconcito. El último fue la negativa a que se realizaran unas obras de mejora para optimizar el espacio. En diciembre de 1947 la propietaria anuncia a la Junta Directiva su intención de vender el edificio y le ofrece prioridad a Euskal Etxea por un monto de 300.000 bolívares. Pero la Junta considera excesivo ese precio y rechaza la oferta, por lo que se ve en la obligación de encontrar un nuevo emplazamiento y se elige a varios miembros para que inicien la búsqueda.

En junio de 1948, el grupo presenta una propuesta a la Junta Directiva. Se trata de la adquisición de unos terrenos de 10.000 metros cuadrados en una zona de clase media alta de la ciudad de Caracas, El Paraíso, con un costo de 300.000 bolívares. Cuatro días más tarde, se presenta también el plan de financiamiento, que consistía en la creación de la Compañía Inmobiliaria Euskalduna, que contaba con un capital social de 1.000.000 de bolívares, dividido en acciones nominales de 500 bolívares. Esta propuesta es aceptada en Asamblea General el 3 de julio.

El 14 de octubre se realiza el acto de colocación de la primera piedra de la nueva Euskal Etxea de Caracas. El acontecimiento fue bendecido por el arzobispo Monseñor Lucas Castillo y, tras la actuación del coro Pizkunde, tomaron la palabra José de Elgezabal, entonces presidente de Euskal Etxea, Luis Bilbao, delegado del Gobierno vasco en Venezuela, y se escucharon las palabras de salutación del Lehendakari Aguirre a través de una grabación enviada con tal motivo.

Incluso la prensa venezolana se hizo eco del evento. El diario "La Esfera" decía en sus páginas: «Ninguna de las colonias extranjeras ha tomado una iniciativa de la índole que ahora toman los vascos». Por su parte, "El Universal" señalaba: «Por su manera de actuar entre nosotros, laboriosa, honesta, decididamente útil, debemos considerar como valioso aporte a nuestras actividades humanas la presencia en Venezuela de un nutrido grupo de vascos».

En 1950 la colonia vasca en Venezuela había aumentado significativamente por la llegada de nuevos miembros desde Euskal Herria o desde el exilio en Francia, pero también por el nacimiento de muchos niños que ya son vasco-venezolanos. Las políticas económicas del dictador Pérez Jiménez habían pro-

ducido una notable mejora entre los sectores de clase media y esto se reflejaba entre los refugiados vascos. Esta situación los animó a construir una Euskal Etxea que se va a convertir en la más grande de América y que va a contar con importantes servicios como frontones, bar, comedor, sala de reuniones, jardines, espacios para juegos infantiles, terrazas, pista para futbito y piscinas. Para dotarla de una apariencia que recordara a los caseríos vascos, su diseño se encargó al arquitecto Ramón Salvador, quien entonces tenía en ejecución varios proyectos y obras de ese estilo en Caracas.

La inauguración oficial se realizó el 5 de marzo de 1950, Aberri Eguna, iniciando con la izada de la ikurriña. Al acto acudieron más de 2.000 vascos que vivían ya en Venezuela, incluyendo numerosas familias completas que se desplazaron desde el interior de Venezuela. Familias que no querían perderse el acontecimiento. También acudió el Lehendakari Aguirre, acompañado del delegado del Gobierno Vasco en New York, Jesús de Galíndez, quienes habían llegado a Caracas 3 días antes. Fueron recibidos en el aeropuerto de Maiquetía por el delegado del Gobierno vasco en Venezuela, Luis Bilbao, y por el entonces presidente de Euskal Etxea, José Elgezabal.

Los festejos duraron ocho días, con un programa de actos muy completo. Se celebró a lo grande y la asistencia fue en todo momento notable. Se dictaron conferencias culturales y también de signo político, entre ellas una en la que el lehendakari Aguirre disertó sobre la historia de Euskal Herria; hubo actos culturales como la interpretación de música vasca al arpa a cargo del maestro Nikanor Zabaleta o la coral Pizkundea; dantzaris que reprodujeron la ópera "Amaya" o la maskarada suletina; también deporte, cuando los pelotaris inauguraron los nuevos frontones.

La embajada española en Venezuela condicionó su presencia a la no asistencia del Lehendakari Aguirre, llegando a amenazar incluso con negar visados a los vascos que desearan viajar al Estado español en el caso de invitar al presidente vasco. Pero la colonia vasca no aceptó esas presiones y el Lehendakari presidió la inauguración de la Euskal Etxea, que se va a constituir como la principal referencia del exilio vasco en Venezuela en esa época.

Para entonces la colonia vasca se había extendido por toda la geografía de Venezuela. La necesidad de encontrar trabajo para establecerse hizo que la presencia vasca se multiplicara en muchos puntos del país caribeño. Aunque la Euskal Etxea de Caracas era el principal punto de referencia, enseguida se vio la necesidad de otros centros donde pudieran reunirse los vascos. Es el caso de la ciudad oriental de Puerto La Cruz, en el estado de Anzoátegi, donde se colocó la primera piedra de la futura Euskal Etxea el 4 de junio de 1959 y que contó con la presencia del Lehendakari Aguirre. Su muerte el 22 de marzo de 1960 en París impidió que estuviera presente el día que se inauguró, un 17 de diciembre de 1960, acto al que acudió José María de Leizaola como nuevo Lehendakari.

A Puerto la Cruz le van a seguir entonces la Euskal Etxea de El Tigre, también en el estado Anzóategi; la Euzko Elkartasuna de Maracaibo, en el estado Zulia; la de La Victoria, en el estado Aragua, y más tarde, la de Valencia, en el estado Carabobo.

VII

El capitán López Arrimadas andaba con un humor de perros. Cada vez estaba más convencido de que la venezolana sabía algo de suma importancia y que se trataba de alguien fuerte, capaz de soportar los interrogatorios por muy duros que fueran. Era frustrante no haberle podido sacar nada todavía.

Su malestar lo ha trasladado al personal a su servicio y lo primero que ha hecho esa mañana al llegar a la comisaría es abrirles un expediente a los dos agentes que estaban de guardia en la puerta por haberlos encontrado relajados y fumando. Normalmente, los policías que llevan ahí toda la noche se permiten algunas ventajas que en otros casos están sancionadas, como tomarse un café o fumar un cigarrillo de vez en cuando, y los oficiales se lo permiten. Pero esa mañana López Arrimadas no está de humor para nadie y en cuanto los encontró despistados llamó al sargento y le ordenó abrir un expediente disciplinario. Luego llamó a Rodríguez y al no encontrarlo en su puesto, pues según le dijeron había salido a comprar algo para desayunar, se juró a sí mismo que también lo iba a sancionar. Ya sentado en su oficina, intentó relajarse y se arrepintió de esas decisiones y volvió a llamar al sargento diciéndole que olvidara su última orden, que relevara ya a los dos policías que hacían guardia en la puerta, y que en cuanto apareciera Rodríguez se lo enviara. No era cuestión de buscarse enemistades entre los agentes a sus órdenes, y menos aún con órdenes que él consideraría injustas si viniesen de sus superiores. Siempre había pensado que los oficiales se ganan el respeto de la tropa en base a ser buenos mandos y aplicando disciplina, no con órdenes absurdas que lo único que conseguían es hacer que se perdiera el respeto. El policía obedece a su oficial por deber,

pero también por miedo y por respeto, pensaba. El deber lo da la misma pertenencia al cuerpo, con la subordinación y la disciplina como reglas supremas, pero el miedo se lo gana el oficial echándole huevos en situaciones difíciles, cuando se demuestra que se es válido para el cargo, y el respeto tomando decisiones acertadas que beneficien a la policía y ahorren vidas entre los agentes.

El asunto de la mujer venezolana no le había dejado dormir. Llegó a su casa y después de cenar algo rápido se sentó frente a la botella de brandy a recapacitar el tema, maldiciéndose a sí mismo por no haber podido adelantar nada durante los interrogatorios. Tampoco las investigaciones que había realizado fuera de la comisaría habían ayudado mucho. En el hotel donde se hospedaba la joven no la habían visto nunca frecuentar a nadie; en los cuatro días que llevaba ahí siempre la habían visto sola. Salía temprano en la mañana para pasear por la playa aprovechando el buen tiempo veraniego que hasta finales de agosto todavía se disfrutaba; regresaba hacia el mediodía para cambiarse y salir a comer a algún restaurante de la Parte Vieja; volvía luego al hotel para echar una corta siesta, y salía después a alguna de las actividades musicales o culturales de las Euskal Jaiak que se celebraban esos días. Incluso la muchacha había rechazado las invitaciones que un comerciante en telas y asiduo cliente del hotel le había hecho una tarde para que cenaran juntos. Al parecer era una mujer solitaria que no buscaba compañía y se limitaba a pasear por la ciudad. Cada noche antes de acostarse recibía una llamada desde Venezuela, supuestamente de su madre. Se pasaba unos veinte minutos hablando con ella, por lo que habían podido escuchar las empleadas de la limpieza, sobre temas normales entre una madre y su hija. También había investigado la llegada de la joven a España, y sabía que lo había hecho a bordo de un Boeing 727/100 de la compañía

venezolana Avensa en un vuelo directo desde Caracas, sin ningún tipo de escala. La llegada a Madrid era a las 9,30 horas del día 15 de agosto, y el billete de regreso a Caracas con la misma compañía era para el 8 de septiembre. Pensaba quedarse en España tres semanas. En el aeropuerto de Barajas había tomado un taxi que la llevó a la estación de trenes, ahí compró un billete del Talgo, con el que llegó hasta Donostia. La reserva del hotel la había realizado desde Caracas, mediante una llamada telefónica hecha por ella misma, sin que se supiera de nadie más en la organización del viaje. Al llegar, había pagado en efectivo en pesetas las dos primeras noches, y luego cada mañana pagaba la tarifa correspondiente a ese día; aunque en la recepción del hotel le habían preguntado hasta cuándo pensaba quedarse, nunca habían recibido una respuesta concreta, por lo que su estancia parecía indefinida.

López Arrimadas pensaba que todo dejaba pensar en un viaje normal de una turista normal que quiere conocer Donostia, sus playas y su gastronomía, precisamente en unas fechas festivas cuando los malditos vascos aprovechan para sacar todo el odio contra España disimulándolo con sus actos culturales y sus fiestas. Pero tanta normalidad es lo que más le hacía sospechar al policía. ¿Quién no le decía a él que esas llamadas no fueran de su madre sino de sus cómplices en Venezuela? Normal que debieran camuflar sus comunicaciones con algo que se viera como normal y rutinario. Lo mismo en cuanto a pasear por la ciudad, donde se daban mil ocasiones para mantener comunicaciones discretas con sus contactos, más en unos días en los que el bullicio festivo propiciaba el despiste. ¿Por qué no pensar que si trajo dinero no lo haya escondido en algún lugar y esté buscando la ocasión propicia para entregarlo a sus cómplices? ¿Acaso no le había dicho su colega Sánchez que desde Venezuela se estaba financiando al Gobierno Vasco y a lo que

quedaba de la República en el exilio? Estaba convencido de que el asunto iba por ahí, la muchacha no parecía una militante de acción, pero bien podría tratarse de un correo que pasase discretamente por cualquier lugar. Por ahí debía seguir insistiendo en su investigación y, si había algo, él sería capaz de hallarlo de una manera u otra.

Cuando registró la habitación del hotel no encontró nada sospechoso. Solo sus ropas y zapatos, varios trajes de baño y una enorme toalla de playa. En un neceser que había en el baño, enseres de limpieza personal, y en una esquina del armario un bolso de mujer donde encontró el billete de avión, una pequeña radio de transistores a pilas, el pasaporte, otros documentos de identidad venezolanos y una agenda donde tenía anotados a mano varios nombres con sus respectivos teléfonos, y algunas direcciones. Después de investigar esos datos, comprobó que la mayoría eran de Caracas y, otros, los menos, de ciudades de las que él no había escuchado nunca como Puerto La Cruz, Maracay o Barquisimeto. Casi todos eran nombres de apellidos vascos; incluso había un número que, como pudo saber después, correspondía al Centro Vasco de Caracas, junto a varios horarios de lo que parecía correspondía a cursos de danza, de canto y de vasco. También encontró 25.000 pesetas en billetes. Era una cantidad que, aunque respetable, parecía destinada a hacer frente a los gastos de alojamiento y manutención de los días que la muchacha pensaba permanecer en Donostia. Sabía que la habitación del hotel costaba 125 pesetas, a los que se debía sumar unas 200 más por gastos de restaurantes y algún capricho que tuviera al día. Era suficiente para cubrir todos los gastos de la estancia; lo que aún le sobraba le hacía pensar que era una mujer previsora y que tenía algo más para cualquier emergencia a la que se debiera enfrentar. Además, había una chequera que no había sido estrenada, del Banco de Venezuela

a nombre de la detenida, y en su interior una credencial que la identificaba como maestra de primaria en el Colegio Ciudad Mariana de Caracas, con su dirección en la Avenida los Pinos, El Paraíso, Caracas. Todo era demasiado normal como para que un policía no sospechara, y decidió llevarse consigo el bolso con todo su contenido para examinarlo más tranquilamente por si hubiera algo escondido en el forro, aunque a simple vista no parecía.

Sabía que no contaba con mucho tiempo para sacar algo en limpio. La Brigada Político Social había adelantado mucho las investigaciones sobre los responsables de la quema de las banderas en Donostia gracias a un soplón que tuvo tiempo de anotar la matrícula de la moto con la que huyó uno de los participantes en los hechos y le había faltado tiempo para ir con la información a un conocido suyo de la BPS. El dueño de la motocicleta había sido detenido en su casa, y resultó ser Félix Arrieta, un mecánico de Eibar que trabajaba en una fábrica de máquinas de coser en esa localidad. Los de la BPS lo sometieron a unos interrogatorios a su estilo y delató a varios más que también eran vecinos de Eibar, quienes fueron detenidos enseguida. Al parecer, los de la BPS seguían demostrando ser los más avanzados para desmantelar cualquier red de la oposición, y López Arrimadas sabía que tenía poco tiempo para sacar algún provecho para su carrera con el asunto de la venezolana. En unos pocos días ya no podría seguir escondiéndola de las investigaciones de los secretas; debía darse prisa si quería sacar algún provecho personal y profesional de aquella historia. También sabía, porque había sido testigo de ello muchas veces, que los de la BPS no se andaban con contemplaciones a la hora de interrogar a los detenidos; su método era tan burdo como efectivo. Sabían que contaban con toda la impunidad en caso de un desenlace fatal y no les importaba machacar hasta

el último extremo a quienes caían en sus manos. La rapidez del tormento define el resultado final, que no es otro que no dar tiempo a los cómplices para escapar o mover de un lugar a otro los elementos que deben ser confiscados. Era una ley no escrita que la BPS aplicaba con destreza, y la había visto en funcionamiento desde sus tiempos en Jaca. También pensaba que no cualquiera valía para hacer el trabajo de los secretas, había que tener mucho estómago. Incluso él, que se creía un hombre curtido en mil duras pruebas, aún se estremecía al recordar a los de la BPS arrancándoles las uñas y los dientes con alicates a los detenidos del maquis, las interminables palizas hasta la muerte del detenido, inyectarles drogas para que perdiesen su voluntad y hablaran. O el descuartizamiento de los cadáveres de los que no soportaban los tormentos para ser luego enterrados sus miembros en diferentes lugares y que los familiares no los encontraran nunca. Ni siquiera lo hacían para protegerse de acciones legales que pudiesen existir en el futuro. Lo hacían simplemente por sadismo, pues parecían disfrutar con ello, y la impunidad de la que disfrutaban estaba garantizada desde las más altas jerarquías del Estado. Ni siquiera consideraba capaz de semejantes barbaridades a su lacayo Rodríguez, que, si bien era un hombre duro y un obseso sexual, también lo había visto estremecerse y sudar frío cuando tuvo que servir de apoyo a los de la BPS en algún interrogatorio. Cuando acababa su trabajo en esas ocasiones, Rodríguez se emborrachaba hasta caer como muerto; parecía su manera de perdonarse a sí mismo, y él, sabiendo por lo que había pasado, lo dejaba hacer sin castigarlo. Cuando le preguntaba cómo había estado el trabajo, su paisano siempre le contestaba lo mismo, esa gente se educó con los alemanes de Hitler, y así han salido. Nosotros seremos unos bestias, que es porque la Patria nos lo exige, pero esa gente no parece de este mundo, los torturan hasta la muerte,

los despedazan y luego nos llaman para que enterremos lo que dejan, que muchas veces es bien poco.

Sí, así era, dejaban muy poco, pero no solo del detenido. Tampoco dejaban nada para los que consideraban sus subalternos, como los policías armados, los grises que estaban al servicio de los inspectores y comisarios de la BPS. López Arrimadas era consciente de que debía conseguir algún resultado en el caso que tenía entre manos. Si las investigaciones no daban sus frutos tenía que arrancarle a la detenida algún tipo de información que mereciera poner en conocimiento de sus superiores y frenar de esta manera que el caso fuera a parar a la BPS de nuevo. Como máximo tendría dos días, al menos así lo calculaba. Ahora que tienen en sus manos a los que quemaron las banderas, querrán llegar hasta los que intentaron descarrilar el tren de excombatientes. Calculaba que ello les llevaría dos días, quizá con suerte tres si alguno de los detenidos era capaz de aguantar por unas pocas horas más lo que le venía encima, cosa que dudaba pues nunca sucedía. Había que ser un hombre superdotado para callar lo que se sabía cuando la BPS se empleaba a fondo. Era necesario que pasara a palabras mayores con la venezolana, intentando confundirla diciendo que ya otros la habían acusado de ser la responsable del reparto del dinero. Incluso se le puede enseñar algunos billetes diciéndole que ya lo encontramos, para que así se quiebre y entre en razón. Tendrá que comentarlo antes con Rodríguez, no vaya a ser que ese bruto meta la pata y se caiga la estrategia.

Estaba seguro de que después de haber estado colgada de la cadena durante toda la noche, con el foco encendido sobre su cara, sin comer ni beber durante dos días y sin habérsele permitido dormir toda la noche, la muchacha estaría abatida y más dispuesta a colaborar. Antes de irse a su casa, había ordenado

al sargento que quedaba de guardia que a cada rato golpeara la puerta del cuarto donde se encontraba la detenida, para que no pudiera conciliar el sueño. La orden había sido tajante, no le permitan dormir ni tomar reposo, pero que a nadie se le ocurra tocarle un pelo, pues no quería que nadie aparte de él y Rodríguez manejaran ningún tipo de información en aquel asunto. Pensaba que la detenida ya debía estar lista para colaborar, era cuestión de mostrarle primero una cara amable para ver si lo hacía voluntariamente. Nada más faltaba que llegara Rodríguez para poner en práctica esos planes que había ideado durante la noche de insomnio.

VIII

Ahora sé que quieren rendirme por sueño y por hambre. También me doy cuenta de sus mentiras para confundirme. Han decidido que yo les diga algo que no sé y están dispuestos a todo, incluso a acabar conmigo, ya no pueden esconderlo más. Mis brazos ya no son míos, solo son dos miembros que caen por su peso y no puedo controlar; después de muchas horas sujeta a la cadena estoy ahora en este frío suelo que está lleno también de mis orines, pues no controlo siquiera mis necesidades. Quisiera alzarme, ponerme de pie, pero, cuando intento obligarles a mis piernas a que me obedezcan, no responden a mis deseos; es como si me hubieran arrebatado la voluntad sobre mi cuerpo. Solo me queda la mente, es lo único que al parecer aún me responde, aunque cada vez más a menudo también quiere entrar en pánico y alejarse, privándome de lo único que me queda. Ojalá en mi casa ya se hayan preocupado por mi ausencia en el hotel y hayan empezado a moverse con las autoridades consulares para dar con mi paradero; es quizá la única esperanza que tengo para acabar con este tormento. ¿Por qué no hay nadie aquí que quiera escucharme, por qué me quieren acusar de algo a lo que soy ajena?

Cuando me bajaron de la cadena me permitieron sentarme en una silla que trajeron de la otra oficina, también me echaron una manta rasposa encima para que cubriera mi desnudez, incluso me ofrecieron un café si ya de una vez comenzaba a colaborar con ellos. Siempre son los dos mismos hombres, el que parece ser el oficial por el tono de su voz y el degenerado de mirada de loco que tanto miedo me produce. Pero nunca trajeron el café, ni siquiera un poquito de agua. Enseguida comenzaron a hacer las mismas preguntas, una y otra vez. Pero

al principio lo hacían de manera tranquila, como intentando convencerme de que si les decía lo que querían mi sufrimiento se iba a acabar enseguida. Han estado en el hotel y han recogido mis cosas, lo sé porque me han enseñado mi carnet de maestra en el colegio de Caracas. Me preguntaban si no quería volver pronto a mi país para seguir enseñándole a los niños, y hasta hacían chistes con lo que yo pudiera enseñarles sobre lo que es España, de lo agradecidos que debiéramos estar los latinoamericanos por haber sido conquistados por los españoles y no por los ingleses que nos hubieran esclavizado. Lo agradecidos que debíamos estar por habernos dado la lengua española y la religión católica. Que si no hubieran llegado a América aún andaríamos con taparrabo y adorando a piedras, comiéndonos entre nosotros. Luego me dijeron que ya sabían que yo no era india o negra, que sabían que mis padres eran vascos que habían luchado contra ellos en la guerra y que como habían perdido se fueron huyendo a Venezuela como traidores que eran. Pero que los hijos no deben pagar los errores de los padres y que si yo colaboraba nada más iba a pasarme. Pero yo no tengo nada que decirles de lo que buscan, no sé nada del dinero ni de la gente que ellos dicen que en Caracas andan conspirando contra España. Incluso me han dado algunos nombres, algunos los reconocí por ser apellidos de miembros del Centro Vasco de Caracas, pero no sé nada de lo que ellos hagan en mi país. Como el profesor de danza que alguna vez me ha ayudado en el colegio para darle una actividad extra a los niños, pero de su vida privada yo no tengo la menor idea, solo que intentan que nuestra cultura y nuestro idioma no se pierdan entre la comunidad vasca de Venezuela, es lo único que sé. Por más que intento hacérselo comprender, parece que no me escuchan, o no quieren oírme, pues enseguida se desesperan y se ponen de nuevo violentos. Me han enseñado unos billetes que dicen estaban entre mis cosas y que es una parte del dinero que he

traído para dárselo a alguien, pero esos son mis ahorros que traje para hacer frente a los gastos de mis vacaciones. Cuando se lo he dicho me han respondido con un manotazo en la cara que ha supuesto que ya se acabaran sus buenas maneras, me han regresado a partir de ahí al infierno. Me han quitado la silla y la manta, me han obligado a estar de cuclillas y si perdía el equilibrio y caía al suelo, me levantaban violentamente y me golpeaban en la espalda con un palo que estaba forrado de goma espuma. Al principio solo sentía el golpe, pero luego el escozor era muy fuerte, y aun así me ponían ellos mismos de cuclillas de nuevo y todo se repetía una y otra vez. Caía, me golpeaban, me levantaban y otra vez estaba en esa posición que soy incapaz de aguantar mucho tiempo. Se repite muchas veces, hasta que parece que se cansan y me dejan en el suelo. Se van a la oficina y me quedo sola llorando y dolorida largo rato; siento mucho miedo a que regresen de nuevo, quisiera poder obligarle a mi mente a que piense en otra cosa, ganar tiempo de alguna manera. En algún momento alguien deberá ayudarme a salir de aquí.

Pero regresaron, antes de lo que me hubiera gustado. Me colocaron una venda en la cara que me tapaba los ojos. Decían que ya estaban cansados de mis mentiras, que no iban a permitir que siguiera engañándolos, que recordara bien sus caras, pues era lo último que yo iba a ver en mi vida, que a partir de aquí lo único que tendría sería oscuridad y sufrimiento. También me amarraron de nuevo las manos con unas esposas a la espalda, escuché su sonido al cerrarse, lo hacen tan fuerte que grito de dolor. Me levantan y me colocan de pie frente a una pared; aunque no veo nada lo sé pues al colocarme ahí me golpeo la frente y casi pierdo el conocimiento. Uno de los dos me sujeta para evitar que caiga. El que lo ha hecho ha aprovechado para sobarme de nuevo las tetas, debe de ser el que parece un

obseso. Luego sentí que me arrojaban agua muy fría sobre la cabeza y me empapaba por completo, el cuerpo me temblaba y volví a llorar mientras les pedía que por favor acabaran ya con ello, quería morirme ahí mismo. Arrojaron mucha agua sobre mi cabeza, y mis pies resbalaban en el charco que se había formado. Volví a golpearme contra la pared, ahora en la cara. La voz del oficial le reclamó al otro que tuviera cuidado, que me quería entera por el momento. Entonces cesaron de mojarme, yo temblaba de frío. Volvieron las preguntas, volvieron las amenazas, sentí de nuevo los golpes con el palo forrado y cuando iba a caer al suelo me sujetaron y me obligaron a permanecer en la misma postura. Me insultaban, maldita sudamericana de mierda, puta separatista, zorra asquerosa… seguían los golpes, no sólo en la espalda, ya alcanzaban el cuello, las piernas, los senos, la cabeza, sentí que caía, sentía que me volvía loca y grité, cada vez más fuerte, no entiendo de dónde saqué las fuerzas para hacerlo. Me respondieron con más golpes, con más preguntas, con más amenazas, me tiraron al suelo y me dejaron ahí, en medio del charco de agua. Se fueron otra vez. Oí al oficial decirle al otro que iban a tener que ser más duros, que no estaba colaborando y que el tiempo corre. El tiempo corre, sí, aunque para mí parezca detenido. ¿Pero a favor de quién corre el tiempo? ¿Cuánto más va a durar esto?

Al regresar, comenzaron otra vez a insultarme mientras me golpeaban de nuevo. Seguía en el suelo e intenté acurrucarme para protegerme, no sabía por dónde llegaban sus agresiones, pues tenía la venda en los ojos y las manos esposadas a la espalda. Mi cuerpo desnudo se estremecía cuando aquellos dos hombres me golpeaban con sus pies, con las porras de goma espuma; parecía que ya no se controlaban y que iba a ser el fin. Luego uno de ellos me agarró de los cabellos y me obligó a levantarme. Entre el dolor que sentía y el suelo mojado fue

difícil hacerlo. Después me liberaron las manos y me quitaron la venda de los ojos. No me atrevía a mirarlos a la cara, pues temía que si lo hacía me golpearían de nuevo. Vi que el oficial extendía una manta en la parte del suelo que aún no estaba mojada, mientras el otro reía de una manera que me produjo pánico. ¿Qué estarían tramando ahora? Me obligaron a colocarme a cuatro patas sobre la manta del suelo. El degenerado me golpeó las nalgas varias veces con sus manos abiertas y se reía de mi cuerpo, decía que era feo, que ningún hombre lo desearía jamás, y menos después de haber pasado por sus manos, que iba a quedar tan deforme que iba a parecer un monstruo, que nunca podría tener hijos. Solo podía responderles con mi llanto, y con el temor que me producían no era capaz de pronunciar palabra, ni siquiera para rogarles que se apiadaran de mí. El oficial sacó un bote de uno de los bolsillos de su uniforme y lo abrió, el olor a vaselina llegó a mi nariz y enseguida sentí que me la untaba en la vagina, en el ano. Luego se rieron con una fuerza que no lo habían hecho hasta entonces. Sentí que me penetraban la vagina con un objeto que podría ser un palo, no lo introdujeron mucho, pero la reacción de mi cuerpo de cerrarse y la rapidez con la que lo hicieron me hizo sentir que algo se desgarraba en mis entrañas. Volví a gritar de vergüenza y de miedo, quise rogarles que no me violaran; ellos reían y me insultaban, decían que para qué disimulaba, que aquello me gustaba. Sacaron el objeto de mi vagina y enseguida me lo introdujeron por el ano; volví a gritar y me llovieron los golpes de nuevo. Se me doblaron las rodillas y caí de lado; se enfadaron y me golpearon con la porra forrada en el estómago y en el pecho. Aún tenía el objeto introducido en el ano y el loco lo empujó más adentro. Grité de dolor con todas mis fuerzas, y entonces el oficial le ordenó que lo retirara. Lo hizo lentamente, como gozando de mi sufrimiento; intenté defenderme acurrucándome sobre mí misma, en una posición fetal sobre

la manta a la vista de aquellos dos hombres. Entonces el oficial me escupió, y entre insultos me advirtió que lo pensara, que ya se le estaba acabando la paciencia y que si no le decía dónde estaba el dinero y a quién y dónde debía dárselo, mis días estaban contados. Volvió a amenazarme con llevarme a un río y ahogarme y enterrarme allí mismo. Le ordenó al otro que me dejara ahí en el suelo, pero que antes me quitara la manta que habían colocado en el suelo. Cuando el jefe se fue, no sin antes encender el foco de luz intensa de nuevo, el de la mirada de loco tiró de la manta con tal fuerza que me hizo girar sobre el suelo, cayendo de nuevo en la zona que estaba llena de agua. Me miró unos instantes; yo intentaba protegerme la cara con las manos, pero aun así alcancé a ver que abría su bragueta y sacaba su pene. Sentí sus orines bañarme el cuerpo mientras escuchaba sus risas e insultos; cuando acabó, se giró sobre sí mismo y desapareció por el mismo camino que el oficial. El asco, el dolor, la humillación y el miedo aún y todo me permitieron escuchar el cerrojo de una puerta que se cerraba.

IX

1948-1958.

En 1948, una Junta Cívico-militar da un golpe de estado al general Isaías Medina Angarita, colocando al frente del gobierno a Rómulo Gallegos. Poco tiempo después, el Alto Mando Militar derroca a su vez a Gallegos y coloca a uno de sus miembros, Marcos Pérez Jiménez, como jefe del Estado.

En 1952, Pérez Jiménez gana unas elecciones que son denunciadas como fraudulentas por toda la oposición, pues consideraban que eran contrarias a la Constitución de Venezuela, donde se establecía que la elección presidencial debía llevarse a cabo mediante la competencia de varios candidatos, y por elección directa. No era el caso, pues se había tratado de un plebiscito donde el único candidato era precisamente Pérez Jiménez. Sin embargo, el dictador ganó el plebiscito y se mantuvo en el cargo de presidente de Venezuela hasta el año 1958.

Su gobierno se va a caracterizar por la represión contra toda la oposición y contra todo el movimiento popular en su conjunto, especialmente el movimiento universitario. Pero también por la fuerte inversión del Estado en la creación de infraestructuras para la modernización del país. Paralelamente, Pérez Jiménez realizó fuertes inversiones en la modernización del Ejército, logrando la seguridad nacional al mismo tiempo que contentaba a la casta militar para mantenerla de su lado, y lograr así el control de la población mediante medidas y prácticas represivas. Ese autoritarismo quedó reflejado en la aprobación de leyes, como la polémica "Ley de Vagos y Maleantes", que lo mismo servía para encarcelar vagabundos o homosexuales como a militantes de izquierda.

El carácter represor de la dictadura de Pérez Jiménez afectó a todo aquel que se opusiera a su régimen. Una represión que alcanzó a todo el espectro político venezolano, desde demócrata-cristianos y socialdemócratas hasta comunistas. Todo el que se opusiera a su gobierno y fuera considerado una amenaza podía ser detenido, torturado, encarcelado y obligado a realizar trabajos forzosos en cárceles como la de Guasina, situada en un lugar insalubre del Delta del Orinoco, donde los prisioneros eran metódicamente destruidos tanto física como psicológicamente, y que ha pasado a la historia de Venezuela como un símbolo de la barbarie de la época de Pérez Jiménez.

Tampoco existía libertad de expresión; ningún medio de comunicación se atrevía a denunciar las tropelías del régimen o la conculcación de los derechos humanos. Si un comunicador sobrepasaba los límites establecidos por el régimen, su destino podía ser la muerte, o la detención, la tortura y la cárcel.

La represión la dirigía Seguridad Nacional, que estaba dirigida por Pedro Estrada, un policía amigo íntimo de Pérez Jiménez, que obedeció con mano de hierro las órdenes del dictador contra toda la oposición política.

Una represión que recayó de manera especialmente dura contra el Partido Comunista, cuyos militantes sufrieron la brutalidad de Pedro Estrada y sus agentes. Sin embargo, Pérez Jiménez justificó la represión contra este partido no por sus ideales u objetivos, sino porque lo acusaba de "depender de una potencia extranjera".

Ideológicamente, Pérez Jiménez era un nacionalista radical de derechas. Sus ideas se basaban en la "Doctrina del Bien Nacional", que buscaba «la transformación del medio físico y el mejoramiento de las condiciones morales, intelectuales y materiales de los venezolanos». Para lograr el desarrollo de Vene-

zuela, Pérez Jiménez impulsó una política inmigratoria donde se incentivaba la llegada de europeos, sobre todo de España, Italia y Portugal, hecho que también propició la inmigración de origen vasco hacia el país.

La política económica de este periodo se considera enmarcada en el periodo desarrollista, que se extendía entonces por la mayor parte de los países latinoamericanos. Su objetivo principal, el desarrollo de Venezuela como un país del primer mundo, se intentó alcanzar gracias a los ya abultados ingresos por la exportación de petróleo, base histórica de la economía venezolana, y por la realización de grandes obras de infraestructura donde el aporte financiero principal fue público. Con esas inversiones se intentaba también diversificar la economía, ya entonces muy dependiente de la exportación de petróleo, a través de la modernización del medio físico.

Aunque la principal aportación la hizo el Estado, Pérez Jiménez tampoco descartó a la empresa privada en el proceso de modernización de Venezuela. Empresas privadas participaron activamente en las obras de infraestructura gracias a concesiones que se negociaban con los funcionarios gubernamentales y que a través de redes de corruptelas muchas se enriquecieron enormemente mediante un sistema de comisiones. La corrupción fue pues otra de las características de este régimen dictatorial. Incluso muchas de las empresas constructoras que habían fundado miembros de la colonia vasca se beneficiaron de este sistema, y sus propietarios se enriquecieron entonces aprovechando las políticas desarrollistas del régimen de Pérez Jiménez.

La política de vivienda también fue un aspecto importante en la época de Pérez Jiménez. Se elaboró y se puso en práctica un plan de sustitución de “ranchos” (chabolas) por viviendas para las clases populares que acarreó la construcción de urbaniza-

ciones enteras como la popular del 23 de enero en Caracas. Las vías de comunicación, sobre todo carreteras, también fue una prioridad en las inversiones del Estado, aunque su construcción no estuvo a falta de polémica, pues el régimen empleó a miles de presos como mano de obra en su construcción. También hubo grandes inversiones en el sector salud, destacando la construcción del Hospital Universitario de Caracas, y el Hospital Dr. Ángel Larralde en el Estado Carabobo. Venezuela se convirtió en esa época en el primer productor mundial de petróleo, y uno de los cinco más importantes en la producción de hierro y oro, afincando así el carácter extractivista que va a tomar la economía venezolana. La época de Pérez Jiménez fue un modelo de política desarrollista que incluso consiguió que la moneda nacional, el bolívar, tuviera paridad con el dólar estadounidense. Pero al mismo tiempo, esta bonanza económica, que como siempre favoreció sobre todo a los más pudientes, marginando a las mayorías, contrastaba en lo político con la falta de libertades públicas que imperaba en Venezuela.

En enero de 1958 se produce un nuevo alzamiento militar contra el gobierno. Pocos días después, la Junta Patriótica, que aglutinaba a toda la oposición, convoca a una huelga general que es mayoritariamente respondida por una gran parte de la sociedad venezolana. Muchos sectores, estudiantes, intelectuales, ingenieros, médicos, obreros y profesores se unen a la huelga y el gobierno de Pérez Jiménez se ve acorralado y sin respaldo social. Entonces Pérez Jiménez huye del país y se refugia en la España de Franco.

Tras el derrocamiento de Pérez Jiménez, los partidos políticos AD, Copei y URD firman el 31 de octubre de 1958 el Pacto de Punto Fijo, un acuerdo que trae consigo la instauración en Venezuela de un sistema político representativo donde las dos

principales fuerzas, AD y Copei, se van a turnar en el poder durante más de cuatro décadas. En el Pacto de Punto Fijo se margina al Partido Comunista pese a haber sido el que mayor oposición había hecho a la dictadura de Pérez Jiménez, y también quien más había sufrido la represión del régimen.

Las razones de la exclusión de los comunistas se justificaron entonces por razones de la coyuntura internacional. La guerra fría entre EEUU y la URSS estaba en pleno desarrollo, y se acusaba al PC de ser dependiente de su homólogo soviético. Pero quienes más presión ejercieron para que los comunistas fueran marginados fueron la jerarquía de la Iglesia católica, de signo muy conservador, y el partido Copei, muy ligado a esa institución religiosa. Copei, partido de ideología demócrata cristiana que ha mantenido unas relaciones históricas con el PNV ya desde entonces.

La marginación del PC, sumado al hecho de que la represión contra sus militantes y otros sectores de la izquierda no cesó tras el Pacto de Punto Fijo, acarreó la creación de varios movimientos guerrilleros que actuaron en todo el territorio venezolano, enfrentando a militares y policías que se empeñaron en erradicarlos con prácticas muy duras. Esta estrategia guerrillera va a durar hasta el año 1969 en el caso de los grupos apoyados por los comunistas, cuando se disuelven tras lograr un acuerdo de pacificación y de legalización del PC con el gobierno de Betancourt, y hasta bien entrados los años 70 en el caso de los grupos apoyados por el Partido de la Revolución Venezolana. Todos los grupos guerrilleros se inspiraron en los ideales de la Revolución Cubana, que había llegado al poder el 1 de enero de 1959 bajo la dirección de Fidel Castro.

X

El capitán López Arrimadas había decidido realizar un nuevo registro en la habitación de la muchacha venezolana. Le parecía increíble que hubiera podido resistir todos los interrogatorios sin decir nada que la incriminara y que les guiara a ellos para resolver un asunto que cada día se le aparecía como más sospechoso. Pero sobre todo estaba desilusionado al ver que lo que en un principio se le había presentado como la oportunidad de su vida para ascender en la escala del cuerpo de la Policía Armada y conseguir un mejor destino, se iba quedando en nada, solo en un caso más de detención sin causa aparente. La detenida era extranjera e imaginaba que podría dar problemas en caso de no ser acusada de algo coherente ante el juez y que este decidiera ponerla en libertad y fuera después contando por ahí, en la prensa de su país, los malos tratos a los que la había sometido la policía española. En ese caso alguien de arriba iba a pedir responsabilidades y siempre eran los pendejos los que iban a pagar los platos rotos, en este caso él mismo.

Quería hacer un nuevo intento de dar con una pista confiable; pensaba que era posible que en algún rincón del hotel o de la habitación la muchacha hubiera escondido el dinero o algún documento que le ayudara a descifrar lo que según él allí estaba sucediendo. Era posible que algún cómplice ya hubiera estado hospedado antes de la llegada de la venezolana y que hubiera escondido algo en otra habitación, o en algún lugar de las áreas comunes del hotel para que ella lo recogiera sin levantar sospechas. Solo era una posibilidad, pero tenía que explorarla para agotar todas las posibles, sobre todo porque aún no contaba con nada sólido con lo que trabajar.

Para realizar el registro le había pedido a Rodríguez que lo acompañara, aunque el hotel era pequeño y las habitaciones bastante simples, era un trabajo demasiado complicado para hacerlo él solo. También le había pedido a Rodríguez que se hiciera acompañar por otro agente de su confianza para que los ayudara, solo exigiéndole que eligiera a alguien seguro y que fuera discreto. Rodríguez había llevado al cabo Valencia, que era su compañero de juergas habitual en los medios de la prostitución nocturna en Donostia y también socio suyo en algunos negocios ligados al contrabando de poca monta de cigarrillos y licor que se vendía en casi todos los prostíbulos y antros.

Los tres se habían desplazado esta vez hasta el hotel en un coche oficial de la policía. El objetivo era amedrentar a los empleados del hotel para forzarles a decir todo lo que supieran; eso en el caso de que supieran algo, pues en su anterior visita no habían conseguido sonsacarles nada de importancia. Al llegar al hotel le exigieron al gerente que les mostrara el registro de admisiones y que les explicara quién era cada uno de los clientes que se habían hospedado desde quince días antes de la llegada de la muchacha venezolana. El gerente accedió a colaborar en todo lo que le pidieron, sea por temor sea por convicción de ayudarlos, e invitó a sentarse en su despacho a López Arrimadas para identificar a cada cliente que había pasado por el hotel. Mientras, Rodríguez y Valencia se dedicaron a poner literalmente patas arriba la habitación donde se hospedaba la muchacha.

El gerente le dijo a López Arrimadas que aquel era un tema muy delicado, y le pidió discreción y cautela ante los pasos que pensara dar en el futuro con la información que le iba a suministrar, pues ambos podrían acabar mal dependiendo del uso que se le diera. Al principio el capitán no entendió el consejo del empleado, pero a medida que aquel fue desgranando

quiénes eran los clientes que se habían hospedado esos días lo fue entendiendo mejor e incluso sintió algo de vértigo. La mayoría eran altos funcionarios del Régimen, políticos y militares, que llegaban con sus amantes o con prostitutas desde Madrid y otras capitales de provincia. A veces se registraban con su nombre, otras solamente con el apellido, y el gerente le explicó que en la mayoría de los casos ni siquiera se registraba el número de DNI, pues así lo exigían los clientes para pasar más desapercibidos. López Arrimadas pensó entonces que el verano donostiarra se había convertido en un destino de puterío de lujo para los grandes de España, del que ni siquiera los policías destinados en la ciudad tenían conocimiento.

El resto de clientes que habían pasado por allí eran grandes comerciantes de todo tipo de mercancías que solo permanecían en el hotel uno o dos días, o algún artista o músico famoso con sus acompañantes llegados a la ciudad para algún tipo de espectáculo. El gerente le explicó que siempre eran los peores clientes, pues dejaban las dependencias hechas un asco o producían escándalos de borracheras y otros actos que él consideraba repugnantes, como andar medio desnudos o toqueteándose y besándose en cualquier lado, y no solo hombres con mujeres, sino incluso hombres con hombres, lo que le produjo a López Arrimadas una intensa sensación de asco. También encontraron en el registro algunas parejas de recién casados que habían decidido pasar su luna de miel en la costa del Cantábrico, nada sospechoso, pues en esa época Donostia se había puesto de moda como destino de los viajes de novios de las familias pudientes de Madrid y Barcelona. El único que podría resultar sospechoso era un ciudadano sueco que había llegado solo, se había quedado tres días y no se supo a qué se dedicaba, pues no hablaba una sola palabra de español, y nunca se le vio compartir con nadie. Había dejado el hotel con rumbo

desconocido tres días antes de la llegada de la venezolana. Era un hombre maduro, de unos cuarenta años; solo había traído una bolsa de viaje como equipaje, salía muy temprano del hotel y regresaba ya tarde en la noche, recogía su llave en la recepción y ni siquiera era capaz de decir buenas noches. Los empleados del hotel le habían apodado "el gruñón", pues las pocas veces que parecía que saludaba emitía un sonido como si estuviera enfadado, y tampoco lo apreciaron mucho pues era un tacaño que no dejó ni siquiera una pequeña propina a nadie. Preguntó qué habitación había ocupado el sueco y cuando obtuvo la respuesta, se fue en busca de Rodríguez y de Valencia.

Los encontró a la puerta de la habitación de la muchacha fumando un cigarrillo. Al ver al oficial, los dos agentes hicieron el amago de ponerse firmes y Rodríguez dijo que no había habido suerte; por mucho que se habían esmerado en la búsqueda, no habían encontrado nada de nada. López Arrimadas se asomó a la habitación y vio el destrozo que habían hecho sus dos agentes. La cama estaba partida por la mitad para mostrar su interior al igual que un pequeño sofá y una mesita y una silla, el colchón acuchillado enseñando sus tripas de lana, la lámpara estaba rota en el suelo, el armario desencajado de su lugar e inclinado, en su interior no se había salvado ni uno de los cajones; en el baño los dos agentes habían arrancado el lavabo por si escondiese algo detrás y lo mismo habían hecho con el tanque de agua de la poceta, que también estaba quebrada, pues a Valencia se le había caído el depósito encima cuando lo desmontaba; incluso habían arrancado la moqueta del suelo y sus jirones se acumulaban en todas las esquinas de la habitación. López Arrimadas se sonrió para sí mismo al pensar en la cara que pondría el gerente cuando descubriera el trabajo de sus subordinados.

Luego se dedicaron los tres a hacer lo mismo en la habitación que había ocupado el sueco. El destrozo fue parecido, al igual que el resultado; nada que ver con dinero o con documentos que pudiesen estar relacionados con la muchacha, aunque aquí Rodríguez consiguió una bolsita escondida detrás del lavabo que contenía una pequeñita cantidad de un polvo blanco y que entregó al capitán. Lo olieron los tres y no supieron de qué se trataba, incluso Valencia dijo que cuidado no fuera ser polvo mata ratas. El capitán guardó la bolsita en el frente de su camisa y decidió que se la llevaría a algún policía que supiera algo de química para saber de qué se trataba. Debía ser alguna cosa relacionada con el extraño proceder del sueco, pero estaba seguro de que aquello nada tenía que ver con la venezolana y suspiró de desesperación, pues seguía igual que antes, sin algo que le ayudara en la investigación.

Ya fuera del hotel, los tres se dirigen hacia la comisaría. Al estacionarse en el patio interior, se despide de Valencia y le dice a Rodríguez que lo acompañe, que lo invita a un café en el bar de la esquina, que deben hablar y mejor hacerlo fuera de la comisaría. Sentado en una de las mesas del fondo, vigilando sin cesar la puerta de entrada del negocio y con Rodríguez frente a él, el capitán se dirige de manera directa a su subordinado. Le dice que se siente desesperado por no tener ninguna pista y que la venezolana tampoco está colaborando nada. Su voz se va poniendo grave y le advierte a Rodríguez que están perdiendo la oportunidad de su vida para ascender y ganarse la confianza de los superiores, que necesitan un resultado rápidamente, antes de que los de la BPS les quiten el caso de entre las manos. Le dice que en ese mismo día iban a llevar ante el juez a los detenidos por el asunto de la quema de las banderas, y que el asunto del intento de descarrilamiento se encontraba en punto muerto pues, según ha sabido, varios de

los que estaban implicados ya habían huido a Francia. También le comentó que los de la BPS andaban muy enfadados por ello, pues alguien ha sabido aguantar los interrogatorios un tiempo y los que podían llevar a los responsables del descarrilamiento del tren han tenido tiempo de huir. Que mejor que no fueran ellos dos los que pagaran la mala hostia que debían tener los secretas. Según el capitán, debían de hacer un último esfuerzo con los interrogatorios de la muchacha, quizá fuera su última oportunidad y que solo quedaba endurecerlos, habría que buscar la manera.

Rodríguez había escuchado sin decir nada. Pasados unos minutos, mientras ambos miraban sus respectivos cafés sin decir palabra, le dijo a su capitán que él conocía algunos de los métodos que emplean en la BPS, pero que podrían ser muy duros y que no sabía si la muchacha los pudiera soportar, aunque si el premio era bueno valdría la pena arriesgarse. Entonces el capitán le propuso que la sometieran a choques eléctricos, lo que se conoce como la picana. Rodríguez le advirtió que iba a ser muy difícil conseguir el aparato, que eso sólo lo manejan los de la BPS y que no veía la manera de conseguirlo sin que se dieran cuenta. Si no quieren que los secretas se enteren de que están realizando investigaciones por su cuenta, es mala idea usar la electricidad que solo ellos manejan. Y si se enteran son capaces de ir con el cuento a Madrid y se les va a caer el pelo por meterse donde no les llaman. No, nada de usar los aparatos de la BPS, mejor usar algunos de los métodos que ellos usan, él los conoce por haberlos visto practicándolos.

Al salir del bar, los dos regresaron a la comisaría. El capitán le ordenó a Rodríguez que fuera a preparar lo que necesitara para interrogar a la muchacha. Mientras, lo esperaría en su oficina. Cuando estaba recapacitando sentado en su despacho, sonó el teléfono y al contestar reconoció enseguida la voz de

Sánchez, su antiguo compañero de la Academia. El policía destinado en la protección de embajadas le quería advertir que algo se estaba moviendo en la capital con el asunto de una ciudadana venezolana que estaba desaparecida en Donostia. Su familia se había preocupado porque no aparecía por ningún lado; habían hablado con los responsables del hotel donde se hospedaba y ahí les habían dicho que seguramente estaba detenida por la Policía Armada, pues agentes de ese cuerpo habían realizado algunas investigaciones allí, preguntando por sus movimientos en la ciudad. Que la familia se había comunicado con alguien poderoso en Venezuela y que éste, a su vez, lo había hecho con alguien del Ministerio de Asuntos Exteriores de ese país, quien después había hablado con el embajador de Venezuela en España pidiéndole que gestionara con las autoridades españolas para averiguar el paradero de la mujer.

Sánchez solo había escuchado rumores de todo ello entre sus colegas policías de Madrid, pero recordaba que López Arrimadas se había comunicado con él para interesarse sobre el embajador de Venezuela en Madrid y supuso que aquel asunto podría estar relacionado con su amigo. Le advertía que si sabía algo de aquello se anduviera con cuidado, pues el embajador de Venezuela tenía muchos buenos contactos con las autoridades policiales de la capital, no fuera a ser que un asunto turbio estropeara su carrera. Que sabía también que el embajador había comisionado al cónsul en Madrid para que personalmente realizara las gestiones e investigaciones para dar con el paradero de su compatriota, y que seguramente ya había viajado a Donostia.

La llamada de Sánchez dejó a López Arrimadas más preocupado de lo que ya estaba. Que una embajada extranjera se inmiscuyera en sus asuntos era algo que no esperaba, le preocupaba bastante, pero al mismo tiempo no quería perder la oportuni-

dad que pensaba se le abría si era capaz de conseguir un golpe de efecto ante sus superiores. Si la venezolana estaba implicada en la llegada de dinero para los opositores al gobierno y, sobre todo, si él era capaz de demostrarlo, no valdrían de nada las quejas y protestas ni del cónsul ni del embajador, por muy buenas relaciones que tuvieran en Madrid. Sabía que el Estado se iba a poner de su lado si demostraba que la mujer era perniciosa y un enemigo peligroso para el gobierno; le darían la razón a él, apoyarían sus actos y seguramente sacaría un buen provecho por sus servicios en defensa de la Patria. No era la primera vez que sucediera, ya antes había sabido de conflictos diplomáticos entre el gobierno de España y los de otros países europeos por la detención o la muerte de ciudadanos de esos países por luchar de una u otra manera contra España y su gobierno. Esta vez no debía ser una excepción, pero para ello estaba obligado a tener un resultado tangible entre las manos.

Esperaba que Rodríguez se diera prisa preparando lo necesario para el siguiente interrogatorio, que ahora sí, debía ser el definitivo. También tenía que ordenarle al sargento de guardia que no quería que nadie lo molestara, bajo ningún motivo, y menos aún si el que lo buscaba era algún funcionario de un gobierno extranjero; que le dijesen que estaba en servicio en algún lugar de la provincia y que no se esperaba que regresara pronto. Era cuestión de ganar tiempo y aprovecharlo al máximo.

XI

La hoja en blanco que tengo frente a mí puede definir mi destino. Así me lo ha hecho saber el policía que me ha ordenado que escriba en ella con este lápiz todo lo que sepa, que cuente todo lo que he hecho desde el primer minuto que puse un pie en España. También me ha amenazado, dice que es mi última oportunidad de salir con vida de aquí, para que regrese a mi país, olvidar estos días y recobrar mi vida normal. Que si les cuento lo que sé ni siquiera me van a llevar ante el juez ni me van a acusar de nada, que me promete que él mismo me lleva a Madrid para que tome un vuelo a Venezuela, aunque después ya nunca más podré regresar. Me gustaría que fuera así, salir de aquí, sentir que me elevo al despegar el avión y que me aleja de este infierno mientras me acerca a mi casa y a mi familia, a mi vida. Pero ¿qué voy a escribir si no sé nada de lo que ellos quieren que les informe? ¿Seré capaz de inventar alguna mentira que les parezca creíble y consiga que me dejen en paz? Pero si no la creen o se ponen a comprobar lo que les digo y se dan cuenta de que les estoy mintiendo, las consecuencias van a ser grandes. Seguro que luego me castigarán con más sadismo del que ya han utilizado conmigo. ¿Qué puedo hacer? No encuentro la salida a esta pesadilla, intento concentrarme y sólo consigo que a mi mente lleguen recuerdos de mi vida, como si fueran pedacitos de mi memoria casi olvidados que se revelan ahora. Quiero escribir sobre mis días en Donostia y de repente me veo celebrando la Navidad en el Centro Vasco de Caracas rompiendo con otros niños la piñata mientras nuestros padres nos animan; yo era buena para recoger los caramelos que caían al quebrarse. Siempre era una piñata con la forma de dos muñecos vestidos con trajes vascos que alguien le encargaba a una tienda que estaba a la entrada de El

Paraíso, el barrio donde está la Euskal Etxea. Un año también mandaron a hacer otra con la forma de un caserío, más grande, con más cosas adentro. Cada vez era un niño o una niña diferente a la que le vendaban los ojos y le entregaban el palo con el que debía golpear la piñata. A mí me tocó varias veces, la última cuando tenía doce años; siempre eran los pequeños los que tenían más posibilidades. Los demás niños nos colocábamos alrededor de la piñata, siempre atentos para que el que golpeaba no fuera a soltarnos un palazo a alguno de nosotros, y atentos también para salir corriendo en el momento que se quebraba para recoger los caramelos y los juguetes que tenía en su interior, aunque a veces también había fruta. Corríamos mientras el confeti aún volaba en el aire y buscábamos en el suelo agarrando las cosas con las dos manos. Nuestros padres aplaudían y nos animaban con gritos de alegría. Como yo era de los mayores, agarraba más que muchos de los otros niños, pero luego mis padres me obligaban a compartirlos con los más pequeños, que casi siempre se quedaban sin nada. Pero eso no puedo escribirlo en esta hoja en blanco; si lo hiciera quizá me mataran en el momento que lo leyeran, pensarían que me estoy riendo de ellos. Me gustaría poder escribir para explicar lo que he hablado con cada persona que he conocido en Donostia, con el taxista que en el aeropuerto de Madrid me llevó a la estación del tren, con la empleada que me vendió el billete de tren a Donostia, la señora que me tocó en el asiento de al lado, muy preocupada por si el buen tiempo la iba a acompañar durante sus vacaciones en la costa vasca, de si encontraría una buena peluquería, pues debía ir a una fiesta de sociedad y no pensaba que en provincias fuera a ser como en Madrid, pues según ella están muy atrasados. Las cortas conversaciones con los empleados del hotel, que siempre me preguntaban cómo me iba en mis paseos, si me gustaba la ciudad o hasta cuándo pensaba quedarme, los piropos de aquel

comerciante que se hospedaba en una habitación cercana a la mía y hasta me perseguía para invitarme a cenar y que luego fuéramos a bailar en no sé dónde cerca de la playa de La Concha, las palabras corteses de los camareros en los restaurantes donde he ido a comer estos días, la conversación con los niños que se lanzaban a recoger las monedas que les lanzan al mar en el puerto, o con la señora que remendaba redes y quiso saber de dónde venía y que al saber que soy venezolana me contó que hace mucho tiempo su hermana fue a mi país y desde entonces no ha tenido más noticias de ella.

Describir en esta hoja los rostros de las personas con las que me he cruzado en la playa o en las calles de Donostia, cuánto me recuerdan los viejitos con sus boinas a mi difunto padre, o que a veces me quedaba quieta en un lugar solo para escuchar a las mujeres hablar y discutir de sus cosas entre ellas en euskara, en voz baja para que nadie supiera que estaban utilizando su lengua prohibida. Quiero que mi mano sea capaz de agarrar el lápiz y que les dé forma a esos recuerdos, pero mi mente se va de nuevo a otro sitio. Vuela muchos años atrás y me convierte en la niña que entra en las templadas aguas del Mar Caribe de la mano de mi madre saltando las pequeñas olas que nos salpican. Siento sus brazos sujetarme la cintura mientras me anima a mover los brazos y las piernas para flotar sola en el agua, me pide que me relaje y que busque la manera de mantener la cabeza fuera. Así fue muchas veces, hasta que un día algo pasó y fui capaz de alejarme sola, de repente dejé de sentir su abrazo y acompañé a la ola lejos de ella. Ahora recuerdo que ahí le perdí el miedo y con el tiempo fui capaz de nadar más lejos. Cómo me gustaría estar en ese mi mar, tumbarme boca arriba en sus aguas y quedarme inmóvil, dejar que las olas y la corriente me lleven lejos, donde ellas quieran, a cualquier sitio lejos de aquí. Debería ponerme a escribir ya

para contar con mucho detalle cómo he recorrido las calles de la Parte Vieja siguiendo a la charanga por la ciudad en las Euskal Jaiak, o el concierto de orquesta que escuché en el quiosco de la Alameda, cuánto me gustó aquel otro de órgano en el Buen Pastor, cuando me sumergía en el bullicio de los bares llenos de gente y entre un vino y otro comía un pintxo mientras escuchaba a los coros cantar. Los paseos hasta el Paseo Nuevo al atardecer antes de irme a cenar en el primer restaurante que encontraba en el camino de regreso al hotel. El verme en todos los lugares rodeada de muchas personas pero manteniendo mi soledad, ese deseo de ver el mundo desde afuera, sin comprometerme a compartirlo con nadie, para mí sola. También podría escribir sobre mi trabajo de maestra en un colegio de Caracas donde estudian niños y niñas de clase acomodada, gentes que nada más nacer ya tienen la vida resuelta porque van a heredar lo que en su tiempo también heredaron sus padres, tan diferentes a los niños y niñas que conocí en los días de prácticas en los barrios pobres de la ciudad, cuyos padres muchas veces los llevaban únicamente para tener un lugar donde dejarlos mientras trabajaban todo el día en agotadoras jornadas que nunca los sacaban de la miseria en la que vivían, o simplemente para que el Estado les diera su botellita de leche diaria. Niños y niñas que seguirán la condena de sus mayores y llenarán las estadísticas de la delincuencia en la ciudad apenas salgan de la infancia.

Pero nada de eso les interesaba a esos policías que no querían entender que nada sé de lo que me preguntan con tanta insistencia, no tengo unas respuestas que me saquen del tormento al que me someten. La hoja seguía en blanco y el tiempo se iba. Cuando llegaran los policías en busca de sus respuestas no encontrarían nada. Lo habían advertido, era la última oportunidad de colaborar con ellos.

Aún sigo sin saber si es de día o de noche, no hay aquí nada que me pueda orientar. Tampoco cuántos días llevo en sus manos, ya me es imposible calcular; si al menos me dieran algo de comer o beber quizá me ayudara a razonar mejor. Solo sé que me despertaron con un golpe en la espalda y los gritos que el "cara de loco" lanzaba. Le tengo mucho miedo a ese hombre, creo que si no estuviera su jefe ya habría abusado de mí a su antojo. El sonido de su voz me pone los pelos de punta y siento que tiemblo cuando está cerca de mí. Ya casi ni siquiera siento los temblores, y cuando llegan no puedo distinguir si son de miedo o de frío, quizá sean las dos cosas. El hombre gritaba, decía que era una asquerosa, que me revolcaba en mi propia mierda y mis orines. Así me dejaron la vez anterior, en el suelo y sin nada con qué cubrirme, en medio de un charco de agua, sudor, lágrimas y mis propios desechos. Al menos aún no me llega el periodo que esperaba para estos días, ojalá se siga atrasando, pues únicamente complicaría más las cosas. Al principio sentía asco de mi suciedad y vergüenza de mi desnudez, creo que ya no me quedan fuerzas siquiera para ello. El policía me hizo levantarme y me trajo a este otro cuarto donde hay una ducha y me lanzó ahí gritando que era una cerda, que daba mucho asco tocarme. Entonces colocó una manguera y la abrió con toda la presión rociándome con el agua fría; solo pude sentarme en el suelo e intentar protegerme los pechos, pues es ahí donde apuntaba con mayor insistencia y me lastimaba. También en el resto del cuerpo con una presión muy fuerte. Hizo que me levantara y paso el chorro de agua por todo mi cuerpo. Mientras se reía y decía que una vez limpia podría servir para un servicio rápido para él o para algunos de sus hombres. Cuando se cansó cerró el chorro de agua y me lanzó una especie de toalla muy rasposa que al utilizarla casi me arranca la piel. Ahora que puedo ver mi cuerpo casi no me reconozco, estoy llena de moretones y me duelen hasta los

huesos, son muchos los golpes que he recibido. Casi no me dejó tiempo para acabar de secarme, trajo una especie de bata y me ordenó que me la pusiera. Otra vez se reía de mi cuerpo, decía que soy la mujer más fea que ha visto en su vida. Luego me trajo a este lugar donde está la mesa donde estoy sentada frente a la hoja en blanco. No tardó en llegar el oficial y me hizo la propuesta, yo escribo lo que sé y ellos me dejan en paz. ¿Será verdad lo que dice, o nada más es otra de sus mentiras? De todas formas, creo que estoy perdida, no tengo nada para ellos; llegarán y encontrarán la hoja en blanco, pues así está también mi conciencia, sin saber cómo contentarlos para que no acaben conmigo.

XII

Era la cuarta vez que Braulio Sifontes, cónsul de Venezuela en Madrid, llamaba ese día a la comisaría de la Policía Armada en Donostia. Sabía que algo extraño estaba sucediendo allí, pues en la última de las comunicaciones incluso había intuido un claro sarcasmo cuando el agente al otro lado de la línea le volvía a decir que el capitán López Arrimadas, responsable del centro policial, no se encontraba, que estaba trabajando en un caso en otro lugar de Gipuzkoa y que no sabían cuándo regresaría ni cuándo podría atenderle.

No había sido suficiente que se identificara como un funcionario diplomático y que hiciera mención a la urgencia con la que necesitaba comunicarse con el oficial al mando en dicha comisaría. Sabía, por experiencia propia al haber tratado desde hacía tiempo con la burocracia española, que le estaban engañando y que alguien podría estar pensando que era un estorbo por algún motivo o intentando ganar tiempo. Precisamente, tiempo es lo que nunca había en los casos como el que tenía entre manos. La desaparición, según todos los indicios, de una ciudadana venezolana que supuestamente habría sido detenida por algún motivo por la policía española. La misión se la había encomendado el propio embajador de Venezuela en Madrid, quien a su vez había sido requerido por algún alto responsable del Ministerio de Exteriores venezolano a petición de un importante industrial amigo cercano a la familia de la mujer desaparecida. El embajador le había ordenado viajar enseguida a Donostia para recabar datos con los que actuar frente a las autoridades españolas en caso de ser necesario, y Sifontes aún no había siquiera encontrado un lugar donde quedarse en la ciudad intentando agilizar su trabajo todo lo posible.

También conocía muy bien lo que suponía ser detenido por la policía española. En los cuatro años que ejercía como cónsul de Venezuela en Madrid no había habido grandes conflictos que arreglar con las autoridades españolas en relación a detenidos venezolanos aquí, pero tenía muchos amigos entre los cónsules de otros países latinoamericanos y europeos que sí se las habían tenido que ver con varios casos de ciudadanos de sus países detenidos en España, o incluso asesinados por las fuerzas policiales del país. Sabía del maltrato al que sometían a los detenidos, con algunos casos aun sin resolver de ciudadanos extranjeros desaparecidos, y también conocía de primera mano el trato que aquí se les daba a los opositores al régimen, pues él había gestionado varias veces ayudas para familiares de detenidos y perseguidos para que huyeran de España sencillamente para salvar sus vidas. En esos casos, el cónsul había facilitado la emigración a Venezuela de varias familias perseguidas, para que se instalaran allí y rehicieran sus vidas. Braulio Sifontes se consideraba a sí mismo un hombre de izquierdas, no de la izquierda marxista bolchevique, sino de una izquierda razonable que consiguiera en el caso de Venezuela sacar a las mayorías de la pobreza extrema pero que se mantuviera en la órbita del mundo libre y liberal que lideraba EEUU. Además, ahora ocupaba su cargo diplomático con mucho más interés y convicción que cuando llegó a Madrid hacía cuatro años. Entonces eran los tiempos de la dictadura de Pérez Jiménez en Venezuela, pero él había llegado a su cargo no por cercanía al gobierno, sino por méritos propios pues era diplomático de carrera y había superado con éxito todas las oposiciones a las que se había presentado. Al principio sintió un poco de repulsión por las excelentes relaciones que el dictador de su país mantenía con el gobierno de Franco, pero ejerció sus funciones lo mejor que pudo pues se sentía obligado a cumplir con su propio país y también porque le gustaba su trabajo. De todas

formas, los asuntos consulares venezolanos en España no eran entonces nada complicados. Sobre todo, le tocó gestionar la emigración de españoles a su país, entre los que consiguió camuflar a algunos que simplemente huían del franquismo. Otras veces le tocó gestionar que adinerados españoles fueran a Venezuela a hacer negocios, y lo mismo en cuanto a que venezolanos pudientes resolvieran sus cuestiones burocráticas para invertir en España. Pero estos eran asuntos que casi nunca le correspondía resolverlos a él, pues era el embajador quien se ocupaba, y sabía que existían fuertes comisiones económicas que se cobraban en lo más alto de la delegación diplomática y a las que, por supuesto, él nunca tenía acceso. Era el caso que cada vez tomaba mayor fuerza, la de la importación por parte de España del petróleo venezolano, el oro negro que estaba revolucionando la economía de Venezuela desde hacía ya varias décadas.

El cónsul Sifontes también realizaba su trabajo con mayor dedicación desde la caída del gobierno de Pérez Jiménez, quien precisamente se había venido a refugiar en España gracias a su amistad con el dictador local que gobernaba en Madrid, y sobre todo porque era un fiel seguidor del presidente de su país, el doctor Rómulo Betancourt, a quien consideraba una oportunidad de primera mano para colocar a Venezuela en lo más alto de la escala internacional. No era porque hubiera salido elegido como presidente constitucional en 1959, sino que ya había sido seguidor suyo cuando se le nombró presidente interino entre 1945 y 1948, aunque él fuera entonces muy joven. Para Sifontes, Betancourt era el hombre que iba a estabilizar definitivamente la democracia venezolana, dejando atrás las conspiraciones, los alzamientos y los golpes de estado que se sucedían en la historia de su país. Además, Betancourt había conseguido aprobar el 23 de enero de ese año, 1961, una

nueva Constitución de tipo progresista. Había lanzado una ambiciosa reforma agraria para sacar al interior del país del subdesarrollo, también una fuerte inversión del Estado en el sector educativo, y estaba desarrollando como nunca la industria petrolera gracias a la adhesión de Venezuela a la Organización de Países Exportadores De Petróleo, OPEP. La única cuestión que le preocupaba en lo profesional es que el gobierno de Caracas había dispuesto romper relaciones con todos aquellos países con gobiernos dictatoriales de todo el mundo. Pero, se decía a sí mismo, quizá para autoconvencerse, que en el caso de España seguramente se hiciera una excepción por los lazos históricos existentes entre los dos países, y el nivel de relaciones se mantuviera sin alteraciones. Le daba confianza que fuera así porque era consciente de que el presidente Betancourt sabía que el embajador Guerrero Rosales era un personaje cercano a López Jiménez, y el hecho de no haber sido removido de su cargo suponía que en Caracas preferían tener a alguien con buena interlocución con el gobierno franquista y no a alguien democrático o de izquierdas que pudiese crear conflictos. Eran muchos los intereses económicos en juego y no cabía arriesgar, sobre todo por el crecimiento de la economía y la industria españolas, que habían dado un salto importante en los últimos años, con lo que acarreaba de necesidad de importación de petróleo.

En el asunto de la venezolana desaparecida, antes de salir de Madrid el cónsul se había comunicado con un miembro de la Guardia Civil que sabía que estaba destinado en grado de comandante en una localidad de Gipuzkoa cercana a la frontera. Al comandante Morales lo había conocido por un asunto en el que estuvo implicada una venezolana casada con un español que la maltrataba, quien un día decidió agarrar los dos hijos que tenían y llevárselos sin el conocimiento del padre a Vene-

zuela. El español denunció el caso ante la Guardia Civil y fue Morales quién sirvió de enlace entre las autoridades españolas y la delegación diplomática para obligar a la mujer a que devolviera a los hijos a España. Tras una dura negociación entre las partes, entre Sifontes y Morales consiguieron que aquello se resolviera sin inculpaciones penales, y mediante un acuerdo, que padre y madre pudiesen disfrutar de los hijos durante diferentes épocas del año. Morales también aprovechó la ocasión para conseguir del cónsul visas de emigrantes para tres de sus familiares, y el hombre le había prometido a Sifontes que contara con él en el caso de que un día necesitara ayuda. Era la ocasión de pedirle la devolución del favor, y habló con el comandante por teléfono desde Madrid contándole todo lo que sabía. Morales se aprestó a colaborar, pero le pidió que le diera dos días, pues entonces andaba ocupado con una operación en la frontera que podría suponer un gran golpe a las mafias del contrabando. Después de escuchar todos los detalles que Sifontes le expuso, Morales le dijo temer por la seguridad de la desaparecida, más si se encontraba inmersa en algún asunto político, pues la comisaría de Donostia tenía fama de ser muy severa en los interrogatorios, sobre todo si el caso lo llevaba la Brigada Político Social. El comandante también le dijo que en dos días iba a ir personalmente a la comisaría para interesarse por el asunto, y que mientras lo hacía iba a intentar mover algunos hilos entre sus contactos para ir adelantando el trabajo. El cónsul Sifontes le agradeció su buena disposición y quedaron en comunicarse en cuanto existiera alguna novedad.

Al primer lugar que Sifontes fue al llegar a Donostia y desde donde realizó su primera llamada sin éxito a la comisaría de la ciudad, era el hotel donde se hospedaba la joven. Allá encontró a un gerente que aún no salía de su enojo con la policía por el destrozo que habían causado en dos habitaciones en

el segundo registro efectuado para encontrar algo con lo que inculpar a la muchacha. Era evidente que no habían encontrado nada, pero nadie se hacía ahora responsable del pago de los destrozos y el gerente temía que los propietarios del hotel lo hicieran responsable por no haber podido evitarlo. De María Mercedes Antxeta, que era como se llamaba la desaparecida, no sabía nada de nada, aunque era evidente que estaba o había estado en algún momento detenida por la Policía Armada visto el interés que tenían en ella. Desesperado por la falta de pistas, el cónsul Sifontes realizó desde el hotel otra llamada a la comisaría, exigiendo poder hablar con el capitán López Arrimadas. La respuesta que recibió fue la misma, el capitán está en servicio fuera y no sabemos cuándo regresará. Decidió hacer un poco de tiempo y entró en una cafetería cercana sentándose a tomar un café. Antes de salir volvió a llamar a la comisaría, pero recibió la misma respuesta. Pensó que aquel asunto se presentaba feo y complicado y decidió encontrar una habitación de hotel para pasar la noche y también para disponer de un número de teléfono donde tanto el embajador, el comandante Morales o alguien en la comisaria pudiesen localizarlo en cualquier momento, eso si allí alguna vez decidían aclarar el asunto.

XIII

En Caracas debe de estar lloviendo; es la época de lluvias y me imagino que el río Guaire estará crecido, recorriendo toda la ciudad con todo su caudal. Desde la ventana de la sala de la casa de la tía Edurne, en Bello Monte, se veía el Ávila en todo su esplendor. Esa cordillera majestuosa que la naturaleza tuvo la buena idea de colocarnos para proteger a Caracas de los ciclones que recorren el Mar Caribe en estas fechas todos los años. Me gustaba agarrar una silla para subirme en ella y contemplar desde allí las nubes que escondían las cimas y luego nos las devolvían envueltas en rayos de sol dorado. La tía pensaba que era un riesgo que yo estuviera ahí, sobre todo cuando era muy pequeña; no es de extrañar, pues vivía en un cuarto piso y la altura era impresionante. Pero yo nunca me asomaba hacia abajo, me producía vértigo y lo que me interesaba era la montaña. Ahora seguro que también pueden verse las cascadas que bajan saltando los riscos, trayendo el agua que hace crecer nuestro río. Siempre he imaginado que en El Ávila viven aún los indios que encontraron los españoles al llegar a esas tierras. Cuando de pequeña mi papá me subía a sus hombros y se lanzaba a subir por aquellas cuestas tan pronunciadas imaginaba siempre que en cualquier recodo del camino íbamos a encontrar algún indio que nos ayudaría a no perdernos, y aunque nunca vi ninguno siempre creí que estaban allí para cuidarnos. Tampoco vi ninguno cuando ya más mayor caminaba yo sola junto a mi padre por los mismos caminos. Entonces los paseos eran mucho más largos. Salíamos muy temprano de casa, comenzábamos en Maripérez y para cuando el sol calentaba muy duro ya habíamos hecho una buena parte del camino. Varias veces llegamos hasta Los Venados tras varias horas de marcha, y en la más larga que recuerdo

incluso llegamos a la cima del Naiguatá, la montaña más alta de la cordillera. Cuando el día está claro se domina desde allí el Mar Caribe de un lado y todo el valle de Caracas del otro. Es como si algún gigante antiguo hubiera colocado esas montañas ahí para proteger a Caracas. Los últimos años también he subido sola, o con algunos amigos, pero no es lo mismo; sigo echando mucho de menos a mi padre y siento su ausencia en los lugares que él amaba más que en otros sitios. Al principio las caminatas eran cortas y yo era pequeña; seguramente mi padre no diría entonces lo mismo, pues tenía que cargarme la mayor parte del recorrido. Llegábamos a la estación Ávila del teleférico y después de descansar un rato caminábamos hasta Galipán, o alguien nos acercaba en su camioneta cuando nos veía caminando. Para mí era una fiesta llegar y ver todas esas flores de todos los colores que mi padre siempre compraba algún ramito para mi madre. Sentarnos en una terraza a comer unas fresas con nata o tomarnos un chocolate caliente los días que hacía frío. Mientras mi padre conversaba con la gente yo jugaba con algún niño del pueblo o correteaba queriendo atrapar entre mis manos la niebla que casi siempre nos acompañaba. Luego regresábamos al teleférico y cuando bajábamos en él me gustaba colocarme en la ventana y a medida que descendía me sentía muy orgullosa al ver las cuestas tan empinadas que habíamos subido. Yo veía a mi padre sonriente y pensaba que aquel hombre estaría ahí siempre para protegerme, incluso del tigre que decían andaba todavía en la montaña buscando niños traviesos que se perdían de sus padres para comerlos. Siempre que subíamos nos hablaban de la historia de Pacheco, el señor que anunciaba el invierno, pero no lo pude ver nunca, aunque en cada campesino que encontrábamos yo imaginaba que podía ser el que cada año anuncia el invierno, bajando a Caracas a vender sus flores en los mercados de La Candelaria. Mi padre también me enseñó a distinguir a los animales; a

veces pudimos ver algunos libres, y me di cuenta que estaban mejor en libertad que sus congéneres enjaulados en el zoo del Parque del Este. Una vez vimos un venado hembra que llevaba a su cervatillo, otras eran los monos araguatos que nos chillaban desde lo más alto de los árboles; ardillas había muchas, a cada cual más traviesa y una vez una consiguió robarnos unas nueces que mi madre nos había colocado en la mochila junto a la comida que siempre llevábamos. Mi padre siempre estaba pendiente de que no jugara entre las piedras pues tenía miedo de que una serpiente fuera a picarme, siempre me avisaba que había cascabeles, mapanares y, sobre todo, la más peligrosa, la coral de colores tan bellos como fuerte es su veneno. También me enseñó a distinguir los pájaros, aunque muchos de ellos ya los había visto en la ciudad cuando llegaban a la ventana de mi casa a comer los pedacitos de fruta que mi madre les pone. Sobre todo las ruidosas guacamayas y loros verdes, pero también a los cristofués, el querrequerre, la paraulata y las guacharacas.

Recordar mi niñez, a las personas que amo o la vida que alguna vez tuve es la manera que mi mente ha elegido para olvidar este infierno. No quiere que mi cuerpo esté aquí, donde tanto lo maltratan estos hombres que no se apiadan ni siquiera cuando alguien está al borde de la locura o la muerte. Una mente que intenta convencerme de que no estoy aquí, que solo es un mal sueño, y lucha para que aguante un poco más; en algún momento esto debe tener un final, alguien debe notar mi ausencia y lograr que me devuelvan la vida, la libertad para comenzar de nuevo, intentando olvidar esta pesadilla. Ojalá alguna vez pueda hacerlo. La hoja en blanco me sirvió al menos para despertar mis recuerdos mientras me dejan en paz, en esos momentos que ellos dicen son para que reflexione. Creo que está ahí para que no me sienta tan sola cuando están destrozando mi cuerpo, sentarme frente a ella fue como mirar

el horizonte de un mar embravecido después de la tormenta donde el marinero alcanza a ver tras de sí el sol que quiere romper las nubes y traer la calma. Mientras me maltratan la hoja en blanco desaparece, como si esos hombres tuvieran el poder de estrujarla entre sus manos ensangrentadas y lanzarla a un rincón lejano desde donde no alcanzo a verla. Entonces comienza el precipicio, voy cayendo sin que exista nada donde sujetarme. Todo está oscuro y cada vez que aparece un poquito de luz, su luz amarilla, es peor. Aparecen dos hombres que quieren agarrarme, me golpean con sus manos o con un largo palo. Pero sigo cayendo, la oscuridad lo domina todo de nuevo, a veces caigo por un túnel donde mis manos intentan sujetarse de sus paredes, pero no lo logro, sigo cayendo y llega de nuevo esa luz amarilla y llegan los hombres que alcanzan a sujetarme de los pies. Entonces comienzan a arrancarme la piel y mi carne ensangrentada me duele mucho, grito de dolor, pero también de vergüenza, ya no es posible desnudez más absoluta que cuando ni siquiera tienes piel. La desesperación de saber que grites lo que grites nadie te va a escuchar, y los que sí pueden hacerlo responden a tus gritos con risas y con burlas, con insultos, gozan con tu dolor, no eres nada, no le importas a nadie aquí, tú nunca exististe y en sus manos solo puedes esperar que cuando acaben de arrancarte la piel te lancen de nuevo al túnel, para que sigas cayendo en la oscuridad, para que enciendan su luz de muerte otra vez y vuelvan a agarrarte, para causarte cada vez más sufrimiento.

Cuando llegaron encontraron la hoja en blanco. El oficial dijo que estaba muy desilusionado, que a partir de ese momento yo era la única responsable de lo que sucediera. Su voz era tranquila pero la amenaza era patente. Quiso convencerme de que él había hecho todo lo que estaba en su mano por ayudarme, que la situación le obligaba a ser severo, pues yo no pongo

nada de mi parte. Es como si yo fuera la culpable del maltrato al que ellos me someten, esto es el mundo al revés, un mundo que solo dominan ellos a su antojo, donde ningún derecho ni ley existen, solo su voluntad. Y sobre todo su poder, el poder de acabar con cualquiera.

El loco me hizo levantarme de la silla cuando recibió la orden de su jefe. Sobre la mesa quedaron la hoja en blanco y el lápiz. Me empujó hasta otra habitación donde la luz era amarilla, en el centro vi una especie de silla que recuerda a las que en algunas peluquerías utilizan para lavarle el cabello a las mujeres, con el respaldo inclinado y una especie de cubeta en la cabecera. Vi también que en los respaldos para los brazos colgaban unas fuertes cintas de cuero con sus hebillas. Enseguida entendí que pensaban amarrarme ahí y sentí de nuevo el espanto, intenté resistirme y el hombre me golpeó en el cuello con su mano abierta, seguí resistiéndome y me agarró de los cabellos con tal fuerza que pensé que iba a arrancármelos. Entre los dos consiguieron colocarme en la silla y mientras uno me sujetaba el otro amarraba mis manos con las correas. Estaba en una posición como acostada, con la cabeza que apoyaba en la cubeta y el cuerpo extendido en la silla. Me amarraron también las piernas a la altura de los tobillos con otras correas que yo no había visto. Estaba completamente inmovilizada, con el miedo recorriendo de nuevo todo mi cuerpo.

Otra vez sus preguntas, que cada vez se parecen más a exigencias. ¿Dónde está el dinero que trajiste para la oposición? ¿A quién debes dárselo? ¿Quién te lo entregó en Caracas? ¿Dónde lo tienes escondido y cuándo pensabas entregarlo? Preguntas, preguntas, preguntas... Sigo sin tener respuestas para algo que desconozco, deberían darse cuenta de que después de tanto sufrimiento ya las hubiera respondido si hubiera podido; cual-

quier cosa para acabar con esto. Pero sigo sin hacerles comprender que esas respuestas no están en mi mano, no soy esa mujer heroica que soporto sus torturas por defender una causa, mi única causa ahora es la simple supervivencia. Pero no quieren entenderlo, como si mi voz no llegara a sus oídos, como si fuera un leve rumor que el viento se lo lleva y no lo escucharan. Vuelvo a contar mi historia, una mujer que llega de vacaciones a la tierra que fue la de sus padres y abuelos, una mujer que quiere conocer sus raíces, que se pasea sin mayor pretensión que la de recorrer con sus pasos los mismos caminos que hicieron antes sus familiares, para sentir lo que ellos sintieron cuando aún podían hacerlo. Mis razones no existen, solo las de ellos.

Comencé a sentir los golpes en las plantas de los pies. Al alzar la cabeza vi que uno me estaba golpeando con una porra corta como de piel. Al principio dolían, pero enseguida sentí que el calor me quemaba cada vez con mayor fuerza, era un dolor insoportable. Quería apartarlos, pero las correas estaban amarradas muy fuertes; empecé a gritar y el que me golpeaba se reía, a cada grito me respondía con sus burlas, con sus risas, con un nuevo insulto. El oficial solo miraba; cuando empecé a llorar y las lágrimas corrían por mis mejillas los golpes fueron más rápidos, insistentes, quise desmayarme para poder escaparme en mi propia inconsciencia, pero no pude conseguirlo. En un momento el oficial le ordenó parar, regresaron las mismas preguntas que van a perseguirme el resto de mi vida para que nunca más pueda descansar, esas preguntas que temo me lleven a la locura. Intenté de nuevo decirles que yo no sabía nada de lo que buscaban, que se apiadaran y me dejaran. Pero todo es en balde con esta gente, ellos quieren lo suyo y no hay razón que valga. Volvieron los golpes, no sé si mis pies serán ya capaces nunca más de sujetarme. Pasó mucho tiempo hasta

que se cansaron. Ya no era capaz de contestar a nada, solo de llorar mientras sentía el frío de la humedad de mis lágrimas que corrían por la cara, por el cuello y estaban empapando la bata. Al menos ahora no me desnudaron, aunque creo que ya nunca más podré quitarme esta vergüenza que me acompañará siempre.

Se fueron y me dejaron ahí amarrada. Ya mis pies no existían, ni siquiera sentía el dolor de las quemaduras de los golpes, estaban como dormidos, insensibles. Hoja en blanco, devuélveme la inconsciencia, permíteme evadir por unos minutos todo el sufrimiento, deja que mi mente se sienta en otro lugar, que vuele lejos. ¿Dónde te arrojaron, dónde quedaste arrugada por sus manos asesinas?

No tardaron en regresar. Traían la manguera con la que me habían bañado y una pequeña toalla. El oficial colocó una correa alrededor de mi cuello para impedir que lo moviera, lo girara o levantara la cabeza. Estaba completamente inmovilizada, amarrada a la silla por cuatro lados, las piernas, cada brazo, y ahora también el cuello. Abrieron el paso del agua de la manguera y el oficial mojó en el chorro la toalla. De repente la colocó sobre mi rostro y sentí la primera sensación de asfixia. Intentaba que el aire pasara a través del tejido abriendo todo lo que podía la boca, filtrándolo entre el tejido mojado. Entonces el otro policía enchufó el fuerte chorro de agua de la manguera y en enseguida entró por mi boca que esperaba aire para seguir respirando. Pero solo había agua, y a cada intento de respirar se introducía por mi boca, por mis narices, hasta que sentí que incluso mis pulmones se habían inundado. El agua nos da vida, también nos la quita, y cuando sentimos que nos ahogamos nuestro cuerpo dispara todas sus energías para alcanzar algo donde asirnos y luchar para regresar a la superficie, al aire.

Pero no podía siquiera moverme por las ataduras, como si alguien tirara de mi cuerpo para arrastrarme al fondo de un río. La cabeza me daba vueltas, parecía que mis tímpanos iban a estallar en cualquier momento, los oídos aún escuchaban el sonido del agua a presión chocando contra mi cara, pero ese sonido era cada vez más distante, como si se fuera apagando. Recuperé el aire de golpe; el oficial había retirado la toalla de mi cabeza. Escupí mucha agua, tanta que la que salía regresaba sobre mi cara e intentaba regresar a mi boca debido a la postura en la que me tenían. Fueron unos pocos segundos que me dejaron respirar de nuevo; enseguida sentí otra vez la toalla cubriéndome la cara, otra vez el chorro de agua que llenaba mis pulmones. A cada sesión lo mismo, cuando ya el sonido en mis oídos se alejaba, cuando no tenía ni una pizca de aire, cuando mis tímpanos estallaban, retiraban la toalla y me dejaban vaciar los pulmones y llenarlos con un poquito de aire nuevo. No sé cuántas veces lo hicieron, fueron muchas, al final sentí que ya no quería sobrevivir a aquello y me abandoné, ya no luchaba por el aire y sentí que todo mi cuerpo se relajaba, las piernas, los brazos y el cuello dejaron de hacerle resistencia a las correas. Creo que fue lo que les asustó, o quizá que se dieron por vencidos, aunque estoy convencida de que no les importaba que yo muriera allí mismo, en ese momento. Quizá estaban imaginando otro tormento aún peor, más duro, quién sabe qué puede pasar por esas mentes monstruosas. Entonces no me hicieron más preguntas, como si se hubieran dado cuenta de que yo no tengo las respuestas. Desataron las correas y me obligaron a ponerme en pie. El oficial le dijo al otro algo que no comprendí porque el zumbido en mis oídos aún estaba ahí y me trajeron a rastras hasta esta celda donde me han encerrado de nuevo, en esta oscuridad, sobre el frío suelo, con mi cuerpo sobre todas las inmundicias que han dejado otros detenidos, otros torturados, en otro tiempo.

XIV

1961.

La Caracas del desarrollo sigue creciendo, muchas veces desordenadamente por la inmigración del interior del país que busca en la capital ser parte de la bonanza que la exportación petrolera produce. Las barriadas pobres alrededor de la ciudad aparecen de la noche a la mañana y cubren los cerros del Ávila en completo desorden. Las autoridades no son capaces, ni parece interesarles demasiado que ese cinturón de miseria, donde escasean los servicios, los sistemas de transporte o los planes urbanísticos, cubran zonas que hasta entonces habían sido consideradas ecológicas, o que, incluso, pongan en riesgo el sistema de manantiales que llegan desde la sierra y alimentan a la capital.

Los gobiernos del Pacto de Punto Fijo tienen otras prioridades que miran a las clases pudientes y a la naciente clase media como su soporte social principal. Al fin y al cabo, los pobres no votan en las elecciones amañadas donde se van turnando AD y Copei en un reparto de la gestión del poder que va a durar demasiado tiempo. Los pobres no votan porque muchas veces ni siquiera tienen una identidad reconocida por el Estado y que se lo permita, y cuando la logran, sus votos desaparecen en la dinámica del "acta mata voto", esa práctica donde los votos de la oposición de izquierdas se les cuentan a los dos partidos del gobierno que ganan siempre en elecciones amañadas a su antojo.

Pero para los pudientes y la clase media el poder sí hace esfuerzos para que la sociedad venezolana se semeje a otras más pudientes en cualquier parte del mundo. Sus planes de desa-

rrollo no son muy diferentes a los de la dictadura de Pérez Jiménez. En abril de 1956 se había inaugurado el teleférico del Ávila mediante el cual se accedía a las cumbres de la sierra que domina Caracas y la protege del Mar Caribe. Desde la estación Mari Pérez se accedía ya entonces a un sistema sostenido sobre seis torres de 35 metros de altura y que llegaba hasta la estación Ávila, desde donde caminando se llegaba al Hotel Humbolt, otro producto pretencioso destinado a turistas pudientes desde donde se domina el Mar Caribe, por un lado, y la capital venezolana, por el otro.

El primer sistema, aún hoy día en funcionamiento, contaba con 10 cabinas, de las que ocho eran públicas y una presidencial de color dorado, estampada con el escudo nacional, y la última destinada a ambulancia, pintada de blanco con una cruz verde. Para la construcción del sistema del teleférico, el gobierno compró todas las fincas y propiedades que se habían instalado en las faldas de la montaña. Desde el Camino de los Españoles hasta la quebrada de Caurimare en la salida del Valle hacia el este de la ciudad. La mayor preocupación de las autoridades a la hora de construir el teleférico fue asegurar para Caracas las aguas de los riachuelos que nacen en la vertiente sur del Ávila. A los pobladores de Galipán y Hoyo de la Cumbre se les permitió permanecer en sus terrenos porque estaban situados en la vertiente norte, y, aunque sus actividades agrícolas se servían de los caudales de los ríos que descienden hasta el Mar Caribe, se pensó que no consideraban un peligro para Caracas.

El desarrollo petrolero venezolano acarreó una época de modernización y de crecimiento de Caracas sin precedentes. Los diferentes gobiernos vieron entonces a la cordillera del Ávila como el lugar natural de esparcimiento para la población de la urbe, algo que era complementario con las playas del litoral central, tan cercanas a Caracas y tan concurridas cada fin de

semana. También con el sistema del teleférico se intentaba hacer más rápido el transporte a ellas, evitando las vías terrestres.

En un segundo tramo, que se iniciaba en la estación Ávila, el sistema del teleférico llevaba a sus usuarios a Galipán, en dirección a Macuto, una localidad ya de la costa. La localidad de Galipán es un pequeño asentamiento situado en la ladera norte de la cordillera y famoso por el cultivo de flores, sus mercados de frutas y verduras, y los restaurantes que se han instalado con el tiempo y que atraen a numerosos turistas llegados principalmente desde Caracas. En sus mercados se pueden obtener o admirar todas las variedades de flores que se cultivan en los alrededores, degustar los melocotones o fresas con crema, el chocolate caliente, tan beneficioso en un ambiente mucho más fresco que el de la capital venezolana, o comer en cualquiera de sus numerosos restaurantes que ofrecen platos de lo más variado de la cocina internacional, incluida por supuesto la cocina vasca, pues son muchos los cocineros vascos que han instalado ahí sus negocios prácticamente desde la llegada de la inmigración vasca de 1939.

En Galipán también se puede escuchar la historia de Pacheco, un floricultor de esta localidad que vivía en una ladera del Ávila. Cuentan que en diciembre Pacheco llegaba a la plaza Bolívar de Caracas huyendo del frío que hacía ya en la montaña. Bajaba por el Camino de los Españoles y entraba en la capital por La Pastora donde vendía sus flores en la plaza frente a la iglesia. De esta manera, los caraqueños comenzaron a asociar la llegada de Pacheco con la llegada de la estación fría, de noviembre a enero, pero también con la pronta llegada de la Navidad. Ahora, cada vez que el frío asoma, los caraqueños dicen que ya llegó Pacheco.

En enero de 1961, el presidente Betancourt inauguró el Parque del Este, un espacio natural de 82 hectáreas donde se puede admirar la majestuosidad de la rica flora nacional venezolana. Su éxito no tuvo precedentes en obras de su tipo. Diseñado para recibir 6.000 personas al día, enseguida la afluencia desbordó todas las previsiones. Porque además de los grandes espacios naturales, el Parque del Este contaba con el Planetario Humbolt, el Terrarium y Serpentarium, un pequeño zoológico representativo de la fauna del país, una laguna artificial donde los paseantes navegaban en barquitos a pedales. Podían visitar la Corveta, una imitación del navío en el que Francisco de Miranda llegó a Venezuela para luchar por su independencia, o recorrer sus caminos a bordo de un trenecito que atravesaba todo el lugar. El Parque del Este se convirtió en el lugar de mayor afluencia de los caraqueños cada domingo en esa época, donde familias completas disfrutaban de esos espacios y donde los niños eran los principales protagonistas.

También los niños eran los que más disfrutaban de Coney Island, un parque de atracciones que en 1961 se situaba en los Palos Grandes, con su entrada por la Avenida Rómulo Gallegos, tras haber estado situado antes en la céntrica Avenida San Martín. Era un lugar de diversión privado, con su taquilla colocada bajo una pérgola blanca, y desde donde se accedía a su interior tras comprar una tira de boletos con los que se podía hacer uso de todos los aparatos de entretenimiento.

Los más conocidos eran el "Loco Ratón", una especie de montaña rusa que subía y bajaba tan rápido que producía temor entre los usuarios y el que sus estómagos se estremecieran, algo que curiosamente lo hacía uno de los más demandados. También la noria, desde donde se podía contemplar una buena parte de la ciudad de Caracas. El Túnel Fantasma, donde un

pequeño tren se introducía lentamente en un espacio oscuro lleno de ruidos, chorros de aire y donde desde cualquier rincón podían aparecer monstruos o esqueletos que te ponían la piel de gallina si te agarraban desprevenido. Manejar los autos de choque en embotellamientos sin fin, o subir los más valientes al Ciclón, solo apto para mayores, y que era una especie de plataforma que giraba muy rápido y la gente de pie quedaba pegada a las paredes exteriores sin poder moverse hasta que el aparato dejaba de girar. A los niños más pequeños les gustaba pasear en unos viejitos ponis que aburridamente giraban alrededor de una plaza concebida a tal efecto, y ello mientras daban cuenta de golosinas como los algodones de azúcar, las manzanas acarameladas, los helados de palito o las palomitas.

En Coney Island también existía un escenario donde se presentaban artistas y espectáculos nacionales e internacionales, y lo hacían siempre con un precio solidario para garantizar la afluencia de público. Allí se presentaron famosos como Beni Moré, junto a la banda Sonora Caracas, o el mexicano Pedro Infante. Pero el animador estrella de Coney Island era sin duda el Abuelo Cantarín, quien estaba acompañado por otros dos personajes: el Diablo y la Diabla, haciendo entre los tres las delicias de todos los asistentes, especialmente de los más chicos.

XV

Sentado en la barra del bar, López Arrimadas apura la copa de brandy. Es ya la tercera que el camarero le ha servido y el hombre detrás de la barra debe de estar extrañado, pues nunca toma más de una. Debe de pensar que el policía tiene problemas, algún desengaño amoroso o, simplemente, que está celebrando a su manera algún éxito en su trabajo. La luz es escasa en el lugar y la música de fondo es suave pero lo suficientemente fuerte para que apague las conversaciones de los clientes que suelen frecuentar el lugar en busca de intimidad y diversión. Al menos así era en sus buenos tiempos, cuando la dueña era una joven bella que incluso cantaba en directo las noches de los fines de semana cuando la audiencia era más concurrida. Pero eso se había acabado hace mucho tiempo; ahora el lugar presentaba un aspecto degradado por el tiempo y la falta de inversión en su mantenimiento lo había afeado bastante. La dueña seguía allí, incluso esa noche también estaba presente, sentada en una mesa del fondo junto a un viejo que parecía hacerle alguna proposición y que recibía de la mujer sonoras risas roncas empapadas en alcohol. Ella había sido una prostituta célebre y hermosa durante mucho tiempo, su local se llenaba entonces para escucharla cantar o para que los hombres adinerados solicitasen sus servicios. El tiempo había acabado con todo ello; ahora la mujer estaba en la edad en la que ella misma escoge con quien se va; no como entonces, cuando debía cumplir los deseos de hombres que compraban su cuerpo por dinero.

El capitán López Arrimadas había descubierto el lugar cuando lo mejor ya había pasado. Fue durante un operativo policial cuando un cliente acuchilló a otro en alguna pelea por una

mujer y desde el primer momento pensó que era un buen sitio para cuando necesitara retirarse a reflexionar. No iba a menudo, pero cuando lo hacía saludaba a la dueña, que estaba agradecida, pues cuando sucedió el incidente el capitán no decidió cerrarle el negocio. También saludaba al camarero, que nunca hacía preguntas ni intentaba entablar conversación alguna, y se sentaba en la barra a tomar una copa de brandy sumergiéndose en sus pensamientos. Al acabarla, pagaba la consumición, se despedía del camarero, decía adiós a la mujer y se iba a su casa buscando acostarse para reponer fuerzas para el día siguiente.

Hoy el camarero se extraña más cuando le pide que le sirva una cuarta copa, incluso rompe su silencio habitual y se atreve a preguntarle al capitán si se encuentra bien, si todo va como quiere en el trabajo. Solo recibe como respuesta un gesto afirmativo y vuelve a su monótona limpieza de vasos esperando que ya llegue la hora de cierre para irse a su casa. López Arrimadas mira la luz de la lámpara a través del oscuro licor de su copa; es verdad que el camarero debe de estar extrañado, hoy está rompiendo la rutina, a esta hora ya debería estar en su casa durmiendo, pero ni siquiera ha cenado nada. A veces el capitán se extraña de sí mismo, de sentir hasta qué punto logra relajarse en este lugar; debe de ser el único sitio donde no se coloca siempre mirando a la puerta desde la que pueda llegar un peligro. Aquí se toma el lujo de darle la espalda, como si aquí tuviera algún tipo de protección que no existe en ningún otro lado para un policía con tantos enemigos, o confiando en que el camarero sea los ojos de su espalda que le avisen. Al salir de la comisaría vino directo a este bar y aquí lleva más de tres horas reflexionando. Hoy no ha sido un día cualquiera, merece la pena alargarlo aún un poco más, poner las cosas en claro por lo que parece estar llegando. Quiere hacer un recuento de todo lo que le ha sucedido en un solo día, un día

complicado, como si todos los acontecimientos se hubieran puesto de acuerdo para llegar al mismo tiempo.

Todo había empezado con la llegada de Rodríguez a primera hora de la mañana a su oficina. Apenas acababa de llegar cuando su subordinado entró sin avisar. Con solo ver su cara ya supo que había problemas; además estaba muy nervioso y no pudo explicarle nada al principio, solo decía que estaban jodidos, que la que venía era gorda. Le ofreció un café que el sargento de guardia acababa de hacer y al final le tuvo que ordenar que se calmara para que le contara qué sucedía, a qué se debía su estado. A medida que Rodríguez le fue contando, él también comenzó a ponerse nervioso, creyendo que los problemas llegan sin avisar, sobre todo los más gordos.

Al ir a las celdas en busca de un detenido para someterlo a interrogatorios, varios inspectores de la BPS habían encontrado a una mujer que nadie les había notificado que se encontrara ahí. Fueron a consultar en el registro de entrada de detenidos y, al no encontrar tampoco nada sobre el ingreso en calidad de detenida de la mujer, les comunicaron el incidente a sus superiores. Esto había sucedido durante la noche. A la mañana siguiente, el inspector jefe de la BPS Melitón Manzanas y su principal subordinado, el también inspector López Arribas, pusieron el grito en el cielo al conocer las novedades. Enseguida sospecharon del capitán López Arrimadas de ser el causante de la irregularidad que suponía que la Policía Armada usurpaba las funciones que tenía encomendadas la BPS, es decir, mantener detenida a una persona y someterla a interrogatorios, cosa que quedaba de manifiesto nada más ver el estado en el que se encontraba la mujer, en un caso que claramente correspondía a la Brigada Político Social. Lo consideraron una afrenta, además de una indisciplina y una burla. Consideraban

a la Policía Armada como un cuerpo a su servicio y no iban a permitir que la situación cambiara por el capricho de un oficial que, estaba claro, tomaba iniciativas propias al margen de la jerarquía que se imponía desde hacía mucho tiempo. Fueron a la oficina del capitán López Arrimadas, pero, al no encontrarlo, hicieron venir a Rodríguez a su presencia, al que convocaron de urgencia en la oficina principal de la BPS.

Rodríguez obedeció enseguida, extrañado al principio por la premura con la que se le convocaba, creyendo que se tratara como otras veces de una petición de apoyo a la Policía Nacional para realizar algún tipo de operación que requiriera de un pie de fuerza importante. Su sorpresa fue, tal como le relató al capitán López Arrimadas, que nada más entrar en la oficina López Arribas lo agarrara del cuello y lo empujara contra la pared mientras le amenazaba con romperle la cara si no decía todo lo que sabía sobre la presencia de la mujer en los calabozos y sobre todos los temas relacionados con ella. Cuando Rodríguez pensó que el inspector ya lo iba a golpear, sin siquiera darle tiempo de explicarse, había intervenido el inspector jefe Manzanas ordenando a su subordinado que lo soltara para que pudiese hablar. Entonces Rodríguez lo había contado todo, al menos todo lo que sabía él. La detención de la mujer en la Parte Vieja de Donostia, que era de nacionalidad venezolana, la decisión del capitán López Arrimadas de mantenerla incomunicada del resto de detenidos en esa redada, lo que le había comentado su capitán de las sospechas de que la detenida estaba en España para traerles dinero a los opositores, del segundo registro en el hotel en el que participó junto a su capitán y al cabo Valencia… Incluso les contó que habían encontrado una sustancia extraña en la habitación donde se había hospedado un sueco, un polvo blanco escondido detrás del lavabo y en una bolsita de papel, pero que no encontraron

nada en la de la muchacha. Había sido suficiente con que los dos inspectores le miraran fijamente mientras relataba para que Rodríguez les contara con todo lujo de detalles todos los interrogatorios a los que habían sometido a la venezolana él y el capitán; incluso que en ningún momento la mujer había confesado nada que pudiera servirles para continuar tirando de un hilo que condujera a más implicados en el asunto. Que podría ser verdad que no supiera nada, como reiteradamente venía diciendo a pesar de todas las torturas a las que la habían sometido, o bien, que quizá, y según Rodríguez esta era la posibilidad en la que el capitán estaba más convencido, que la mujer venezolana fuera alguien entrenado para aguantar fuertes interrogatorios y que, quizá, todavía aún no habían conseguido encontrar su punto débil para que se rindiera y confesara.

Rodríguez también le dijo a su capitán que los dos hombres de la BPS lo habían echado de su oficina cuando acabó el relato de todo lo que sabía, no sin antes recibir de ambos una mirada de desprecio. En cuanto supo que el capitán había llegado a la comisaría, corrió a prevenirlo ante la nueva situación, más cuando supo por otro policía dedicado a mantener la limpieza en los sótanos de la comisaría, que los inspectores de la BPS ya habían trasladado a la mujer venezolana a otras dependencias que manejaban ellos con total exclusividad, y donde ningún otro policía podía entrar bajo ningún pretexto. Antes de salir de la oficina, dejando a su capitán con cara de estar pensando en cómo salir de aquel entuerto, Rodríguez le había asegurado que no tardarían en desfilar por su oficina los responsables de la BPS, aconsejándole que pensara en algo para hacerles frente.

Por supuesto, los dos jefes de la BPS no tardaron en llegar. No le habían dado mucho tiempo al capitán López Arrimadas para intentar montar una versión propia sobre lo sucedido cuando

Manzanas y López Arribas llegaron con actitud amenazante a la oficina del oficial de la Policía Armada. En un principio le acusaron de saltarse la disciplina y la jerarquía de manera grave, quisieron hacerle entender que, en cualquier comisaría española, la Policía Armada estaba siempre a las órdenes de la BPS, y que él no había respetado esa situación, deteniendo, incomunicando e interrogando a una detenida sospechosa de colaborar con los enemigos de España sin antes habérselo comunicado a ellos. Que solo a la BPS correspondía determinar quién y de qué manera debía ser interrogado, que era muy probable que el éxito de una operación importante estuviera en riesgo por haber tomado iniciativas que no le correspondían. Le acusaron de haber hecho un mal trabajo con la venezolana, que habían visto su estado y suponían que ya no tendría fuerzas para ser sometida a un interrogatorio profesional, que la habían desgastado de mala manera. Luego llegaron las amenazas. Le amenazaron con dirigirse ante sus superiores de la BPS para que levantaran queja ante los mandos de la Policía Armada. Que iban a pedir que lo degradaran, que lo enviaran a un destino en cualquier ciudad donde nunca consiguiera hacer méritos para conseguir un ascenso. Incluso lo amenazaron con partirle la cara si volvía a inmiscuirse en sus asuntos, o peor, amenazarlo de buscar una excusa para quitarlo de en medio, recordándole que, en lo que a ellos se refería, tenían todas cartas de la baraja en la mano, y que, por supuesto, sabían usarlas para ser siempre ganadores.

El capitán había escuchado todo en silencio, no intentó encontrar ni siquiera un solo argumento. En un principio había pensado en decirles que pensaba haber encontrado un hilo importante en un caso de gente que obraba en contra del gobierno y que ellos, la BPS, estaban tan ocupados con todos

los detenidos por el intento de descarrilamiento del tren y por la quema de las banderas, que había querido aligerarles el trabajo. En un momento se sintió ofendido y pensó también en hacerles frente, sobre todo cuando comenzaron a amenazarlo. Nadie iba a amenazar así a un capitán de la Policía Armada, menos cuando la pistola estaba en su cinto. Incluso se imaginó desenfundándola y dándoles un tiro en la frente a cada uno de aquellos dos hijos de puta. Pero, aunque ganas no le faltaron, no lo hizo, no dio argumento alguno, ni tampoco les hizo frente. Se limitó a escucharlos y esperar que el sermón fuera lo más corto posible, capear la tempestad, y ya buscaría después alguna manera de vengarse de ellos, aunque fuera en un futuro lejano. El capitán sabía a quién tenía delante. López Arribas no se había atrevido a levantarle la mano, como sí lo había hecho con Rodríguez; tampoco se lo hubiera permitido y en ese caso seguro que las cosas hubieran pasado a mayores. El subordinado de Manzanas se limitó a quedarse tras su jefe, mirándolo amenazadoramente mientras el inspector jefe argumentaba y amenazaba.

Tampoco ofreció resistencia porque sabía quiénes eran aquellos dos personajes. Él era un hombre como tantos otros que se habían alzado con Franco para acabar con el desorden y con el comunismo que suponía la República. Un hombre que había recorrido buena parte de la geografía española matando a enemigos que atentaban contra la religión y contra los valores en los que creía. Pero pensaba que lo había hecho con honor, con el honor de servir al Caudillo y al ejército, su única casa, aunque después lo habían destinado a la Policía Armada. Era su obligación servir a España y había puesto todo su empeño en ello, a veces con mano dura, no lo negaba, pero creía que el objetivo lo ameritaba. En cambio, aquellos dos hombres que

tenía delante y que ahora venían reclamándole y amenazándole, no eran como él. Él no había hecho del servicio a España un trabajo sucio, matando incluso a compañeros para quitarlos de en medio cuando descubrían sus malas artes. Él jamás sería capaz de destruir a nadie como había visto hacerlo a la BPS en Jaca o aquí, en Donostia; era más humano darles un tiro en la cabeza que llevarlos a semejantes sufrimientos. Hombres que habían hecho de la guerra en Europa un negocio. Hombres que se habían entrenado con los sádicos nazis más notables, que habían hecho una fortuna con la caza de judíos o comunistas que huían de la ocupación alemana y que cobraban de los nazis por cada detenido que les entregaban. Gente que ahora acaparaba el paso de contrabando en la frontera de Francia y que servían de testaferros de los grandes nombres que lo manejaban. Gente que impedía que oficiales como él pudieran medrar, dejándoles únicamente las migajas de la prostitución y el contrabando de poca monta que se movía en los antros nocturnos. En cambio, hombres como los dos que tenía enfrente, que lo amenazaban con montarle un falso positivo para inculparlo de algo ilegal y quitárselo de enfrente, eran quienes les organizaban y les daban seguridad a los grandes contrabandistas de la frontera, que movían millones y millones de pesetas o francos franceses mensualmente, recibiendo grandes comisiones por sus servicios. Entonces juró que tarde o temprano, de una u otra manera, se vengaría de aquellos hombres.

Tampoco Rodríguez le dio mucho tiempo al capitán para que meditara en silencio y en soledad la situación que se había creado con la irrupción de la BPS en su oficina, y más que nada sobre buscar la manera de vengarse de aquellos individuos que podían poner patas arriba su carrera, tal y como le habían amenazado directamente. Rodríguez también irrumpió en la oficina sin pedir permiso para entrar, sin tocar antes en

la puerta para avisar su llegada. Venía con urgencia, pues se había recibido en la comisaría una comunicación que les informaba que en uno de los burdeles que ellos frecuentaban había aparecido muerta una de las muchachas que trabajaban allí. No decían nada de cómo se había producido la muerte, pero el que fuera el propio proxeneta y dueño del local el que les avisara significaba que iba a tratarse de un caso difícil. El capitán pensó entonces que era una buena oportunidad para olvidar el asunto de la BPS y de la mujer venezolana y aprestó a Rodríguez a que preparara el coche de servicio y le ordenó también que lo acompañara a realizar las investigaciones pertinentes. Al escuchar las órdenes, Rodríguez se había alegrado, pues también pensaba que seguir con sus rutinas policiales era la mejor manera de dejar atrás y superar los malos momentos que habían vivido últimamente. Ellos a lo suyo y que venga lo siguiente, solía decir Rodríguez cuando aparecían los problemas.

Habían llegado enseguida. En la puerta de atrás del burdel, por donde entraba la mercancía de contrabando que se vendía, o por donde entraban y salían los clientes que preferían guardar su anonimato, estaba esperándoles un tipo fornido al que ya conocían de visitas anteriores y que hacía al mismo tiempo el papel de cuidador para que ningún cliente borracho montara la bronca, como para mantener el orden entre las muchachas que ejercían la prostitución en el local. Al verlos llegar uniformados, el gigante no había puesto buena cara; se veía de lejos que sus relaciones con la policía no eran las mejores, y menos cuando su jefe le había dicho que debían de intentar manejar aquel asunto con mucha discreción. Sin dirigirles siquiera un saludo, el hombre les había abierto la puerta y los había introducido al interior del local sin ningún tipo de protocolo.

El interior del local estaba sombrío; al principio los dos policías debieron agudizar la vista para no chocar con las mesitas y las

sillas que ocupaban el salón. En las más cercanas a la barra del bar estaban sentadas varias de las muchachas que trabajaban allí, una mujer vieja que cuidaba de ellas, y el jefe, el proxeneta que regentaba el lugar, visitado muy a menudo por Rodríguez y el capitán. El proxeneta era un confidente seguro en temas de delincuencia común y un buen pagador de las cuotas mensuales que ellos cobraban por mantener abierto al público el burdel, a pesar de las muchas irregularidades y delitos que se cometían allí a menudo. Nada más verlos llegar, el proxeneta les invitó a sentarse junto a él, y ordenó a una de las muchachas que les sirviera a los policías lo que desearan, aunque estos rechazaron la invitación de manera tajante argumentando que estaban de servicio. Sin más, el proxeneta les había relatado su versión de lo sucedido mientras les invitaba a seguirlo a una de las habitaciones de arriba, donde las prostitutas vivían y recibían a sus clientes.

Una de las muchachas, natural de Huelva, de 27 años, y que llevaba trabajando en el local un año y medio, había aparecido a la mañana muerta en su cama. Todo el lugar estaba inundado de sangre, sobre todo la cama donde se encontraba el cuerpo, aunque también se había escurrido por las sábanas y había un gran charco en el suelo. La cara de la muchacha tenía una expresión tranquila, como si no hubiera padecido sufrimiento alguno, el capitán lanzó una mirada a la mesilla cercana al lecho y descubrió que había varios envases de medicamentos, que a simple vista parecían tranquilizantes, con lo que imaginó que había estado sedada o drogada. La primera impresión que habían tenido los policías era que había sido acuchillada, quizás por algún cliente, por otra muchacha o por el mismo proxeneta. Pero al levantar la manta y la sábana que cubrían el cuerpo, se dieron cuenta de que aquella muerte era consecuencia de un desangramiento causado por un mal

aborto, pues era evidente que la sangre había salido por su entrepierna. Además, no era la primera vez que se enfrentaban a algo semejante, muy particularmente entre prostitutas. La prohibición de métodos anticonceptivos y de poder abortar legalmente en España, llevaba a aquellas mujeres a recurrir al servicio de abortistas clandestinas en situaciones de nula seguridad higiénica y mediante métodos llamados naturales que nunca garantizaban el éxito, además de poner en riesgo las vidas de las que se sometían a ellos. Cada año eran muchos los casos que se presentaban. El capitán enseguida pensó que aquello era obra de la vieja que cuidaba a las muchachas, pues eran normalmente las encargadas de realizar los abortos cuando se quedaban embarazadas y no querían llevarlos a término, porque en cuanto resultaban embarazadas los proxenetas las despedían dejándolas en la calle.

El capitán ordenó a todo el mundo que los había seguido que abandonaran el lugar, pero también le ordenó al proxeneta que se quedara allí. Cuando todos habían salido, quedando en el cuarto únicamente él, Rodríguez y el proxeneta, le había dicho que estaba metido en un gran lío, que aquello no se iba a poder esconder, y que seguramente iba a ir preso junto a la vieja que creía había sido la causante de semejante desastre. Le dijo también que ese mismo día iba a cerrar el local, que tenía que avisar al forense y al juez para que levantaran sus informes y procedieran al levantamiento del cadáver. El proxeneta estaba abatido, comenzó a rogarle al capitán que no hiciera eso, que no quería ir preso, pues temía que algunos rivales que estaban en la cárcel lo iban a matar nada más llegar, que no podían quedarse en la calle todas las muchachas si cerraba el local. Él le había dicho que no podía hacer nada, que con un cadáver de por medio estaba obligado a dar parte al juez. Entonces el proxeneta le había rogado de nuevo, que encon-

traran una solución, aunque sólo fuera por los servicios que había realizado para la policía. Servicios que le habían costado la enemistad de otros proxenetas y delincuentes que ahora estaban presos y en cuanto entrara en la cárcel se podía dar por muerto. El capitán se dio cuenta que aquel hombre estaba desesperado y que podía sacar algún beneficio de aquella desgracia. Fue entonces cuando le preguntó qué podría dar a cambio para intentar arreglar el problema de otra manera, qué podía aportar para que hablase con el forense y con el juez e hicieran pasar aquella muerte como muerte natural. Que debía de aportar algo para que todo el mundo saliera contento. Durante un momento, el proxeneta había quedado pensativo, hasta que le dijo al capitán que quizá tuviera una propuesta para que llegaran a un acuerdo, pero que solo se la haría a él, personalmente, y lo invitó a tomar una copa en su oficina del fondo del local para que hablaran tranquilos. Entonces le ordenó a Rodríguez que fuera a indagar entre las muchachas a ver qué sabían y que lo esperara allí.

El proxeneta conocía con todo lujo de detalles la llegada en tres días de un camión con productos de contrabando que iba a entrar en Gipuzkoa por la frontera de Behobia procedente del puerto francés de Burdeos. Sabía que la mercancía iba a llegar en varios camiones, pero sólo conocía la fecha de uno de los envíos porque un cuñado suyo iba a ser el conductor de ese camión. También sabía que el convoy contaba con toda la seguridad necesaria y que nadie les iba a molestar a la llegada a la frontera, pues al parecer, tanto los camiones como la mercancía pertenecían a algún poderoso que luego la distribuía por toda la península. El envío contaba además con la protección de los de siempre, los que le hacían los servicios de seguridad a los grandes contrabandistas, y que no eran otros que los jefes de la BPS en Gipuzkoa. El proxeneta le había rogado al

capitán que actuara como él mejor creyera, pero que al chofer no lo detuvieran ni lo maltrataran porque era su cuñado, que le daba aquella información con toda la buena voluntad del mundo para que encontraran juntos una solución al asunto de la muchacha muerta en el local. También le dijo que hiciera lo que hiciera, lo pensara bien, pues meterse con los asuntos de los de la BPS no era cualquier cosa, que él también arriesgaba en aquel asunto y que pasara lo que pasara él nunca había hablado del tema.

Lo primero que había pensado el capitán era que había encontrado una mina de oro. Pensó que era una coincidencia del destino que la muerte de una prostituta en un mal aborto le iba a abrir la posibilidad de vengarse de los matones de la BPS, pero no hizo ningún gesto que delatara sus pensamientos mientras escuchaba la información de boca del proxeneta. Tampoco pensaba decirle nada de momento a Rodríguez, debía gestionar su venganza con paciencia e inteligencia y prefería que por ahora nadie más supiera del asunto. Pero también era consciente de que tenía poco tiempo para organizar algo con fundamento; la Policía Armada no tenía competencias en los pasos de frontera y no veía la manera de montar un operativo para detener el camión cargado de contrabando. Pensó que quizá la detención no debiera darse en la frontera, sino después, cuando el camión se acercara a algún punto urbano, donde él sí podía hacer valer las competencias de la Policía Armada. Eran demasiadas cosas sueltas que había que organizar, lo veía difícil, pero era la oportunidad de su venganza. No le diría nada a nadie, así se lo exigió al proxeneta, amenazándolo con severas consecuencias si no respetaba el acuerdo, y cuando tuviera un plan listo movilizaría a sus hombres sin decirles dónde y qué iban a hacer hasta el último minuto. Después llamó al médico forense que conocía desde que llegó a Donostia,

un falangista que con tal de ayudar a la policía en su trabajo contra aquellos malditos vascos era capaz de cualquier irregularidad, y le pidió que se acercara al prostíbulo para certificar la defunción de una mujer por causas naturales en una habitación donde vivía alquilada, por lo que no sería necesaria la intervención del juez para el levantamiento del cadáver y se podía darle sepelio sin mayor dilación.

Cuando salieron del prostíbulo rumbo a la comisaría, le dijo a Rodríguez que lo dejara en la cafetería de la esquina, ordenándole que entregara el vehículo oficial enseguida y que lo esperara resolviendo las novedades que existieran. Se tomó el café con tranquilidad, reflexionando cada paso a dar en el asunto del camión de los contrabandistas. ¿Cómo hacer para que no se supiera que había recibido la información de un proxeneta? ¿En qué punto de la carretera debería colocar el operativo para que los de la BPS no sospecharan que había habido una delación y creyeran que se debía a una intervención fortuita de la policía? ¿Cómo lograr que el chofer huyera sin ser detenido tal y como se lo había prometido al proxeneta? ¿Cuántos policías llevaría consigo para la operación? Eran muchas cuestiones que debían resolverse ya, y el tiempo con el que contaba era corto.

Al llegar a la comisaría alguien lo estaba esperando; no era un cualquiera, pues todos los policías parecían tensos e incluso le habían ofrecido esperarlo sentado en su oficina al tiempo que le habían ofrecido un café para que la espera se le hiciera menos penosa. Se trataba de un miembro de la Guardia Civil, de un oficial de alto rango que había llegado escoltado por dos agentes que ahora lo esperaban sentados en un banco en el pasillo que llevaba a su oficina. Al verlo llegar se levantaron de repente para cuadrarse y ofrecerle un saludo marcial como no había visto desde sus tiempos en la infantería.

El oficial se presentó como el comandante Morales, comandante de la Guardia Civil en el cuartel de Irún, que venía por una cuestión relacionada con un tema que podía afectar al gobierno de España con un gobierno extranjero por la desaparición de una ciudadana de ese país en Donostia. Desde un principio fue claro; si la detenida estaba en esas dependencias policiales él debía saberlo, pues tenía un compromiso personal y profesional con el cónsul de ese país en España y él era un hombre que cumplía sus compromisos siempre. La mujer desaparecida era María Mercedes Antxeta, ciudadana venezolana, y según todos los indicios, se encontraba o había permanecido en esa comisaría en las últimas fechas. Si había alguna acusación contra esa persona, él debía ser puesto al corriente para manejar la situación con las autoridades diplomáticas venezolanas. En el caso de no existir acusación alguna, exigía fuera puesta en libertad a la mayor brevedad posible. El comandante Morales también le había puesto sobre aviso al capitán López Arrimadas que, si hiciera falta, estaba dispuesto a acudir a instancias superiores en Madrid, porque, si no lo sabían en aquella comisaría, toda detención de un extranjero debía ser comunicada desde el primer momento a sus superiores en la capital, y era obvio que en ese caso no se habían cumplido las ordenanzas. Morales le agradeció el que la Policía Armada hubiera servido de apoyo a la Guardia Civil en algunas ocasiones en los que su apoyo fue decisivo para acabar con algunas bandas de delincuentes que actuaban en la frontera y habían convertido a Donostia en su refugio. En ese tiempo, la Policía Armada había servido como apoyo a la Guardia Civil para lograr la detención de varias personas. También le pidió que en nombre de esa colaboración que tendría que proseguir en el futuro, le ayudara en el tema de la venezolana detenida, que pusiera lo mejor de su parte para esclarecer la desaparición de la mujer.

López Arrimadas escuchó en silencio las palabras del comandante. Se veía que era un hombre que no se andaba con rodeos y había sido lo suficientemente claro como para entender que debía ser tenido en cuenta, que no servía de nada irle con mentiras o medias verdades. Al principio reconoció que la mujer venezolana se encontraba en la comisaría, al menos hasta esta mañana que pasó a disposición de la BPS, quien la había trasladado a otro lugar de las dependencias policiales donde ellos trabajan en exclusividad, quedando completamente fuera de su control. Sobre las acusaciones que pesaban sobre ella, o, mejor dicho, le aclaró, las sospechas que existían iban encaminadas a que esa mujer vino desde Venezuela con dinero que debía entregar a ciertos opositores que desgraciadamente aún no habían sido identificados, debido sobre todo a la falta de colaboración de la detenida. Ante un evidente gesto de desagrado del guardia civil, López Arrimadas había intentado llevar la conversación en el sentido de que a la detenida se le habían respetado sus derechos durante los interrogatorios, más por el hecho de ser mujer. Pero también le dijo que a partir de ese momento ya no era responsable de lo que pudiera sucederle pues, como era sabido en todas las policías de España, el trato que la BPS da a sus detenidos no suele ser muy agradable. Simplemente, intentaba desprenderse de toda responsabilidad. Si a la detenida le sucedía algo desagradable, siempre podría decir que fue a consecuencia de su detención por la BPS, y que las marcas que pudiese tener la mujer habían sido realizadas durante su permanencia en manos de ese cuerpo policial y no durante el tiempo que estuvo bajo la custodia de la Policía Armada.

Había visto también que a medida que daba sus explicaciones, el comandante Morales se había sentido más contrariado. Todo el mundo sabía de los maltratos de la BPS, pero también

de lo difícil que era recuperar a detenidos mientras estuviesen en su poder. Era un organismo policial demasiado poderoso, con demasiadas conexiones con los poderes del Estado, que gozaba de tanta impunidad en sus actos, que era muy difícil que se le pudiera presionar para que liberaran a alguien a quien consideraban enemigo de España. Entonces, el comandante Morales había cambiado de estrategia. Le pidió a López Arrimadas que le ayudara para conseguir que la detenida fuera puesta en libertad, después ya se encargaría él de que fuera inmediatamente expulsada de España. Le sugirió que, como capitán con mando sobre un importante grupo de hombres en aquella comisaría, seguramente podría encontrar un momento de despiste de los miembros de la BPS para conseguir sacarla y entregársela a él. El resto quedaría a su cuenta, incluso le prometió que si las cosas se torcían en algún momento podría contar con su colaboración y ayuda. El comandante Morales le había confesado que, para él, este asunto se trataba de una cuestión personal a la que daba mucha importancia, y por eso le solicitaba su colaboración, algo que sabría agradecer siempre.

Durante toda la conversación, el capitán López Arrimadas había estado pensando en el camión de contrabando que pensaba utilizar para vengarse de la BPS. Era normal que pensara en ello, pues tenía delante suyo ni más ni menos que al responsable del decomiso de la mayor parte del contrabando que cruzaba la frontera. Sabía que también la Guardia Civil estaba limitada por la realidad que tenían, el que la mayor parte del contrabando se organizaba desde altas instancias del Estado y que la BPS era su perro guardián en todo momento. Pero también sabía que, a pesar de todo, los guardias civiles hacían su trabajo como mejor podían, que aún manejaban un código de honor que cada vez se estaba perdiendo más y más entre los

policías del país, y que, pese a todo, lograban grandes aprensiones de mercancías que entraban en España de manera ilegal. En un principio no solo había pensado utilizar el asunto para vengarse de la BPS, sino también para su beneficio personal. Un camión de contrabando detenido en la oscuridad de una carretera bien podía perder una parte de su carga sin que nadie la reclamara o echara de menos, y podría ser la ocasión de sacarles un buen fruto a su cargo y a su posición. Pero ahora, mientras hablaba con el comandante, cada vez iba desistiendo más de esa idea. No le sacaría un provecho personal al decomiso, pero de una vez por todas iba a joderles bien la vida a sus enemigos en aquella comisaría. Además, el que fuera la Guardia Civil quien realizara el operativo le sustraía a él y a la Policía Armada de toda responsabilidad en caso de que algo saliera mal, y también porque nadie iba a tener ningún indicio que lo inculpara si desde las altas instancias llegaba algún tipo de reclamo. También recordaba la promesa hecha al proxeneta informante, que el conductor no sería detenido y que se trataba de su cuñado, pero pensó que quién le iba a reclamar nada si era la Guardia Civil quien hiciera el trabajo. Así podría contar en el futuro con el trabajo que el proxeneta hacía como confidente entre los medios de las mafias de la noche donostiarra.

Había decidido, pues contarle todo lo que sabía al comandante Morales, quien se extrañó de lo detallado de la información que estaba recibiendo. Por supuesto, nada le había contado de dónde había recibido la información, ni menos aún el objetivo real que no era sino vengarse y atacar a la BPS, pero sí le pidió, en cambio, que, dada su importancia, fuera discreto y que no saliera de su círculo de mayor confianza para que en un momento dado no se frustrara la operación. Sin embargo, de ninguna manera le advirtió que seguramente el camión llevaría

algún tipo de protección de miembros de la BPS, fuera al pasar la frontera o, incluso, ya dentro del territorio español. Sabía que podía producirse algún tipo de enfrentamiento entre los BPS y los guardias civiles, pero no le importó, incluso fantaseó que así sucedía y que las policías secretas se llevaban la peor parte de un supuesto tiroteo entre policías y uniformados de verde. El comandante se lo había agradecido, y también le aseguró que contaba con su discreción absoluta. Le dijo además que aquella era una buena señal de colaboración entre los dos cuerpos policiales que debería profundizarse en el futuro. Antes de dejar su oficina, le volvió a rogar que le ayudara en el caso de la mujer venezolana, agradeciéndole que lo mantuviera al corriente de cualquier novedad que pudiera producirse, y se habían despedido con un saludo marcial.

Con la cuarta copa de brandy vacía, pensando en pedirle al camarero que le sirva una quinta, López Arrimadas reflexiona sobre lo complicada que a veces se ve la vida. Y también que a veces todas las complicaciones se solucionan de repente, arrastradas por una cadena de acontecimientos que nadie, ni siquiera un policía, entrevé que puedan llegar de un momento a otro, cuando menos se les espera. Al pedir su quinta copa, siente la cara de extrañeza del camarero que le sirve, pero no se atreve a hacer ningún comentario. La monótona música sigue sonando y mientras el camarero llena su copa, López Arrimadas ve que ya no queda casi nadie en el local; muchos se fueron sin que él se diera cuenta. En un rincón, ve a dos viejos gitanos, los conoce a ambos por ser los jefes de sus respectivos clanes. Le extraña que estén ahí reunidos esta noche, pues sabe que son rivales en muchos de los negocios que manejan sus familias. Los gitanos también lo miran, aunque con más disimulo, saben que es policía y quizá se estén maldiciendo de haber acudido esa noche a una cita con su rival en ese lugar.

Ya es muy tarde, incluso la dueña del local llegó hace un rato a despedirse de él y del camarero, subió lentamente las escaleras que separan el bar de su habitación en el segundo piso, acompañada del viejo que ya llevaba un buen rato cortejándola. Ya nadie pagará por usar su cuerpo, pero tampoco habrá nadie que suba a su cama si ella no quiere que lo haga.

XVI

La hoja en blanco sigue queriendo regresarme a casa, sigue hurgando en mi niñez para que me sumerja en ella y resista esta situación. Ya no sé dónde quedó, seguramente olvidada en algún rincón donde esos hombres la lanzaron, rechazándola porque no servía a sus intereses. La hoja en blanco nada les decía de lo que quieren saber y yo tanto ignoro. Pero siguen sin entenderlo, siguen creyendo que yo sé algo que ansían saber, y de lo que no tengo la menor idea, porque no entiendo sus preguntas. Ahora que tanto la necesito tampoco se ha olvidado de mí, me ha arrastrado a esa niñez tan lejana que a veces pienso que nunca sucedió, a una tarde en el patio de la casa de mis padrinos en Aragua, sentada bajo el araguaney florecido. Una tarde calurosa de abril donde el araguaney nos brinda su lluvia de flores amarillas mientras nuestros mayores hacen la siesta y nos permite a los niños ser dueños de nuestras travesuras, escondidos en la espesura de sus flores amarillas que brillan como el sol. En Venezuela somos como el araguaney, primero florecemos antes de echar hojas, primero sonreímos antes de afrontar la vida, primero nos alegramos de estar vivos para luego comenzar a recorrer los caminos que nos esperan. Por eso el araguaney es nuestro árbol nacional, nos representa tal y como somos. Por eso lo aprendemos desde que somos muy pequeños, por eso le cantamos desde la niñez. Cómo recuerdo nuestros coros en la escuela, todos los niños con su batita y la maestra poniendo orden en la fila. Nos enseñaron muchas canciones, pero ahora recuerdo sobre todo la del araguaney, será que la hoja en blanco me pide que sea como él, que espere con paciencia la primavera para volver a florecer, para cantarle cada 29 de mayo. ¿Podré alguna vez sentarme otra vez a la sombra de sus flores, recoger las que caen para hacerme un febril collar, o tumbarme en un suelo tapizado de amarillo?

En el patio, en el patio de mi casa
Tengo yo, tengo yo un araguaney
Que en todas las primaveras se engalana como un rey,
Que en todas las primaveras se engalana como un rey.

Es el árbol, es el árbol más hermoso
De mi tierra, de mi tierra tan querida,
Bajo sus sombras quisiera
Pasar todita mi vida.

Es el símbolo, es el símbolo más puro
De nuestra, de nuestra patria inmortal
Que viva el araguaney,
Viva el árbol nacional
Que viva el araguaney
Viva el árbol nacional.

Tiene hoy, tiene hoy su copa de Oro
Radiante, radiante como la Aurora
Por eso la gente dice
Que él es el Rey de nuestra Flora.

El araguaney representa nuestra primavera de oro por el color de sus flores y lo podemos encontrar en cualquier zona del país. Los indios Caribe lo conocían como aravanei, y durante todo el año se muestra de color verde, discreto, haciéndose casi invisible entre los otros árboles de las sabanas y las selvas. Pero entre abril y mayo se cubre de vistosas flores amarillas brillantes que lo distinguen del resto. En primavera, cuando íbamos a Aragua a casa de mis padrinos, me gustaba ir mirando por el vidrio de atrás del coche y descubrirlos en el bosque, los iba contando y deseaba que el que está en el patio ya estuviera florecido para sentarme bajo su sombra de oro. También

el turpial y la orquídea son símbolos nacionales de Venezuela. La orquídea por su belleza, con sus formas y sus colores tan hermosos. El turpial quizá porque las plumas de su pecho se parecen tanto a las flores del araguaney, su color nos recuerda el resto del año que ha de llegar la primavera para que florezca y lo celebre con su canto.

Hoy el día llegó con una esperanza, pero era otra vez falsa. Llegaron dos hombres que hasta entonces no había visto, eran diferentes, no vestían uniformes. Me obligaron a levantarme del inmundo suelo frío y me arrastraron en silencio por un pasillo durante unos minutos. Pensé que mi suplicio se estaba acabando, creí que al fin alguien se había dado cuenta de su error y que me sacarían de esta pesadilla. Incluso lo pensé cuando me obligaron a ducharme. Ellos se quedaron allí observándome, pero ya mi desnudez ha dejado de avergonzarme, creo que incluso he perdido el respeto por mí misma. El agua estaba helada, recorría mi cuerpo estremeciéndolo, pero también el dolor que sentía me iba permitiendo recuperar la sensación de que aún me pertenece, como despertando del letargo de cada miembro. Luego me dieron una bata limpia y me ordenaron que me vistiera. Todavía sentí esperanza cuando me llevaron a una oficina y me ofrecieron café, estaba frío, muy fuerte, sin azúcar, pero es lo único que he tomado en muchos días y comenzó a regresarme la conciencia. Me extrañé de que me trajeran tanto y que me obligaran a tomarlo rápidamente, cuando por fin conseguía acabar la taza enseguida la llenaban y ya empezaba a sentir asco, pero no podía rechazarlo, era una obligación que lo tomara. En poco tiempo me sentí eufórica, las manos empezaron a temblarme, la sensación en mi cerebro era acelerada, no podía cerrar los párpados y pensé que me iba a dar una taquicardia. Intentaba hablar con los dos hombres, pero no respondían nada, les dije que llamaran a la embajada de Venezuela, que allí les dirían que era una simple turista,

que los otros hombres me habían maltratado mucho por algo que yo no conozco. Pero no parecían escucharme; su mirada seguía siendo de desprecio, se parecía demasiado a la de los otros hombres y comencé otra vez a tener miedo, ahogando la esperanza que había sentido cuando me sacaron de la celda.

Me obligaron a tomar café hasta que llegaron otros dos hombres. Los recién llegados les ordenaron a los otros que se fueran. Son dos hombres maduros, también vestidos de civil. El que parece el jefe es casi completamente calvo, algo regordete y su mirada infunde temor y autoridad, es por eso que supuse que era el responsable. El otro es algo más joven, también más alto y fuerte, tiene mucho cabello negro y un bigote, pero su mirada también infunde miedo, parece que es el hombre de confianza del calvo por cómo responde a sus órdenes. Cuando intenté hablar el jefe me ordenó callarme, con una voz tan cruel que me limité a obedecer por miedo. Me hicieron ponerme de pie y el del bigote me retorció los brazos hacia atrás y colocó unas esposas en las muñecas. Me colocaron junto a la pared y comenzaron a golpearme, primero con sus puños, ambos a la vez; luego con unas porras cortas envueltas en piel. Me golpeaban en las nalgas, en la espalda, en el pecho, en los brazos, incluso en el sexo. No eran golpes muy fuertes, pero eran golpes continuos y me ardía todo el cuerpo, pensé que iba a perder el equilibrio. Cuando mis pies flaqueaban el del bigote me sujetaba y me obligaba a mantener el equilibrio. La sesión de golpes duró mucho tiempo, lo hicieron en completo silencio, lo único que se oía eran mis gritos de dolor y de súplica para que ya no siguieran golpeándome. Luego empecé a llorar y los hombres se detuvieron. Comenzaron a insultarme, con las mismas palabras soeces que ya antes lo habían hecho los otros. Maldita extranjera comunista, maldita puta que viene a jodernos desde tan lejos, maldita enemiga de España, maldita mujer que ahora va a saber lo que es enfrentarse a la policía española...

Me amenazaron con fusilarme, y pensé que lo iban a cumplir cuando me arrastraron hasta un patio que estaba cerca de esa oficina. Era un patio pequeño y al salir pude ver que el sol aún existía; mis ojos me dolieron mucho cuando la luz intensa los golpeó después de tantos días. Al caminar me lastimaban las plantas de los pies, el suelo de aquel patio estaba lleno de piedritas afiladas, iba dando tropiezos en cada paso. Colocaron mi espalda contra una pared, me obligaron a quedarme ahí y a bajar la mirada, decían que si los miraba me iban a arrancar los ojos. Bajé la cabeza y fijé la mirada en mis pies mientras lloraba. Pensé que el fusilamiento era en serio cuando llegaron los otros dos hombres que me habían sacado de la celda. Traían un fusil en la mano cada uno, a las órdenes del calvo los cargaron con un sonido metálico que recorrió todo mi cuerpo. No creo que ya nunca más pueda olvidarlo, que cada vez que lo recuerde me hará estremecerme de miedo. Entonces ya no me importó lo que hicieran, pensé que si tenía que morir que fuera con dignidad. Levanté la mirada para ver sus caras de asesinos; los dos recién llegados me apuntaban con sus armas y seguían la voz de mando del calvo que observaba junto al del bigote. Cuando dijo disparen, los maldije en silencio; es curioso sentir que la muerte está cerca y que al mismo tiempo ya le perdiste el miedo. Sonaron dos sonidos metálicos más suaves que los anteriores, metal chocando contra metal, pero no sucedió nada. Las armas estaban descargadas; yo sentí mis orines recorrerme las piernas mientras escuchaba las burlas y las risas de los cuatro hombres.

Cuando acabaron de reír, los hombres con fusiles se fueron de nuevo, y mientras se iban aún se escuchaban sus burlas. Estaba claro que no era la primera vez que lo hacían con algún detenido; para el preso era encontrarse en el umbral de la muerte, para ellos era un juego que les gustaba, que disfrutaban con su puesta en escena macabra. Yo ya no bajaba la mirada, los

miraba fijamente. Entonces llegó el calvo, ahora sabía que lo llamaban comisario Manzanas. Le miré directo a los ojos, sin decir nada. Él también me miró con su mirada de muerte, su boca hizo un gesto de asco, sacó una pistola de su cintura. La colocó en mi cabeza durante un instante, luego me golpeó con ella en la frente. Fue cuando perdí el conocimiento, sentí que el mundo daba vueltas y que caía por un barranco en medio de una oscuridad como nunca hubiera imaginado.

Al volver en mí me encontré amarrada a una silla que estaba soldada al piso. Era una silla metálica que se clavaba en la espalda y en cuyos brazos había unas cadenas con las que me habían atado los brazos. Mis piernas estaban libres, pero colgaban en el aire y ya casi no las sentía. No supe cuánto tiempo llevaba en esa posición, pero debía ser mucho, pues las piernas estaban como dormidas. Sentí dolor en la frente y a mis labios les llegó el sabor de la sangre ya seca que había recorrido mi cara por el golpe de la pistola. Era un cuarto iluminado por una fuerte luz amarilla, pequeño y sin ninguna ventilación. Olía a cerrado, como si el aire nunca se renovara, pero también hacía un frío intenso y la humedad había atacado la pintura de las paredes. Me imaginé que estaba en algún lugar de los sótanos de la comisaría, un lugar que no existía para nadie allá afuera, donde estos hombres pueden hacer lo que quieran con cualquiera. Un lugar donde el tiempo no corre si los torturadores así lo deciden, que deciden alargarlo eternamente hasta conseguir lo que desean. Yo ya estaba convencida de que lo que deseaban era simplemente dar salida a sus instintos, los instintos que ni siquiera las fieras tienen. Destruir con el mayor sufrimiento a quien ellos deciden y tiene la mala suerte de caer en sus manos, disfrazar su condición de bestias con la supuesta dedicación y defensa de un orden, que no puede ser bueno si debe apoyarse en ellos.

Aquel cuarto se llenó enseguida de gritos y de lamentos, también de las voces que me atormentaban. Estaba sola, pero podría haber pensado que lo que sucedía en otro lugar se estaba desarrollando junto a mí. Eran gritos de dolor como los que yo había lanzado antes y que atravesaban las paredes donde me encontraba para clavarse en mi cabeza y atormentarme. A veces era un hombre que gritaba, les decía que ya no sabía nada más, que ya lo había contado todo, que no conocía a tal o cual persona. No le creían y se oían las voces que lo interrogaban, también los golpes que le daban y que eran respondidos enseguida por más gritos de dolor. Luego también se escucharon los gritos de una mujer, con la misma desesperación, el mismo dolor, los mismos gritos de sus torturadores, los mismos golpes, las mismas amenazas. Pensé que los estaban interrogando al mismo tiempo, para que el uno sintiera el dolor del otro y se doblegara. La mujer lloraba mientras golpeaban e interrogaban al hombre. El hombre lloraba mientras interrogaban y golpeaban a la mujer. Supe que era una pareja cuando les amenazaron con ir a detener a su hija y con violarla. La mujer les rogaba que no lo hicieran, el hombre pedía que lo llevaran a la cárcel, pero que dejaran en paz a su familia. Familia. ¿Tendrán familia estos hombres? ¿Servirán sus manos para acariciar a una esposa, a una hija cuando lleguen a sus casas después del trabajo? ¿Habrán tenido una madre que los quiso cuando eran niños? Y si la tuvieron, ¿no ven acaso en cada mujer una madre que daría su vida por sus hijos? ¿Cómo pueden torturar de esta manera a alguien? Los gritos y el ruido de los golpes se hicieron eternos; quería pensar en otra cosa. Pedirle a la hoja blanca que me ayudara con un recuerdo, pero esta vez no vino, quizá pensó que era mejor que me diese cuenta de con qué debía enfrentarme, que me diese cuenta de toda la fuerza que iba a necesitar para salir de allí con vida. Por eso no vino esta vez, para no distraerme con sus recuerdos, para que me preparara para lo que estaba por llegar.

Los gritos que atravesaban las paredes se habían silenciado poco antes de que vinieran. El calvo y el del bigote llegaron sudando, ellos era los que habían maltratado a la pareja. Los dueños del horror, la impotencia y el miedo, las máquinas de destrozar personas. Venían contentos, al parecer habían conseguido doblegar a sus víctimas. ¿Quiénes eran, de qué les acusaban, sobrevivieron? Jamás lo sabría, pero seguramente mi destino no sería muy diferente. Los dioses del miedo y del dolor estaban de regreso, era mi turno ahora. No tardaron mucho en manifestarse, pero ahora estaba dispuesta a hacerles frente, me había jurado a mí misma que ya nunca más iba a rogar por mi vida. ¿Para qué intentar convencer a alguien que no quiere oírte, para qué humillarte ante alguien que no posee ni siquiera la humanidad de apiadarse de su víctima? Podrían hacer conmigo lo que quisieran, podrían destrozarme y lanzar mis restos a un río, podrían amenazarme e insultarme, pero yo estaba dispuesta a soportar todos sus tormentos sin bajar los ojos, decirles con la mirada lo poca gente que eran, despojos de un sistema que es capaz de matar, torturar o atormentar para seguir alimentando la máquina en la que se habían convertido.

El de los bigotes se sentó en mis piernas, su peso era insoportable y me aplastaba contra la silla. Intenté liberar mis manos para encontrar su cara, arañarla y arrancársela con mis uñas. Pero solo conseguí que las cadenas se clavaran aún más en mi carne. Entonces el calvo me colocó por primera vez la bolsa en la cabeza, era una bolsa de lona muy cerrada que no permitía el paso del aire. Sentí el ahogo enseguida, me debatí todo lo que pude, pero el peso del hombre sobre mis piernas y las cadenas no me lo permitían. Recordé por una fracción de segundo que ya había sufrido esa tortura, cuando los uniformados me tenía amarrada en la silla de peluquería. Otra vez la misma sensación, otra vez el aire que se agota en mis pulmones, que se calienta hasta quemarlos. Quise respirar a través de la tela a medida que se pegaba a mi rostro, pero era

en vano. Entonces recordé que los uniformados terminaron con esa tortura cuando ya estaba a punto de ahogarme; quise acelerar ese momento, me daba igual si moría, al menos sería cuanto antes. Me dejé llevar y relajé mi cuerpo, pensaron que ya estaba al borde de la muerte y el calvo abrió la bolsa. Pude respirar unos segundos, tosía, el pecho quería reventarse. Otra vez la colocó en mi cabeza, la cerró de tal manera alrededor de mi cuello que la sensación de asfixia llegó antes. Volví a relajarme y volvieron a retirar la bolsa, volvieron a colocarla en unos segundos, siempre con el mismo resultado; mis pulmones me ardían y ya no tenían siquiera la fuerza de provocar la tos. Faltaba poco para que se acabara todo, pero los hombres se mostraron contrariados y se fueron, dejándome allí amarrada intentando llenar de nuevo mis pulmones de aire.

Cuando de nuevo regresaron, el calvo me golpeó la cara con su mano abierta. Me preguntaba dónde había aprendido a resistir la bolsa, quién me había entrenado. Yo no respondí, acaso podía decirle que lo había aprendido en esa comisaría, que es mejor morir enseguida que permitir que gente como ellos decidan cuándo será el final. Me liberaron y me lanzaron al piso boca abajo. El de bigotes colocó de nuevo las esposas en mis muñecas, luego se sentó sobre mis brazos amarrados. Su peso me clavaba las esposas en los riñones y el dolor era cada vez más fuerte. El calvo me agarró de los tobillos y comenzó a arrastrarme por el suelo del cuarto con el otro encima mío. Se reían, se burlaban diciendo que aquello seguro que nadie me lo había enseñado, que era de producción propia, le llamaban "el barquito". No me interrogaban, creo que deseaban que yo les suplicara que lo hicieran, para que les contara por voluntad propia lo que supuestamente sabía. Me arrastraron durante mucho tiempo y las esposas ya se estaban clavando en los huesos de mi columna. Cuando el calvo se cansó, se turnaron. El calvo Manzanas se dejó caer con todo su cuerpo sobre mis brazos esposados y el de los bigotes tomó su puesto arrastrán-

dome agarrándome de los tobillos. Ya la asfixia me agobiaba, no era capaz de respirar con el peso del hombre sobre mí. En un momento vieron que mi cara estaba cambiando de color y pararon, soltaron las esposas y me obligaron a sentarme en la silla donde antes estuve encadenada. No tuve mucho tiempo para recuperar las fuerzas; enseguida el de los bigotes me obligó a levantarme y me arrastró hasta la celda donde me habían encerrado al principio del día. Antes de cerrar la puerta y marcharse, me dijo que hoy no había habido interrogatorio, que al día siguiente empezarían con las cosas serías, que hoy solo había sido un calentamiento. Que reflexionara y les contara todo o me iba a arrepentir para siempre.

Al menos esta soledad es mía, mientras no vengan a buscarme tendré la oportunidad de buscarte allá donde te hayan arrojado. Devuélveme el araguaney, hoja blanca, devuélveme lo que una vez fuera mío. Recuerdos de cuando sus flores servían para adornar el cabello de la princesa que fui, aunque ahora solo quede un despojo en el hocico de las bestias. Devuélveme la ternura del primer beso en su sombra, el beso de una adolescente rodeada de flores amarillas en el paraíso que pensaba sería el mundo, devuélveme aquellos días en los que aún creía que una sonrisa era capaz de hacer olvidar cualquier pesar, que una caricia era suficiente para viajar a las nubes. Devuélveme mi araguaney, hoja blanca, devuélveme mi araguaney antes de que sea demasiado tarde.

XVII

1961. Donostia.

Lo más concurrido de público en el final del verano donostiarra eran sin duda las Euskal Jaiak, organizadas por primera vez en 1896 por la Diputación Foral de Gipuzkoa como "Fiestas Euskaras", ofreciendo a los asistentes concursos agrícolas, certámenes literarios, bailes y deportes autóctonos donde se exaltaba la cultura vasca.

El origen de estas jornadas festivas viene de 1893, cuando Antoine D'Abbadie, creador de las "Fiestas Euskaras" de Sara, Donibane Lohizune y Urruña, se decidió a organizar una fiesta vasca en Azpeitia. Esta iniciativa animó a la Diputación Foral de Gipuzkoa a copiar el modelo y las organizó en un primer momento en Arrasate, trasladándoles en años posteriores a diversas localidades del herrialde.

En Donostia, las primeras que se llamaron Euskal Jaiak se celebraron entre el 8 y el 18 de septiembre de 1927 por la iniciativa del alcalde José Antonio Begiristain, quien contó con el apoyo de la Diputación, y un año después se les unió también en la organización el Centro de Atracción y Turismo de la ciudad.

Entre 1936 y 1939 no se pudieron celebrar, a causa de la guerra, pero a partir de 1940 se reanudaron bajo la férrea censura del régimen franquista, y en 1961 recuperaron su nombre original, Euskal Jaiak. La situación política existente en la dictadura de Franco, que veía en todo lo relacionado con la cultura vasca y el euskara una manifestación de separatismo y de amenaza para la unidad de España, obligó a los organizadores a sortear numerosos impedimentos, censuras, presiones y amenazas en esos años, pero de una u otra manera pudieron celebrarse.

El programa de actos se iniciaba el viernes por la mañana con el Sagardo Eguna, que tenía lugar en la Plaza de la Constitución. Allí los diferentes productores guipuzcoanos ofrecían una degustación de sus productos y ofrecían un brindis de honor para los sidreros veteranos, que era amenizado por la presentación de bertsolaris. Al mismo tiempo, se instalaban en el Paseo Francia puestos de artesanía vasca.

El sábado, festividad de la Virgen del Coro, había comparsas de Gigantes y Cabezudos en la Plaza Zuloaga, y actuación de corales en la Plaza de la Constitución. Esta jornada se cerraba al atardecer con el Zezensuzko de la Plaza Zuloaga, pero antes se celebraba el Gaztelu Eguna, organizado por la Cofradía Vasca de Gastronomía. Ahí se recordaba el resurgir de Donostia tras el incendio de 1813 con un desfile de uniformados que recorría Alde Zaharra, llegaba al atrio de la iglesia de Santa María, donde se hacía lectura de las Capitulaciones, y el acto concluía con una comida popular en Urgul, y la lectura de las Actas de Zubieta en la Plaza de la Trinidad.

El domingo tenía lugar la primera jornada de las regatas de la Concha, con una sardinada popular en la Plaza de San Juan amenizada por parte de txistularis y txarangas que recorrían Alde Zaharra. En la noche, un concurso de baile llenaba de público la Plaza de la Constitución, donde participaban parejas llegadas de todo Gipuzkoa. Ya en 1961 se mostraba como una ciudad abierta a las influencias que llegaban del exterior, muy a pesar de la censura y las presiones y prohibiciones del franquismo y de la iglesia católica. Ejemplo de ello es que en ese año en el concurso de baile se llegó a interpretar un nuevo ritmo que llegaba de los EEUU, el twist, que Chubby Checker había popularizado entre los jóvenes un año antes en ese país. En cambio, el twist no llegará al resto del Estado español hasta un año después, pero para 1961 los donostiarras ya lo habían

adoptado, demostrando la apertura cultural de esta ciudad en esas fechas.

Esa importancia de Donostia como ciudad cultural se demostraba también con el festival Internacional de Cine, que se desarrollaba desde 1953, considerándose en su género el más importante de los que se celebraban en el Estado español. La inauguración, la sede del jurado y muchas de sus presentaciones se celebraban en el teatro Victoria Eugenia. En 1961 la película ganadora fue "One-Eyed Jacks", titulada en español como "El rostro impenetrable", dirigida y protagonizada por Marlon Brando, junto a Karl Malden y las actrices mexicanas Katy Jurado y Pina Pellicer. Esta película recibió una dura crítica en EEUU, que acusaba a Brando de realizarlo bajo una perspectiva megalómana y por pura vanidad, pero en Donostia tuvo un gran recibimiento tanto del jurado del Festival como por parte del público, y se llevó la Concha de Oro.

El cine recibió también un impulso importante ese año en la capital gipuzkoana con la inauguración el 2 de abril de 1961, Aberri Eguna, del Cine Astoria, en el barrio de Amara. Era la sala de cine que contaba hasta entonces con el mayor aforo de toda la ciudad, 1.524 localidades. El día de su inauguración se presentó la película "Ben-Hur" con un lleno total, y acudieron todas las autoridades franquistas de la ciudad y de la provincia.

Pero aparte de la Donostia de las celebraciones, que para tener lugar debían sortear las prohibiciones del franquismo, o de aquella ciudad de los fastos eventos en el Teatro Victoria Eugenia en salas enmoquetadas y con profusión de focos para las estrellas del cine, existía otra ciudad que intentaba aflorar sus deseos más íntimos y hacer frente a la situación que la dictadura imponía.

La conservación del euskara, la lengua nacional de los vascos, era uno de los deseos más sentidos por la sociedad donostiarra. El franquismo no inició la persecución de la lengua vasca, ya lo habían hecho antes todos los gobiernos del Estado español de una u otra manera. Pero el franquismo quiso llevar esa política hasta sus últimas consecuencias, hasta la desaparición de la lengua misma. Al ataque al euskara en el ámbito de lo público, privándola de la oficialidad que le otorgaba el Estatuto de Autonomía de 1936, y prohibiendo su uso en cualquier ámbito público, se sumó entonces la persecución en el ámbito de lo privado, en un claro intento de evitar su transmisión generacional, con el fin de hacerla desaparecer. Las leyes de la dictadura negaban al euskara una presencia en cualquier tipo de actividad o manifestación pública, como podían ser la prensa, los festejos, la educación, o incluso, su uso en la calle... El euskara se vio obligado a refugiarse en el interior de las familias, en su transmisión oral y generacional de padres a hijos, creándosele una dura situación que casi llega a su extinción.

Algunos miembros de la iglesia, sacerdotes y monjas con mucho arraigo en el país, se van a convertir entonces en una pieza clave en la defensa y el mantenimiento de la lengua, realizando actividades más o menos clandestinas y limitadas a los espacios eclesiásticos. También de parte de ese clero llegaron entonces algunas iniciativas de defensa del euskara ante sus superiores, buscando su posicionamiento para que no fuera perseguido. Un ejemplo de ello es la carta que en 1960 339 sacerdotes de Euskal Herria enviaron a los obispos:

«Si las piedras de un monumento nacional se cuidan por la belleza de su arquitectura y el reflejo que conservan del alma de la época que las labró, el euskara, instrumento necesario para la evangelización y cultura del pueblo vasco, tiene derecho ante la Iglesia y la

civilización, un derecho a la vida y a ser cultivado, cuyo desconocimiento denunciaría en la Iglesia un absurdo y una descarada contradicción, y en la sociedad una política reaccionaria y antihumana hasta el genocidio».

Pese a todo, a partir de 1961, gracias a la llegada de nuevas generaciones de jóvenes vascos que ya no querían seguir cargando el peso de la derrota de sus padres en 1939, se comienza a superar el pesimismo que se había implantado en la sociedad. Esas nuevas generaciones deciden que la recuperación de Euskal Herria debe ir pareja con el desarrollo y la recuperación del euskara como lengua nacional de los vascos. En esos primeros años de la década de los 60 la reorganización social del euskara comienza a tomar cuerpo en el país, para ir ganando espacios poco a poco.

Un hecho importante es la creación, a veces de manera clandestina, y siempre por iniciativa popular y a escondidas del régimen franquista, de las primeras ikastolas, marcando de manera importante la nueva mentalidad que reina en amplios sectores de la sociedad vasca. Pero no es el único hecho, a las ikastolas se irán uniendo otras iniciativas como las radios Populares, que emitiendo parte de su programación en euskara les disputan enseguida la audiencia a las radios en castellano del régimen, o el resurgir de un importante movimiento popular y cultural en torno a la música, la danza, el teatro, la afición a la montaña, etc., que hasta entonces habían estado prácticamente desaparecidos y movilizan cada vez a más jóvenes. Es un tiempo en el que la mentalidad popular comienza a asociar la recuperación del euskara con la recuperación de las libertades que la dictadura negaba, dándole un impulso social desconocido desde hacía mucho tiempo.

XVIII

Desde que llegó a Donostia, el cónsul venezolano Braulio Sifontes había hecho todo lo que estaba en su mano para dar con el paradero de María Mercedes Antxeta, su paisana desaparecida. Había mantenido una comunicación directa con el comandante Morales, quien le relató su visita a la comisaría ubicada en la calle Pio XII, y también la conversación con el oficial al mando de la Policía Armada. El cónsul se había apenado bastante cuando el guardia civil le informó que la muchacha sí había estado en manos de la Policía Armada unos días, pero que luego su caso había pasado a ser competencia de la BPS. El comandante Morales le había asegurado que, pese a todo, él iba a seguir pendiente del asunto, y que ya estaba moviendo algunas influencias para lograr que apareciera y fuera liberada. En previsión de que la liberación de la detenida se tuviese que realizar por canales "extraoficiales", el guardia civil le había pedido que tuviera preparados todos los documentos consulares necesarios para evacuarla de España a la mayor rapidez posible, y también que previera tener disponible el transporte aéreo para hacerlo. En cuanto a las acusaciones que pesaban sobre la venezolana, el comandante Morales no supo o no quiso darle mayor información, con lo que el cónsul imaginó que se trataba de algo que tenía que ver con investigaciones para desmantelar a la oposición al régimen franquista que poco a poco se estaba organizando en todo el Estado, después de muchos años de letargo debido sobre todo a la represión que había sufrido.

Braulio Sifontes le había dicho a Morales que él también tenía previsto acudir ese día a la comisaría exigiendo le dieran algún tipo de información sobre el paradero de la muchacha. Iba a acudir de manera oficial como cónsul de Venezuela, pues así

se lo garantizaban los diferentes convenios internacionales que el Estado español había firmado en la ONU y que tenían que ver con la relación entre estados respecto al intercambio de información de sus naturales. Pero Morales se lo había desaconsejado; le había informado que él ya había hecho todo lo posible para tener de su lado al oficial de la Policía Armada, y que, si la BPS sabía de sus gestiones para encontrar a la desaparecida, seguramente iban a reforzar sus métodos de maltrato para acelerar sus investigaciones antes de que los políticos se colaran en medio del asunto, pues se trataba a todas luces de un asunto político, con la gravedad que ello acarreaba.

El que la mujer estuviera en manos de la BPS le preocupaba mucho al cónsul. Sabía de los métodos brutales de esa policía por las informaciones que se manejaban entre el cuerpo diplomático acreditado en el Estado español. También sabía de primera mano que en este país una cosa es lo que te dicen los funcionarios y otra la propia realidad, y decidió recorrer por su cuenta todos los centros hospitalarios por si la mujer se encontraba en alguno de ellos después de haber sufrido los más que seguros maltratos a manos de la policía, o incluso, en el peor de los casos, que su cadáver hubiera sido recogido allí. En ninguno de los centros hospitalarios públicos y privados que visitó pidiendo información sobre el posible ingreso de una ciudadana venezolana encontró pista alguna, tampoco en otros que dependían de la Cruz Roja o de la iglesia católica. También fue a la morgue. No existía rastro alguno de María Mercedes Antxeta.

Había informado de sus gestiones en Donostia a la Embajada de Venezuela en Madrid, hablando directamente con el embajador tal y como se lo había ordenado su superior, pues no quería que nadie más se inmiscuyera en este asunto. Entre

ambos analizaron la situación, concluyendo que estaban en un punto de suma gravedad por la intervención de la BPS, y el embajador le encomendó que cuidase que no se produjera ningún tipo de fuga de información, y menos hacia la prensa. Si bien era conocido el dominio que el régimen tenía sobre los medios de comunicación, siempre existía la posibilidad de que cayera en manos de algún periodista atrevido o de los que gustaban trabajar temas de nota roja, y cualquier filtración, además de poner en riesgo la seguridad de la mujer venezolana, podría ser una molestia innecesaria en las relaciones entre los dos Estados. Por último, el embajador le había pasado un número de teléfono de Caracas para que se comunicara cuanto antes con la familia de la muchacha y que, en vista de que no existían novedades, al menos intentara calmarla y asegurarles que estaban haciendo su mejor esfuerzo para encontrarla y regresarla a Venezuela.

La conversación con la familia de la muchacha fue, tal y como se lo esperaba, un mal trago. Una madre desconsolada le rogó una y mil veces que hiciera todo lo posible para encontrar a su hija. Entre lágrimas, la mujer le decía que rezaba cada día para que así fuera, pidiéndole un milagro a la Virgen para que la niña apareciera lo más rápido posible. Él le había preguntado si sabía si su hija tenía alguna actividad política en Venezuela o en el Estado español, a lo que le había respondido que no, que era una mujer tranquila sin militancia política alguna, que su hija se dedicaba a la enseñanza en una escuela para niños de Caracas y que no se mezclaba en política. Tanto ella como su difunto marido, y padre de Mercedes, eran exiliados en Venezuela que habían llegado al país con sus padres siendo unos niños tras la guerra, que su difunto marido sí había tenido alguna participación limitada a poner en marcha los centros vascos, pero que

la hija solo era una joven sin mayores inquietudes políticas que las heredadas por su situación de exiliados.

Al cortar la conversación, Braulio Sifontes había pensado que las cosas estaban muy difíciles para Mercedes. Esperaba que su condición de extranjera le sirviera de algo en la más que segura terrible situación por la que estaba pasando. No había nada más por hacer. La única esperanza era que los movimientos del comandante Morales con sus contactos en la comisaría y entre los medios policiales diesen algún fruto para que la venezolana regresara a su país sana y salva.

XIX

Han intentado engañarme, son maestros de la mentira. Trajeron a un hombre a la celda, abrieron la puerta con mucho escándalo y lo introdujeron a empujones. Un hombre joven que quisieron hacer ver por un preso más, pero después vi que es uno de ellos, cuando me trasladaron arriba lo vi hablando tranquilo y sentado en una oficina. Un policía que utilizaron para quebrarme, para inculcarme miedo. Pero ya no es posible que pueda tener más miedo, lo he experimentado todo, ya no pueden lograr que me estremezca, vivo con la piel erizada cada minuto, con cada ruido, con cada voz que escucho busco irme lejos, no estar aquí, en sus manos que gozan con el dolor ajeno.

Se sentó junto a mí y empezó a maldecirlos. Dijo que lo habían golpeado mucho, que querían saber dónde había escondido el dinero de un robo a un banco en un pueblo del interior de Gipuzkoa. Pero su voz se sentía falsa, como si algo en mi interior me previniese de que aquello era una trampa. Quiso convencerme de que les dijera pronto lo que creen que sé, pues de lo contrario me van a hacer sufrir mucho. Como si no lo hubieran hecho hasta ahora. El hombre empezó a relatar lo que me esperaba si no colaboraba, decía que a él ya se lo habían hecho otras veces. Hablaba de un colchón donde los muelles estaban a la vista, de cómo te atan en él después de desnudarte y te mojan con mucha agua. Contaba que luego conectan unos cables a los muelles y que envían descargas de electricidad. El cuerpo se estremece y la electricidad te golpea el cerebro, arrebatándote la voluntad, y que deseas morirte. También habló de las palizas que le dan entre muchos a una persona, que mejor que no llegara a conocer lo que conocen

como la noria. Los golpes te caen al mismo tiempo de todos los lados, no tienes cómo protegerte y cada vez son más fuertes. Que es mejor no caer al suelo, pues cuando eso sucede te golpean con sus pies, cayéndote patadas en todo tu cuerpo. Hasta que pierdes el conocimiento y te echan agua para despertarte y seguir golpeándote. Luego habló de una bañera llena de desperdicios donde te sumergen para robarte el aliento... Habló y habló, cada vez de cosas más terribles y no quise escucharlo, le rogué a la hoja blanca que llegara a ayudarme, y por suerte esta vez sí vino, para sumergirme en mis recuerdos.

Quisiera estar en la cima de un *tepui*, esas mesetas rocosas que dominan la Gran Sabana de Venezuela y que mi vista no alcance a ver hasta dónde llega el horizonte en un día radiante de sol, sin niebla. Quizá sea el Monte Roraima, el más alto y difícil de escalar. O quizá sea el Auyan-Tepui, donde nace el Salto Ángel, la caída de agua más alta del mundo, con sus más de 900 metros en caída libre. Todo allí es viejo como el tiempo, la edad del mundo. Dicen que se formaron en una época cuando América y África aún formaban el mismo subcontinente, la tierra de los indios pemones, que creen que los tepuis son el hogar de los espíritus "Mawari". Quisiera mirarme al espejo del agua que corre en sus ríos y verme convertida en una viejita pemón, en una hija del alma de la yuca, que es su principal alimento y que cultivan desde siempre en esas tierras. Para alimentarse o también para acabar con sus enemigos con el veneno de la yuca amarga. Me sentaría frente al Auyan-Tepui para ver la cortina de agua caer desde el cielo y tejería una hamaca de fibras vegetales. Cuando el sol se metiera, volvería a mi casa redonda con suelo de tierra aprisionada, paredes de bahareque y techo de palma. Volvería a mi waipá, para acostarme en la hamaca tejida. No podré dormir, pues los viejos no duermen mucho y pasaré las noches en vela, recordando

cuando era joven, recordando cuando bailaba el parichara y el tukui, escuchando divertirse a los jóvenes que los bailan afuera mientras suenan la flauta de caña, los pitos, los tambores y la maraca. O podría ser una niña pemón perdida en la selva, que encuentra una Huele de noche y el aroma de sus flores le invita a sentarse bajo sus ramas. No sé regresar al waipá de la familia y debo esperar la madrugada para que alguien me encuentre. Intento concentrar el sueño mientras cada ruido nocturno me obliga a acurrucarme por el miedo. Quisiera que se me aparezca Akawuamarí, el alma de la yuca. Se presentará como una viejita arrugada, amable, cariñosa. Me preguntará mi nombre, Mercedes. Y cuando se lo diga, ella me dirá el suyo, Esewon Nosamo. Entonces encontraré el camino a mi casa. También podría ser el guerrero Auyán, recorriendo y explorando Roraima, buscando un camino que me lleve a la cima del Auyán-Tepui. En mi mano llevaré un cazo con agua mágica que me ha entregado el chamán de mi pueblo para curar mis heridas mientras recorro estas tierras inmensas. Encontraré una gran águila herida por flechas de cazadores. Me pedirá ayuda y la curaré con el agua mágica. Cuando la cure, agradecida, el águila me ofrecerá cumplirme un deseo. No tendré que pensarlo mucho, le pediré que me suba a lo más alto del Auyan-Tepui para ver desde allí toda la grandeza de mi tierra. El águila me tomará suavemente con sus garras, y volaremos hasta la cima. Toda esa belleza me hará quedar maravillada, no existe nada igual en la tierra. Entonces el cazo se resbalará de mis manos y el agua mágica caerá entre las rocas. Así nacerá el salto de agua más alto del mundo, que algunos llamarán después Salto del Ángel, pero que para nosotros los pemones siempre será el Kerepakupai Merú, el salto del cazo mágico.

No fue el águila quien vino a buscarme, sino otra vez los dos hombres que amagaron con fusilarme. No sé cuándo se fue,

pero su amigo mentiroso ya se había ido para entonces; estuve tan concentrada en mis sueños que ni siquiera me di cuenta de su partida. Me obligaron a subir muchas escaleras; cuando el cansancio me vencía me empujaban y me gritaban. Llegamos a una habitación donde había una tabla alzada por una estructura de hierro. Otra vez me hicieron tomar mucho café amargo y me amenazaban si me rehusaba a hacerlo. Enseguida mi cuerpo reaccionó y regresó la taquicardia, era tan fuerte que sentía el corazón palpitándome en las sienes. Mis manos temblaban sin control y, sentada en la tabla, veía mis pies ir de un lado a otro como si no fueran míos. Entonces me arrancaron la ropa, la bata que tenía como único vestido. Me obligaron a tumbarme en la tabla de madera y me amarraron las piernas, los brazos y la frente. Eran unas correas de cuero viejo que me cortaban la carne. No sé cuánto tiempo estuve ahí sola desde que se fueron los dos hombres. Quise regresar a mis sueños, pero el café me lo impedía, me sentía drogada de cafeína y de miedo.

Llegaron Manzanas y el del bigote. Miraron y se burlaron de mi desnudez en esa postura donde nadie eres, solo un objeto con el que pensaban hacer lo que quisieran. Traían dos cables en las manos y me los mostraron de manera amenazadora. Decían que ahora sí les iba a decir lo que querían, que ya se habían acabado las bromas. Intenté moverme, pero las correas me sujetaban, con cada movimiento más se clavaban, pero no dije nada, ni siquiera una súplica, pues ya había comprendido que ellos no entienden, sabía que para ser como ellos había que nacer de manera diferente, que ninguna súplica tendría efecto en sus actos, que venían a quebrarme definitivamente. Parece que Manzanas leyó mis pensamientos, o quizá fui yo que los dije en voz alta sin darme cuenta. Me golpeó con el canto de su mano en la garganta, y sentí que me ahogaba. Las

lágrimas saltaron de mis ojos y se me nubló la vista inundada. Empezaron las preguntas. ¿Dónde está el dinero que recolectaron en Caracas para los separatistas vascos? ¿Quién era el encargado de recolectarlo allí? ¿A quién debía entregárselo en Donostia? ¿Dónde y cuándo debíamos vernos? Siempre las mismas preguntas, preguntas y preguntas para las que no tengo respuestas, preguntas que no tienen sentido, preguntas que ya ni siquiera quiero enfrentar con mi verdad, preguntas que me llevarán a perderme, preguntas que son para ellos su razón de vivir y para mí la razón de mi muerte. Pero no voy a responderles, ahora es hora del silencio, solo una mirada cuando sea capaz de hacerlo, una mirada que les recuerde lo que son cada minuto de sus vidas.

Siguieron preguntándome durante un buen rato, yo no respondía, solo cerrar los ojos y pensar que al abrirlos de nuevo habrían desaparecido. Pero no fue así, los abrí y allí estaban. Habían conectado los cables a un aparato y se habían colocado unos guantes de trabajo. Los cables tenían unas pinzas en sus extremos y las colocaron primero en mis muslos. Manzanas las colocó y le decía al del bigote que no lo regulara muy fuerte, que no debía desmayarme demasiado pronto. Hablaban divertidos, como si mi sufrimiento les produjera placer. Luego volvieron a preguntarme, pero tampoco respondí. Llegó la primera descarga, la sentí recorrer todo el cuerpo, sentí que mi cabello flotaba en el aire y como si alguien me hubiera lanzado con fuerza. Solo fue la primera, luego vinieron muchas más. Entre descarga y descarga volvían a hacer sus preguntas, comenzó a oler a carne quemada y yo sentía que mi cuerpo se había quedado dormido; solo la mente era capaz de sentir el dolor. Fueron cambiando las pinzas de los cables de lugar, de los muslos a los brazos, de los brazos a los pies, de los pies a las orejas, de las orejas a los pechos, de los pechos a la vagina,

cada vez con mayor intensidad, cada vez descargas más largas. El aire se llenó de humo eléctrico y de olor a carne quemada, mis gritos eran contestados por los dos hombres con más preguntas respondidas con una mirada de odio y de impotencia. Parecía que mis gritos les molestaban y me obligaron a abrir la boca, me colocaron una de las pinzas en la lengua, la descarga me recorrió todo el cerebro y perdí el conocimiento.

Al recobrar la conciencia estaba completamente mojada, habían vertido agua sobre mi cuerpo. Las pinzas las habían colocado cada una en uno de mis pechos. Sentí una descarga intensa que me recorrió el cuerpo completo, sentí el olor de mi carne quemada y sentí que se me aflojaban los dientes. Movieron una de las pinzas a mi vagina, Manzanas lo hizo con fuerza, quería que sintiera el pellizco, pero yo casi no sentía nada. Vino otra descarga furiosa, creo que era lo más potente que tenían, pues el del bigote le dijo a Manzanas que si no funcionaba así tendrían que encontrar otro método. Otra descarga que pensé me había quebrado la columna, otra que arrancaba mis manos, otra que hacía que mi cabeza reventara... Ya solo era una masa de carne quemada e inmóvil, solo la electricidad me sacudía, yo no tenía voluntad propia para hacerlo. Perdí el conocimiento de nuevo.

Me despertaron los otros dos hombres, soltaron las cintas de cuero, me obligaron a ponerme en pie y me entregaron la bata e hicieron que la vistiese. Otra vez me obligaron a tomar su café. Luego me sacaron de la habitación y me empujaron por los pasillos. Casi no podía caminar y me dolían las quemaduras del cuerpo cuando rozaban con el tejido de la bata. Los hombres iban relajados, decían que los inspectores estaban comiendo y que luego podrían salir ellos también, que tenían hambre. Yo los escuchaba como algo irreal, era imposible que aquellos hombres hablaran de cosas normales mientras masa-

craban a la gente, que su preocupación fuera qué iban a comer, mientras quemaban la carne de otros, mientras inventaban una tortura nueva. Uno de ellos se adelantó en el pasillo. Vi que unos metros adelante había una ventana abierta a lo que podría ser la calle, no sabía en qué piso me encontraba. Bajo la ventana había un largo banco de madera; algo me pasó por la cabeza. Uno de los policías se adelantó bastante, el otro se volvió a identificar un ruido de puerta que se escuchó detrás nuestro. Salí corriendo y me subí al banco de madera, intentando alcanzar la ventana para subirme en ella y lanzarme al vacío. Ya la estaba tocando con las manos, mis dedos agarraban su canto cuando una fuerza enorme me sujetó de las piernas, por un segundo pude ver un cielo azul de una tarde de verano. Pero no pude alcanzarlo, ya los dos hombres me estaban sujetando y me lanzaron contra el suelo. Uno colocó su rodilla sobre mi cuello y me estaba ahogado. El otro me sujetaba de las piernas. Comenzaron a golpearme con sus puños en la espalda y en la cabeza, me insultaban tratándome de puta y de sucia. Me levantaron y colocaron las esposas en mis manos con los brazos hacia atrás. Otra vez me empujaron hacia donde yo no quería llegar. Hablaban del susto que les había dado, de que si era capaz de suicidarme era porque yo sabía cosas que no quería contar, que aquel acto no iba a gustar nada a sus jefes y que podía haber arruinado su carrera. Por eso me golpearon varias veces mientras caminaba; ahora ya no me soltaron en ningún momento y tampoco se separaron de mí. Pero estaban equivocados, yo no quería morir, no quería suicidarme. Quería vivir, quería convertirme en cada una de las gotas de agua que caen por el Kerepakupai y se convierten en niebla. Quería convertirme en el águila que llevó a Auyán a la cima del tepui. Quería escapar de ellos y de esta locura.

A Manzanas y a su amigo de bigote no les gustó que yo quisiera convertirme en águila. Primero se enfadaron mucho con los otros dos, los insultaron, los trataron de incompetentes, les amenazaron con medidas disciplinarias, les hicieron salir de la habitación donde me habían llevado de malas maneras. Luego se volvieron contra mí. Manzanas me agarró de los cabellos y casi los arranca cuando intentó levantarme tirando de ellos. Me mantuvo así con los pies en el aire unos segundos que se me hicieron eternos, luego me lanzó con fuerza al suelo y comenzaron a darme patadas en las nalgas y en las piernas. Intenté protegerme con las manos, pero no conseguía moverlas por las esposas que se me clavaban en las muñecas con cada movimiento. Mientras me golpeaban vi la bañera en el fondo de la habitación, supe así lo que tenían planeado hacer conmigo.

Al fin se cansaron de golpearme. Me agarraron entre los dos y me subieron a una tabla de madera que estaba en el suelo en una esquina. Dejaron mis brazos amarrados por las esposas y me ataron los hombros y las piernas con unos cinturones de cuero. Mi cabeza sobrepasaba la tabla y quedaba en el aire, mi cuello apenas podía sujetarla y se iba hacia delante. Levantaron la tabla y me llevaron sobre la bañera, apoyándola en la mitad para que no cayera. Mientras ellos sujetaban la tabla a la altura de mis piernas, quedé con la cabeza sobre la bañera y pude ver y oler lo que contenía. Era el líquido más nauseabundo que jamás hubiera visto, un agua de color verde oscuro que olía a orines, a mierda y a corrompido. Sentí náuseas, tan fuertes que empecé a vomitar y mi vómito cayó dentro de la bañera. Entendí entonces que el olor era el resultado de los que habían vomitado antes que yo, víctimas de aquellos sádicos. El olor me quemaba las narices, sabía lo que era la sensación de asfixia pues ya me la habían provocado varias veces antes. Pero aque-

llo era diferente; sentí un gran miedo a que me introdujeran en esa pestilencia, pensé que esta vez no lo soportaría. Mientras recomenzaron con sus preguntas me mantuvieron ahí; incluso si hubiera podido contestarles mis arcadas no me lo hubieran permitido. El de bigotes se adelantó entonces y me mostró un cascanueces, me amenazó con reventarme todos los dedos de las manos y de los pies si no colaboraba. Yo solo podía vomitar y hacer frente al asco que sentía. Aplastó con la herramienta un dedo de mi mano; grité de dolor y comencé a llorar. Luego fue un dedo del pie, y mis gritos sonaron más fuertes. Siguieron interrogándome, pero yo seguía sin respuestas. De repente me sumergieron en el líquido nauseabundo, sentí que mi boca se llenaba de las inmundicias y el asco fue peor que la asfixia. Cuando me sacaron, intenté agarrar un poco de aire y los vómitos me lo impedían. Volvieron a sumergirme y volví a tragar ese líquido verde y maloliente. Cuando me sacaron por segunda vez, pensé que debía relajarme, controlar el asco, conseguir que la asfixia fuera rápida y que me hiciera perder el conocimiento cuanto antes. Solo así conseguiría que terminaran, o al menos que mi corazón se parara y se acabara el tormento. A la tercera vez que me sumergieron conseguí hacerlo, relajé todos mis músculos y ya no luché por la vida, para que se dieran por vencidos. Me sacaron enseguida, quizá pensaron que me había dado un paro cardiaco. Pero en cuanto se dieron cuenta que sí respiraba me sumergieron de nuevo enseguida, dos, tres veces más. Mi mente era una pequeña luz que a cada zambullida se veía más lejana, una luz de luciérnaga que se aleja volando, una vela agotándose con su mecha humeando. Ya ni siquiera el líquido apestoso me producía náuseas, únicamente deseaba que aquellos monstruos terminaran cuanto antes. Fue cuando vieron que no respiraba que decidieron acabar con el sufrimiento. Entonces me tumbaron en el suelo y sentí unos

golpes en la espalda que me devolvieron a la vida mientras por mi boca salía toda la inmundicia.

Akuwamari, encuéntrame, encuéntrame en esta selva donde estoy perdida. En esta selva llena de fieras salvajes. No permitas que esta niña siga en esta selva de miedo. Ven, te diré mi nombre, para que tú me des el tuyo y me enseñes el camino que me devuelva al waipá de mi familia. Ven y te diré los nombres de todos los que sufrieron aquí antes de mí, ven y te diré los nombres de todos los que lo han de sufrir después. No permitas que esta niña no tenga más recuerdos que los tormentos de esta selva que me está arrancando todo lo que fui. Ven Akuwamari, ven a mí.

XX

La próspera Venezuela de los años 50, la de la dictadura de Pérez Jiménez, la que veía el aumento de los precios petroleros, la inversión de importantes empresas extranjeras y la construcción de grandes infraestructuras, era una economía en pleno auge. Era un mercado cotizado y en alza, e incluso las grandes marcas de la moda internacional posaron sus ojos sobre este país. Fue el caso del francés Cristian Dior, que llegó a hacer un viaje a Venezuela acompañado de sus *top models* para presentar sus productos de alta costura y ver las posibilidades de instalarse.

En su gira de 1954 quedó maravillado con el país caribeño, y ya en septiembre del mismo año se inauguró la Boutique Cristian Dior en la Avenida Francisco de Miranda de Caracas, donde acudía lo más selecto de la burguesía caraqueña que gozaba del favor del régimen de Pérez Jiménez para enriquecerse.

Dicen que Cristian Dior quedó tan maravillado con Venezuela que tituló varios de sus diseños como "Caracas" o "Venezuela", utilizando también a la capital venezolana como plaza donde presentar sus nuevas colecciones. Más aún, el diseñador también se interesó por los materiales venezolanos, como las telas de las diferentes regiones del país, para elaborar sus colecciones.

Después de Dior, otras empresas de alta costura también se instalaron en Venezuela. Es el caso de Yves Saint Laurent, atraídos por la bonanza económica que el boom petrolero proporcionaba, pero sobre todo por el alegre derroche de dinero que había contagiado a la burguesía venezolana que, al mismo

tiempo, mantenía al resto del país en la más absoluta miseria y abandono.

A partir de 1950 Caracas dejó de ser una pequeña capital y adoptó un ritmo de vida festivo, que mezclaba lo bohemio con lo cosmopolita y que se revelaba sobre todo en las noches. Era algo que chocaba por pecaminoso con una historia hasta entonces recatada, pero que aceptaba mirar hacia otro lado en favor de la modernidad que ya se imponía. La vida nocturna y la gastronomía adquirían una gran importancia, definiendo una época, tal y como exigían las clases más pudientes, llenando sus noches de frivolidad, fantasía y alegría. En una constante que se había iniciado en 1936, cundo un oscuro personaje, expresidiario en Cayenne y que utilizó una falsa identidad para establecerse en Caracas, comenzó a popularizar la cocina francesa que hasta entonces había estado reservada a las clases ricas y a los apegados al gobierno, únicos que se podían dar el lujo de viajar al extranjero.

Gilbert Pommier, como se llamaba el francés, comenzó abriendo el restaurante La Suisse en el centro de Caracas. Fue el primero que ofreció cocina francesa para el gran público, y poco a poco fue cambiando el carácter de la noche caraqueña con la apertura de diferentes locales donde se ofrecían bailes, música, y espectáculos internacionales, como Le Canarí, pero donde sobre todo se ofrecía a la burguesía el ambiente de derroche, frivolidad y apariencia que buscaba en esa época.

Salvo las clases adineradas y medias que buscaban parecerse a las primeras, el pueblo venezolano no acudía a los locales que la moda imponía. Al contrario, la fiesta popular más importante seguía siendo el Carnaval, una fiesta que se había iniciado en tiempos de la Colonia, donde la gente se enfrentaba en batallas

de agua, y se realizaban bailes callejeros donde los participantes disfrazados compartían gestos que entonces eran considerados amorales. En el siglo XVII la iglesia intentó arrebatar a la celebración su carácter pagano y lo convirtió con el apoyo del gobierno en una ceremonia religiosa que consistía en celebrar tres días de rezos, rosarios y procesiones.

Pero el pueblo venezolano rápidamente recuperó la tradición y, aunque quedaron fuera los violentos combates con agua de antaño, la alegría de la fiesta empapó de nuevo la celebración que se manifestaba en desfiles y bailes populares en muchos lugares al mismo tiempo en toda la geografía de Venezuela.

Durante la dictadura de Pérez Jiménez, la burguesía también comenzó a celebrar el Carnaval. Pero para diferenciarse del pueblo lo organizaba en clubes y hoteles privados, donde sólo podían acceder los más pudientes, con fiestas amenizadas siempre por grupos musicales internacionales.

Sin embargo, el pueblo venezolano siguió celebrando a su manera el Carnaval, y en sus fiestas los niños disfrazados comienzan a ser los principales protagonistas. En las fiestas populares es tradición elegir a la reina del Carnaval entre las jovencitas más bellas de cada comunidad y los desfiles y fiestas invaden todo el país de punta a punta. Es un tiempo en el que los venezolanos también aprovechan esos días festivos para acudir a las playas del Caribe, donde la fiesta se dispara.

A finales de los años 50 en los desfiles de Carnaval empezaron a aparecer carrozas que representaban diversos elementos de su cultura, y también temas que en su momento estuvieran de actualidad. Por ejemplo, durante el gobierno de Pérez Jiménez, algunas carrozas representaban los grandes edificios que se

estaban construyendo, o también personajes relacionados con la historia del país, como el cacique Guaicaipuro. Estas carrozas desfilaban con gran profusión de cortejo disfrazado por las calles y avenidas de las ciudades y pueblos, donde miles de personas esperaban su paso acompañadas de bandas musicales y bailarines. Al paso de las carrozas, los niños gritaban «¡aquí es!», y enseguida recibían una lluvia de caramelos.

XXI

En la Real Sociedad Hípica de Donostia se celebraba ese día la competición de salto. El hipódromo de Loiola estaba a reventar de gente elegante que gustaba lucir sus mejores galas entre la sociedad chic de la ciudad y los numerosos turistas que aprovechaban el verano donostiarra. Todos los concursantes eran militares, diestros jinetes que pasaban la mayor parte del año entrenando para este tipo de acontecimientos, y Donostia se había convertido en una de las principales citas del año. Además de los familiares de los jinetes, entre el público había muchos civiles, miembros sobre todo de las familias pudientes de la ciudad o de las poblaciones cercanas; otros llegados desde diferentes provincias e, incluso, unos poquitos desde el extranjero. Pero, sobre todo, acudían al acto las autoridades, tanto civiles como militares. Era un momento en el que se reafirmaba y celebraba la nación española, representada por aquellos valientes jinetes que servían a la patria con esmero y daban lo mejor de sí mismos, demostrando el manejo que tenían con sus monturas. Por supuesto, el hipódromo estaba engalanado con centenares de banderas españolas, para que quedara claro en qué país se celebraba el evento. Y también como forma de desagravio ante las provocaciones producidas en las fechas anteriores cuando un grupo de facinerosos se habían atrevido a quemar enseñas nacionales en diferentes puntos de la capital gipuzkoana.

En semejante acto no podían faltar las autoridades, representadas ese día por sus más notables cargos en la provincia. Estaba en primer lugar el obispo Jaime Font Andreu, quien bendijo tanto a caballos como a jinetes y público en general como acto inaugural. Estaba el gobernador civil, el falangista Manuel Valen-

cia Remón. También Vicente Aguero, falangista y dirigente del Movimiento Nacional, que era también presidente de la Diputación de Gipuzkoa. Estaba el alcalde Nicolás Lasarte, único de todos que no pertenecía a la Falange, a quien incluso se le consideraba como cercano al nacionalismo. Pero nadie le hacía vacío alguno, pues todo el mundo sabía que la única ideología del señor Lasarte era el dinero, y que era quien movía todos sus intereses políticos y personales. Si estaba sirviendo al Régimen como Dios mandaba, qué mejor recompensa que se hiciera rico, o que consiguiera ser un empresario de éxito, y propietario de las primeras industrias papeleras de Billabona. Además, todo el mundo se sentía feliz de que participara en los eventos. Al fin y al cabo, muchos de los negocios del señor Lasarte eran altamente beneficiosos para los intereses de las autoridades presentes. Entre las autoridades militares, eran notorias las presencias en el palco de honor del gobernador militar de la provincia, del comandante del cuartel de Loyola, todos sus oficiales superiores y, por supuesto, los responsables de la Guardia Civil y de las diferentes policías como la Brigada Político Social y la Policía Armada.

Mientras unos niños vestidos de trajes típicos alegraban el inicio del acto ejecutando unos bailes vascos, el capitán López Arrimadas se removía en su lugar, incómodo, pues no era mucho de participar en actos públicos. Menos aun cuando todas las autoridades se reunían en un solo punto y él era el encargado de velar por la seguridad de todos. Sabía que cada uno de los participantes, civiles y militares, aportaban a la seguridad del evento con sus propios guardaespaldas, quienes los seguían día y noche fueran donde fueran. Pero sabía que en las aglomeraciones de masas siempre había un riesgo y había dispuesto un operativo que cubría toda la zona, con el despliegue de un buen número de efectivos ubicados tanto en los accesos como

en las zonas adyacentes al hipódromo. No existía un riesgo declarado, pero su obligación era prevenir cualquier incidente, no fuera a suceder que llegara algún enemigo de España y quisiera crear problemas. Además, la seguridad se había reforzado de manera importante desde ya varias ediciones anteriores por la presencia en el acto del Generalísimo Franco. Después dejó de venir pues otros compromisos se lo habían impedido, pero la experiencia del operativo de seguridad organizado entonces aún servía de base confiable.

López Arrimadas también sabía que aparte de los escoltas y los propios militares y policías había en el lugar mucha gente armada, no en balde a esos eventos también acudían lo más selecto de la sociedad mafiosa de la ciudad con su propia seguridad. La mayoría eran gente del hampa que gustaban mezclarse con las autoridades en momentos adecuados, dejarse ver entre los poderosos. Al fin y al cabo, todo el mundo sabía que unos y otros eran socios en multitud de negocios clandestinos de contrabando y puterío. Por supuesto, allí estaban los grandes protectores de todo ello, los miembros de la BPS engalanados en sus trajes caros y con sus lentes de sol oscuros. Juntitos al gobernador civil, su jefe directo, le reían las bromas y seguramente le ponían al corriente de sus asuntos comunes. Allí estaba el inspector jefe, Melitón Manzanas, también su más servil lacayo, el inspector López Arribas, y muchos otros de sus hombres. Todos con su sombra siniestra, dándoselas de policías secretas cuando por su imagen inconfundible todo el mundo en la ciudad sabía quiénes eran mucho antes de que llegaran.

También estaba el comandante Morales, jefe de la Guardia Civil en Irún. Al llegar simplemente se habían saludado de manera cortés, pero en el menor descuido y con mucho disimulo el comandante había llegado a hablar con él. Le había

preguntado si tenía alguna información de última hora sobre el asunto del camión de contrabando. Le confesó que andaba detrás de varios miembros de la Guardia Civil, pues podrían estar involucrados en el paso clandestino de otros camiones los días anteriores, que bien podrían formar un convoy con el que estaba por llegar. Que había visto un movimiento inusual de la BPS en la frontera del puente de Santiago, y que tenía sospechas de que también ese cuerpo policial estaba implicado en el negocio. Pero López Arrimadas no le dio nuevos datos, se limitó a decirle que su informante le había asegurado que todo seguía igual, y que tenía confirmación de la llegada del camión en la fecha prevista. Lo más embarazoso fue cuando Morales le preguntó por el caso de la venezolana detenida, a lo que le contestó que tampoco había novedades, que seguía en manos de la BPS. Era una media mentira, pues sabía que se habían escuchado fuertes gritos de dolor de una mujer en las dependencias de la comisaría que utilizaban en exclusividad los de la BPS, e incluso que corría un rumor de un supuesto intento de suicidio de una extranjera que había intentado lanzarse por una ventana del segundo piso. López Arrimadas se calló esa información por miedo a que el comandante volviera a presionarlo para hacer algún movimiento fuera de lo establecido, pero era consciente de que el asunto se podía poner muy feo en caso de algún desenlace fatal. Por tanto, le aseguró a Morales que en cuanto viera una oportunidad clara intentaría recuperar a la muchacha para entregársela a él tal y como habían acordado. Si luego el guardia civil decidía protegerla o entregársela al cónsul de Venezuela ya no era su problema; la cosa era actuar con discreción, con pasos firmes y seguros. Aquel asunto que en un principio parecía que le iba a traer un beneficio en su carrera se estaba complicando, y había que resolverlo de alguna manera que no le manchara. Y, por supuesto, tenía que vengarse de la BPS.

XXII

Creo que este es el fin, ya no habrá vuelta atrás. El tiempo se ha consumido y se lleva con él todas mis esperanzas. Ya no tengo siquiera las fuerzas para intentar buscar un recuerdo, solo la niebla que ha invadido mi vista, no dejándome siquiera la posibilidad de verme a mí misma. Prefiero no hacerlo, sé que estoy destrozada, hoy no hubo compasión alguna. No entiendo cómo mi mente puede seguir funcionando aún, debe de ser para que me dé cuenta de que ese final se acerca; no podré soportar una sesión de tortura más, es imposible. No puedo siquiera moverme, la sangre que he perdido se llevó consigo mis últimas fuerzas. Sigo en la misma postura que me dejaron cuando me trajeron a esta habitación, tirada en el suelo, respirando con dificultad y empapada de la sangre que se escapa de entre mis piernas, inundada de mis propios orines y el de los que estuvieron aquí antes que yo. Apenas distingo una claridad que se infiltra por un ventanuco que parece haber en esta sala. Es una luz débil, o quizá sean mis ojos que ya tampoco son capaces de recibirla. Al menos no moriré en las sombras, me daría mucha pena morir sin saber que todavía existen los días. Pese a todos los golpes que me dieron por lo menos todavía escucho algo, hace un rato escuché unas voces. Eran como de gente que caminaba, despreocupada e ignorante de lo que sucede al otro lado de estos muros, indiferente a nuestro sufrimiento. También he oído música. Al principio pensé que podía venir de las fiestas que en la calle seguro todavía se celebran; pero no, era una música extraña a este país. Una música española que seguro venía de alguna radio que escuchaba algún policía de la comisaría. O quizá fueran los torturadores los que la habían puesto a todo volumen para que no se escucharan

los gritos de sus víctimas mientras los sometían a sus violencias. Incluso he escuchado silbidos, cada vez más fuertes y tengo miedo, no sea el Silbón que viene a buscarme. Ese Silbón con el que nos aterraban de niños cuando nos contaban su leyenda y luego, antes de dormir, aguzábamos el oído para convencernos de que no estaba cerca, que sus silbidos no se escuchaban lejos.

En los Llanos de Venezuela cuentan que existió un muchacho muy consentido y mimado que no ayudaba en los trabajos de casa. Un día su padre regresó de una partida de caza sin haber atrapado nada y el muchacho se lo reclamó de muy malas maneras. Los dos se enfadaron, se pelearon y llegaron a golpearse. Fue una pelea violenta, en la que cada cual golpeaba con furia al otro. Al final el joven consiguió lanzar al suelo a su padre, agarró un palo que estaba cerca del fuego de la cocina y se lo colocó en el cuello. Apretó con mucha fuerza, impidiéndole respirar, lo mantuvo así hasta que se dio cuenta de que el padre había muerto.

Entonces llegó el abuelo, que era también el padre del padre. Al ver lo que había hecho el muchacho, decidió castigarlo. Lo amarró a un árbol de manera que no podía moverse. Agarró una vara de palo y comenzó a golpearlo en la espalda, cada vez con más fuerza. El joven gritaba, pero el abuelo no se compadecía y lo golpeaba sin parar. Cuando el joven quedó inconsciente, el abuelo le aplicó en las heridas ají picante, y entonces lo liberó. Pero también liberó a un perro hambriento que comenzó a perseguirlo, perdiéndose ambos en la espesura del bosque.

Desde entonces nunca más nadie lo vio con vida. Pasó mucho tiempo hasta que una noche comenzaron las extrañas apari-

ciones de un espectro que vagaba como alma en pena. Los que lo vieron y tuvieron la suerte de escapar cuentan que era enorme, que medía casi tres metros. Que en una mano cargaba una vara de palo y en la espalda un saco, donde dicen que carga los huesos de su padre asesinado. Se les aparece a los que caminan de noche en el bosque, pero sobre todo a los parranderos y a los borrachos. Dicen que los atrapa y les chupa el ombligo para beberse el alcohol que tienen en sus cuerpos.

Antes de que aparezca se escuchan sus silbidos, que engañan al caminante. Cuando se escuchan cerca, quiere decir que el Silbón está lejos, pero cuando se escuchan lejos ya suele ser muy tarde para huir del espectro. También dicen que a veces entra en las casas, y que aterroriza a los que están dentro. Que coloca sobre la mesa su saco y comienza a contar los huesos que lleva dentro. Si no encuentra quién le ayude a contarlos, al amanecer alguien de la familia aparecerá muerto.

Dicen en los Llanos venezolanos que la única manera de parar al Silbón cuando te aparece es enfrentándolo. Plantarse enfrente suyo y decirle que no le tienes miedo. Nunca se debe correr para huir del Silbón, pues con sus largas piernas siempre te atrapa, o te golpea con su larga vara de palo. Pero si lo enfrentas y le haces entender que no le tienes miedo, el Silbón se frustra y se aleja buscando otra víctima que sí le tema.

Al principio sí les tuve miedo, me asustaban con solo verlos, me aterraba lo que pudieran hacer conmigo y el miedo se mezclaba con el dolor. Luego vencí al miedo, solo quedó el dolor. Quería hacerles frente como si fueran el Silbón de mi tierra. Pero ellos no son el Silbón, solo gente desquiciada que disfruta con el dolor ajeno. Solo piezas de una máquina asesina que destruye todo a su paso. Todo lo que odian por ser dife-

rente, por oponerse a sus maneras, a su violencia. Ignoran que en medio de la tortura la gente sigue soñando, así sea solamente para soportar el dolor que producen. No cargan una vara, tampoco un saco lleno de huesos, ni siquiera son capaces de anunciar su llegada con un silbido. Solo son gritos, amenazas, golpes, quemaduras, fuerza contra quien no puede defenderse, engaños, te ahogan exigiéndote que hables y son incapaces de comprender que sus inmundicias nos hacen a nosotros más humanos y a ellos más bestias sedientas de escuchar los gritos de los torturados. Llevan a la persona al límite de sus fuerzas y se sienten dioses que deciden el futuro de cualquiera, pero son solo el engranaje de una máquina que tiene los días contados, que los arrastrará en su caída tarde o temprano. Gente que considera un trabajo destrozar a otros, aquellos a los que sus jefes han decidido que sean un enemigo de la barbarie que defienden. Sin tregua, sin descanso, te acercan a las puertas del infierno, pero cuando éstas se cierran son ellos los que regresan adentro, a su mundo, al que realmente pertenecen. Engendros de una sociedad que solo sabe verse a sí misma destruyendo al otro, al diferente, al que se les enfrenta, al que protesta, al que ama y al que busca otro futuro mejor. Es triste que entenderlo nos cueste la vida.

No quiero ver en qué me han convertido, no quiero darme cuenta del despojo de persona en el que me han convertido. Mi desnudez se mezcla con todas las inmundicias esparcidas en este suelo, el olor ya debe de haberse pegado a mi piel para siempre, no puedo reconocerme, temo que ya no pueda despojarme del asco que siento de mí misma. También temo que nunca podré aliviar el dolor que siento. Me arden las heridas de los cortes, me duele mi intimidad destrozada y por la que ahora se vacía mi sangre; los orines han debido infectar las que-

maduras eléctricas, mi cuerpo se manifiesta en cada uno de los golpes recibidos, en cada una de las humillaciones, en cada uno de los insultos. En cambio, mi mente sigue ahí, recordándome que sigo viva, aunque creo que ya no por mucho tiempo más. Me dice que, aunque el dolor sea insoportable, aún son capaces de hacerme sufrir más. Hoy de nuevo lo intentaron con sus mentiras. Me dijeron que habían detenido a mi hermano cuando llegó desde Venezuela para buscarme, que lo están torturando y que ha confesado que era mi cómplice en el asunto del dinero. Sé que es mentira porque no tengo ningún hermano, sé que es mentira porque ese dinero solo existe en su imaginación retorcida. Pero temo que hayan detenido a alguien que mi familia haya enviado para saber dónde estoy; son muchos días que estoy desaparecida, que no he podido comunicarme con ellos. Quizá esa persona no exista, que todo sea otra de sus mentiras. Pero si fuera verdad es seguro que ahora ya esté deshecha, rota como yo y tirada en el suelo de una celda, revolcándose en sus propios orines y en su propia sangre.

Vinieron a buscarme otra vez los otros dos hombres. Me hicieron subir otra vez esas escaleras interminables, pero yo ya no tengo fuerzas para subir los escalones y debieron cargarme. Me sentaron otra vez en la misma oficina en una silla y me obligaron de nuevo a tomar un litro de su café amargo. Lo hicieron a la fuerza porque mi brazo era incapaz de sujetar el peso de la botella. La acercaban a mi boca y me la vaciaron dentro. Pensé que me ahogaba cuando el líquido entró hacia los pulmones. Enseguida me regresó la taquicardia, ya no era capaz de controlar el temblor en mis manos o en las piernas. Escuchaba los latidos de mi corazón en la cabeza y en el estómago.

Enseguida llegaron Manzanas y el del bigote, y los otros dos se fueron. Parece que les dio asco la suciedad de mi cuerpo y me

arrastraron a la ducha. Otra vez colocaron el chorro fuerte y frío y lo enchufaron contra mi cuerpo. No podía mantenerme en pie y me hice una bolita en la esquina de la ducha. Pensaba que el chorro me estaba arrancando la piel del dolor que sentía; también lo frio del agua me dolía.

Sin permitir que me secara me sacaron de la ducha y de regreso a la habitación me ordenaron que hiciera flexiones. Pero no tengo fuerzas suficientes para sujetar mi peso y en cada intento me caía. Entonces llovían los golpes en la espalda y en los muslos. Me golpeaban con las porras recubiertas de piel, y otra vez me obligaban a hacer flexiones. Caí sin fuerzas y me golpearon de nuevo, en las nalgas, en la espalda, en el cuello, cada vez con mayor fuerza. Me ordenaron que me levantara, pero, aunque lo intenté, todas mis fuerzas ya se habían agotado. Quedé sobre el suelo boca abajo. Luego Manzanas se sentó sobre mi espalda, pensé que mi columna se iba a quebrar, y su peso no me dejaba respirar. Volvió a preguntar por lo de siempre, por el dinero, por su destinatario, por mis cómplices en Donostia, pero yo sigo sin respuestas. El del bigote me agarró los tobillos y comenzó a arrastrarme por la habitación con todo el peso de su jefe sobre mis riñones. El aire no conseguía entrar en mis pulmones, mis dedos intentaban encontrar algo en el piso donde sujetarse, pero no había nada, solo unas resbaladizas cerámicas frías. Manzanas comenzó a golpearme las nalgas desnudas con la porra mientras el otro nos arrastraba. Al principio sentí calor, luego nada, como si esa parte de mi cuerpo ya no existiera.

Cuando el de los bigotes se cansó ya habíamos recorrido a rastras varias veces todo el suelo de la habitación, Manzanas seguía sobre mi espalda golpeándome en las nalgas y en las piernas. Era lo que llamaban “el barquito”. Me faltaba la respi-

ración, pero no conseguí desmayarme, creo que Manzanas lo hacía a propósito. Apoyaba su peso sobre mis riñones para que no me asfixiara. Quizá pensaba que muerta no le serviría para nada. Se levantó al fin y me dejaron ahí tirada. Comenzaron a insultarme y también a darme patadas, pero yo casi no sentía sus golpes. Debieron pensar que me estaba burlando de ellos porque no les contestaba y su reacción fue la furia. Me dieron vuelta y quedé boca arriba. Apenas podía distinguir sus siluetas, pero sus gritos y sus insultos me rebotaban en el cerebro. Manzanas se agachó y vi que en su mano tenía una navaja de barbero. La colocó en mi cara y me dijo que si no contestaba ahora me iba a cortar en pedazos. Decía que ya estaba harto de que yo no colaborara. Solo pude soltar un llanto que salió de mi yo más profundo. Entonces sentí los cortes, primero en los pechos; no eran cortes profundos, pero la sangre comenzó a salir de manera abundante. Me decía que me iba a cortar los pezones, para que nunca amamantara a mis hijos. Me cortó en las piernas; cada vez salía más sangre y caía sobre el piso. Luego me cortó en los hombros y la cabeza comenzó a darme vueltas, como si estuviera en una noria que gira a una velocidad que no se controla. Y se hizo la oscuridad de repente.

Al volver en mí me encontré de nuevo amarrada de brazos y piernas en una silla de hierro. Los dos hombres me miraban con sus ojos de odio, pero no decían nada. En sus miradas borrosas se sentía la determinación de acabar de una vez por todas, destruirme y seguir con sus vidas mientras la mía se apagaba. Me rociaron el agua de una botella sobre la cabeza y mi cuerpo se fue mojando completamente. Mientras caía, intenté que aquella agua entrara a mi boca, pero sólo conseguí humedecer un poco los labios. Otra vez sentí la descarga eléctrica. Hizo que mi columna se doblara hasta lo imposible. Vi que los cables estaban conectados a mis pies, pero ya no

los sentía, como si me los hubieran cortado. Vino la segunda descarga y con ella las preguntas de siempre. Sentí que mis brazos se desprendían del cuerpo y creí verlos caer al suelo. La tercera descarga me reventó en la cara, como si algo duro me la hubiera golpeado, como si hubiera chocado contra una pared de hielo, fría, dura, y el aire de la habitación se volvió azul. Siguieron con sus preguntas; ya ni siquiera les contestaba con mis llantos, no tenía más fuerzas. Llegó otra descarga que me recorrió todo el cuerpo, seguramente habían aumentado el voltaje. Sentí que cada órgano dentro de mí reventaba, que se convertía en piedra quemada. Vino otra descarga, igual de fuerte, igual de intensa y mi cuerpo se estremeció de nuevo, mi lengua chocaba con unos dientes que parecían flojos. Manzanas estaba furioso, nunca nadie le había dado tanto trabajo sin conseguir resultados. Pero, ¿qué podía decirles yo si nada sabía? ¿Cómo no se daban cuenta de que nadie puede soportar semejante tormento sin rendirse? Me liberó las piernas que estaban amarradas con unas correas de cuero. Le dijo al otro que me sujetara con fuerza, que ya estaba harto de aquella extranjera que no quería colaborar para defender la unidad de España, que ya me había pasado de lista y que era hora de acabar con semejante comedia. El de los bigotes me agarró con fuerza a la altura de los brazos, cargó su cuerpo sobre mis hombros. Manzanas me obligó a abrir las piernas, y se remangó la camisa. Entonces buscó mi sexo con su mano, sus dedos extendidos me penetraron y sentí que me rasgaba el cuerpo. Empujó con mayor fuerza y sus dedos entraron en mí más profundo; el dolor era insoportable. Siguió empujando y consiguió meter la mano completa, cada vez con mayor fuerza, cada vez con mayor furia. Sentí que algo dentro de mí se rompía, más cuando sentí que cerraba el puño dentro de mi cuerpo, empujando hacia los lados, golpeando con todas

sus fuerzas. Parecía que lo disfrutaba, yo podía ver su cara por entre los hombros del de los bigotes, y mientras me reventaba por dentro al mismo tiempo me insultaba, me anunciaba que mi muerte iba a ser muy dolorosa, que yo iba a suplicarles que me mataran. El de los bigotes le dijo a su jefe que ya bastaba, que me había roto entera, que no serviría de nada mancharse con aquella puta que no quería ayudarlos. Que me dejara para que me muriera sola en una celda, que después me enterrarían en el monte. Manzanas sacó su mano de mi vagina, sentí que toda mi sangre salía al mismo tiempo y pude también escuchar el chapoteo mientras caía en el suelo. Es lo último que recuerdo de ese lugar; perdí el conocimiento y ahora en este suelo en el que me encuentro, rota y desangrándome, desnuda y empapada de suciedad y miedo, creo que sólo queda esperar que ese poco de luz se apague definitivamente y se lleve consigo todo el dolor que siento.

No sé si los silbidos que escucho serán del Silbón, no puedo adivinar si está cerca o si está lejos, no sé si vendrá pronto o si nunca llegará. Cuando era una niña y alguien contaba su historia, sentía mucho miedo, en la noche me costaba conciliar el sueño. Me sumergía entre las mantas de la cama para que me protegieran. En mi peor pesadilla el Silbón me atrapaba, yo no era capaz de hacerle frente y de demostrarle que no le tenía miedo. Me agarraba con sus largas manos y mientras me sujetaba con una de ellas, con la otra abría su saco de huesos. Luego me introducía en él y yo comenzaba a caer por un eterno agujero negro. Mientras caía temblaba, me espantaba el llegar al fondo del saco y encontrarme rodeada por los huesos de su padre asesinado. Entonces me despertaba, sudando, gritando. Lo sé porque cada vez que la pesadilla llegaba, cada vez que despertaba antes de caer entre los huesos, allí estaba mi madre, acariciándome la frente, tranquilizándome, conven-

ciéndome de que nada más era una pesadilla sin sentido, fruto de mi imaginación de niña, devolviéndome al mundo real. Ahora, en esta celda donde se me escapa la vida, quisiera que el Silbón viniera de veras, que me atrapara con su larga mano. Le dejaría que bebiera de mi ombligo, no el alcohol que no he tomado, sino todo el odio que esta gente me ha inculcado en estos días, y que recorre mi cuerpo entero. Que con su otra mano abriera su saco, que me introdujera en él. Quisiera estar cayendo en el agujero negro que no se agota, quisiera gritar de espanto, intentar alcanzar algo donde asirme. Quisiera que la mano de mi madre acariciándome la frente me despertara de este sueño, de esta pesadilla, quisiera escuchar sus palabras de amor que me calman, quisiera sentir su abrazo y el calor de su pecho. Ojalá la hoja en blanco me ayudara, ojalá volviera a aparecer de nuevo y me permitiera regresar con los míos, con los que amo. Pero hace mucho que no ha regresado, hace mucho que no me ayuda. Pero no puedo reprochárselo; ahí estuvo en momentos muy duros. Temo que ahora esté como yo, rasgada, arrugada, golpeada, tirada en la esquina de cualquier suelo lleno de excrementos, sin esperanza.

XXIII

Como cada mañana, como cada día, la lluvia estaba presente también en esos primeros días de septiembre. No hacía frío, e incluso el resplandor del sol ya se anunciaba por el este. Pero era la humedad, no había manera de mantenerse seco en ningún momento del día, y todos los días eran de servicio en carreteras y montes del País Vasco, sobre todo en las cercanías de la frontera. El contrabando era el negocio que mayores dividendos aportaba, pero seguía quedando en poder de muy poca gente. Sobre todo desde que se realizaba a plena luz del día y en camiones que llegaban cargados desde Francia con mercancías que luego se pagaban muy bien en el mercado paralelo en toda la península. Atrás estaba quedando el trasiego de ganado que tradicionalmente se realizaba entre los dos lados, donde contrabandistas locales contrabandeaban animales que enseguida se vendían entre los campesinos. Eran gentes del país, incluso en ambos lados de la frontera hablaban entre sí el mismo idioma, ese euskara de mil demonios que ningún cristiano entendía. Eran los tiempos en los que la Guardia Civil perseguía el tráfico agazapada en los montes, esperando a los contrabandistas en medio de rutas que ellos conocían como nadie. A veces había buena suerte, y se conseguía recuperar el ganado y detener a los que los trasegaban, pero enseguida los contrabandistas cambiaban de ruta y los guardias debían cambiar sus vigilancias a otros lados de los Pirineos. Era una caza del gato al ratón que se escabullía entre bosques y caminos de montaña que conocía de memoria. También a veces era una caza al hombre, sobre todo durante la guerra en Europa, cuando los contrabandistas se habían dedicado a pasar la frontera a los que huían de los nazis, judíos con sus familias que busca-

ban llegar a América atravesando la península y embarcándose en Lisboa. O aviadores cuyos aviones eran derribados por las baterías alemanas cuando llegaban desde Inglaterra a bombardear las posiciones nazis o sus infraestructuras. Al menos esos tiempos tenían algo de romanticismo, pensaba el comandante Morales, cuando ellos, los guardias civiles, vivían prácticamente en el monte, empapados de la lluvia vasca que nunca se acaba, mal alimentados, y con una mano en el fusil y la otra en la insignia del Sagrado Corazón de Jesús que llevaban en la pechera del uniforme para que detuviese a la bala que llegara a matarlos. El comandante Morales odiaba al País Vasco; lo odiaba, aunque sólo fuera por aquella lluvia que nunca cesaba y que hacía que los guardias civiles, andaluces, extremeños y castellanos de origen, siempre tuviesen congelados los huesos. Ahora al menos estaban en casa-cuarteles, como la de Irún donde era el comandante, no como antes que vivían prácticamente en el monte. Él estaba solo, había preferido que su mujer y sus hijos se quedaran en Salamanca, de donde era originario. Allí tenían toda la familia que les apoyaba y él iba a verlos en cada permiso, deseando que al fin le concedieran el traslado más cerca de casa, para poder verlos a diario. Pero en la casa-cuartel la mayoría de los guardias civiles vivían con sus familias, eran una gran familia entre ellos, sobre todo porque no conseguían mezclarse con los naturales del país, que los veían como enemigos siempre. Cada mañana los niños iban a la escuela y sentían el vacío que los niños vascos les hacían al saber que eran hijos de guardias civiles; cada día sus mujeres sentían que no eran bienvenidas en los comercios locales cuando iban a hacer las compras, las pocas compras que hacían en el pueblo, pues casi todo lo que necesitaban se lo proporcionaban desde la Comandancia de la Guardia Civil. Se habían convertido en unos extranjeros en mitad de las tierras de España, algo que sabía

no lo iba a remediar el tiempo, pues la relación con los vascos no parecía tener remedio. Era algo que le hacía maldecir este lugar cada día, soñando con regresar cuanto antes a su tierra.

Durante muchos días había preparado el operativo; debía detener a cualquier precio aquel camión de contrabando que llegaba desde el puerto francés de Burdeos. Desde que el capitán de la Policía Armada le había dado la información del día de llegada, se había centrado en lograr realizar una operación exitosa. No le había comentado sus intenciones a nadie que no fueran sus dos principales colaboradores de confianza, dos sargentos que estaban a sus órdenes desde hacía más de diez años. Eran hombres rudos, curtidos en mil batallas que habían compartido con él situaciones muy complicadas, pero sobre todo eran leales y así se lo habían demostrado durante muchos años. Les había pedido discreción y les había asignado una vigilancia discreta de la frontera. Por sus informaciones se dio cuenta que entre los guardias civiles destinados a la frontera existía complicidad con los contrabandistas, que recibían algún tipo de pago cuando dejaban sin registrar los vehículos de carga que traían el contrabando. Decidió detener a uno de los guardias civiles implicados y lo interrogó sin que nadie entre sus compañeros supiera de las investigaciones. Confesó que les avisaban unos días antes de la llegada de los camiones, que la señal era un juego de luces al llegar a la frontera, dos luces cortas. Que incluso estaban en el negocio algunos gendarmes franceses, aunque no supo dar sus nombres. Dijo también que cuando el camión traía mercancía de importancia, siempre llegaba un vehículo con dos miembros de la BPS para escoltarlo una vez que entraba a territorio de España. Confesó lo que no sabía, pero que se imaginaba, que la BPS escoltaba al camión hasta que abandonaba la localidad de Irún, allí donde ya agarra-

ba la carretera nacional en dirección a Madrid. Pero nada sabía de quién y dónde se recibía la mercancía de contrabando, que el rumor era que pertenecía a algún poderoso que vivía en Madrid, alguien que estaba muy por encima de cualquier guardia civil, así fuera un oficial reconocido y condecorado.

El comandante Morales era consciente de que si procedía a detener a los miembros de la BPS que debían escoltar al camión de contrabando le iba a acarrear problemas. No les iba a gustar nada a los propietarios del camión y de la mercancía, a quienes identificaba como algunos de los nuevos ricos que en Madrid y otros lugares estaban medrando a costa de su cercanía a importantes personajes del gobierno o del Estado, pero eso ya lo resolverían sus superiores en la capital. Tampoco le parecía mal que la detención de los policías de la BPS supusiera un escándalo entre los círculos policiales, pues conocía de primera mano los conflictos que se producían en los estamentos de la policía a la hora del reparto del poder en las altas esferas del Ministerio de Gobernación y del Tribunal Especial de Represión de la Masonería y el Comunismo. En sus viajes a Madrid para verse con sus superiores de la Guardia Civil había sido informado unas veces, o él mismo había entrevisto otras, que el ambiente entre las diferentes policías no era el mejor. Sobre todo, se producía una gran tensión desde que la BPS se había constituido en una especie de guardia pretoriana del Régimen. Sus principales jefes, Roberto Conesa y Claudio Ramos Tejedor, eran hombres ambiciosos que cada vez dominaban más a su antojo toda la política que dependía del Ministerio de Gobernación. En Gipuzkoa contaban además con un hombre que les era totalmente fiel, el comisario Melitón Manzanas, otro policía ambicioso y con mucho poder en un lugar estratégico como era la frontera con Francia. Era

tanto el poder que la BPS tenía, que ya habían colocado a la Policía Armada prácticamente bajo sus órdenes. Ahora el objetivo era lograr lo mismo con la Guardia Civil, ponerla bajo su tutela, y era la principal causa del malestar de sus superiores, que oponían toda la resistencia de la que eran capaces. Por ello pensó que quizá hubiera llegado el momento de sacudir la mata un poco, para poner en evidencia a la BPS frente a otros poderes del Estado, y para que sus superiores de la Guardia Civil tuvieran en sus manos una nueva carta para enfrentar a esa policía en su intento de hacerse con todos los resortes de poder en lo relacionado con la seguridad del Estado. Era eso o, por el contrario, que le cayesen encima todos por su osadía, pero pensaba que valía la pena arriesgarse.

Después de mucho meditarlo, había escogido el lugar para realizar el operativo. No le preocupaba que el camión fuera a huir, al fin y al cabo, contaba con varios Land Rover que tenían muy poco tiempo de servicio y eran más rápidos que un camión de tres ejes cargado hasta arriba de mercancía. Podría darse a la fuga sin respetar sus órdenes de detenerse, pero enseguida los experimentados choferes de la Guardia Civil lo atraparían. Tampoco deseaba darle la oportunidad al chofer de abandonar el camión y fugarse por el monte, así que decidió que el operativo fuera cerca del centro urbano de Irún. Le preocupaba más el atrapar a la escolta de los BPS, agarrarlos en plena flagrancia del delito; era mejor así si luego intentaban desviar la atención de alguna manera, y los mandos de la Guardia Civil tendrían todos los elementos para enfrentar la respuesta que la BPS pudiese preparar para liberar a los suyos. Después de consultar varios mapas, tomando consejo de los dos leales sargentos, decidió que el operativo se realizara a unos trescientos metros después del puente de Santiago. El camión pasaría la frontera

con la complicidad de los guardias corruptos, lo recibiría la escolta de la BPS, y él y sus hombres los estarían esperando para darles el alto a la salida de una rotonda que impide ver qué hay en la carretera cien metros más allá. La rotonda tenía dos salidas, podía darse la posibilidad de que, al ver el control policial, el camión y su escolta diesen media vuelta y buscaran la otra carretera. Por ello decidió dividir sus fuerzas en dos grupos. El principal, con él mismo al mando, los estaría esperando en la salida de la rotonda que se dirige a la ciudad de Irún, dirección natural del camión en su viaje hacia la entrada de la carretera nacional en dirección a Gasteiz. El otro grupo, a las órdenes de sus dos sargentos de confianza, se colocaría en la salida de la rotonda que empalma con la carretera que va hacia el barrio de Mendelu. Las dos salidas podían ser cerradas en cuanto se tuviera noticia de que el camión había pasado la frontera, podría colocar a un hombre allí, pero temía que los de la BPS se diesen cuenta del operativo y podían desconfiar y ordenar al camión que se regresara a Francia. Era un riesgo que no estaba dispuesto a correr, y como confiaba en la información que le había dado el capitán López Arrimadas y que había sido corroborada por el guardia civil detenido, decidió que a las seis en punto de la mañana cerraría las dos salidas de la rotonda para capturar al camión y a su escolta. Debían actuar con presteza y también con rapidez. Temía que los de la BPS vieran el operativo en marcha y los creía capaces de muchas cosas con tal de no dejarse detener por los guardias civiles. Pensó que lo mejor era colocar medio escondidos los vehículos unos pocos metros después del operativo, con sus choferes listos y dispuestos a hacer frente a cualquier contingencia, y que fueran los guardias civiles de a pie los que diesen las primeras órdenes de alto, cruzándose en la carretera y cerrando el cerco a los dos vehículos. En total, iban a participar veinte agentes de la Guardia Civil,

incluyéndole a él. Doce se esconderían hasta el último minuto tumbados en el suelo de la salida hacia Irún, y los otros ocho harían lo mismo en la salida hacia Mendelu.

Desde las cuatro y media de la mañana tuvo listos a los agentes. Sin darles ninguna orden concreta, los veinte guardias civiles salieron de la casa-cuartel de Irún en cuatro Land Rover y recorrieron a media marcha las carreteras aledañas a la localidad. Iban armados con fusiles Mauser y con metralletas Star Z45, además de las pistolas Llama 9mm reglamentarias. A las cinco cuarenta y cinco llegaron a la rotonda escogida para el operativo y los hizo descender, ordenando que se separaran en los dos grupos que iban a cubrir las dos salidas posibles. Mientras colocaba a los agentes tendidos en el piso, ordenó a los choferes de los vehículos que se alejaran unos minutos y que a las seis en punto de la mañana regresaran para colocarse en medio de la vía y proceder así a cortar cualquier posibilidad de fuga. Los dos grupos se apostaron en el suelo cada uno cubriendo una de las dos salidas, escondidos a la vista de cualquier vehículo que pasara bien fuera en dirección a Irún o en dirección a la frontera. El comandante Morales sabía que la garantía de éxito dependía mucho de la sorpresa, y no quería que el vehículo de la BPS que iba a escoltar al camión de contrabando pudiese descubrir su presencia cuando fuera llegando en dirección al paso fronterizo. Ya estando en esa posición fue cuando dio órdenes precisas a sus uniformados. Debían detener a un camión que llegaba con contrabando desde Francia y a los ocupantes de un vehículo que lo escoltaba. Debían evitar el enfrentamiento siempre que fuera posible, pero a la menor intención de huir de los ocupantes de los dos vehículos, les ordenó que dispararan a las ruedas para detenerlos. En esos minutos que permanecieron escondidos, no apareció ningún

vehículo que fuera en la dirección al puente de Santiago, por lo que el comandante pensó que los de la BPS ya debían estar en la frontera esperando al camión desde mucho antes.

Mientras los guardias civiles preparaban su emboscada, cuando ya apuntaba el nuevo día, un camión Volvo de tres ejes llegaba a la frontera. Un solo hombre iba en su interior y su carga sobresalía la altura del vehículo, tapada con fuertes lonas amarradas con cuerdas. Pocos metros antes del puesto de la gendarmería francesa, el chofer hizo una señal de cambio de luces y los gendarmes ni siquiera hicieron el gesto de salir de su caseta, con lo que siguió adelante sin detenerse, pues la barrera fronteriza estaba abierta. Atravesó el puente y poco antes de llegar al puesto de la policía española volvió a hacer una señal de luces y al verla, los dos guardias civiles que estaban de guardia en ese momento procedieron a levantar la barrera que daba entrada al territorio bajo su administración. A unos veinte metros del puesto fronterizo, mirando de frente al puente, se encontraba un Citroën Ami-6 ocupado por dos hombres, quienes al ver la señal luminosa del camión y a los guardias civiles levantar la barrera, responden a su vez encendiendo los faros de su vehículo. El chofer del camión ve la señal y frena un momento para permitir que el Citroën dé la vuelta y se coloque delante suyo para servirle de escolta hasta la entrada en la carretera nacional después de atravesar la localidad de Irún, a partir de donde seguirá con su viaje solo. Los dos vehículos comienzan a recorrer la carretera que conduce a la rotonda.

Cuando el Citroën ya está saliendo de la rotonda para agarrar la vía que conduce a Irún, los dos ocupantes se dan cuenta de que hay un operativo de la Guardia Civil que les corta el paso, distinguiéndose un buen número de guardias que ocupan todo

el ancho de la carretera dándoles la orden de detenerse. El chofer da un frenazo e intenta hacer que el coche derrape para darse la vuelta y echar hacia atrás o, al menos, intentar huir de allí por la otra salida de la rotonda. En la maniobra sus ruedas chirrían. El chofer del camión alcanza a ver todo lo que está pasando, pues la altura de su posición se lo permite, también porque iba en ese momento a poca distancia del Citroën, por lo que intenta hacer la misma maniobra. Pero su peso no se lo permite y el camión se inclina peligrosamente al coger una curva tan cerrada, tiene que frenar de manera violenta para lograr el contrapeso y es cuando escucha los primeros disparos provenientes del lado donde están los guardias civiles. Escucha la explosión de uno de sus neumáticos y el camión da una sacudida que le obliga a asirse con fuerza al volante para no salir despedido por el parabrisas. Escucha más disparos y otro de sus neumáticos revienta enseguida. El camión comienza a inclinarse ya sin control; su posición inclinada, el reventón de dos de sus neumáticos y el peso de la carga lo desestabilizan completamente y se vuelca en medio de un tremendo escándalo de cuerdas y lonas que el peso de la carga revienta. La carga sale volando por el impulso y los guardias civiles más cercanos deben retirarse apresuradamente para no ser aplastados. Mientras se escucha el crujir de miles de botellas de vidrio estrelladas contra el asfalto, el aire se llena de un intenso olor a whisky escocés y coñac francés que va formando un gran charco en torno al camión donde el chofer ha quedado atrapado, consciente e ileso, entre su asiento y la puerta del vehículo.

Mientras, en el Citroën los dos ocupantes no dan crédito a lo que están viviendo. Nunca habían tenido ningún problema en los pasos de los camiones por la frontera. Al contrario, cuando les tocaba realizar ese servicio, lo consideraban algo tedioso, un trabajo que les obligaba a madrugar y que se había con-

vertido en rutinario. El único aliciente era el sobresueldo que recibían de manos del comisario Manzanas cada final de mes, y por eso valía la pena. Ya habían esquivado a los guardias civiles, habían contemplado atónitos el vuelco del camión, y debían huir de allí para no verse implicados, pues no les iba a gustar nada de nada a sus superiores. Al escuchar los disparos de los guardias civiles, los dos ocupantes habían empuñado sus armas como por reflejo, incluso, el copiloto había abierto la ventana de su lado, había sacado su pistola y había disparado al aire dos veces como para amedrentar a los uniformados y ganar algo de tiempo para huir de allí.

También los guardias civiles que están apostados en la salida hacia Mendelu habían escuchado los disparos, el estruendo del camión al volcarse y al estrellarse la mercancía. Eran profesionales y sabían que además de los disparos provenientes de los mauser y las metralletas de sus compañeros, se habían escuchado dos disparos de pistola. Supusieron que los ocupantes del vehículo que se acercaba eran los que le hacían la escolta al camión de contrabando, y que habían disparado contra sus compañeros. Fue cuando los dos sargentos ordenaron a sus hombres abrir fuego con todo contra los ocupantes del Citroën; no se les podía permitir que huyeran. A los dos de la BPS no les dio ni tiempo a ver a los guardias civiles que los esperaban, ni de escuchar el sonido de los disparos. Cuando ya creían haber alcanzado la salida de la rotonda, sintieron en sus cuerpos las mordeduras de las balas, el crujir metálico cuando se estrellaban con la carrocería de su coche y cuando los cristales de las ventanas saltaron hechos añicos. El Citroën, a quien nadie manejaba entonces, siguió adelante unos metros por la inercia de su movimiento y fue a chocar ya con poca velocidad con uno de los dos Land Rover de la Guardia Civil que cerraban el camino.

XXIV

Desde su atalaya detrás de la barra del bar, el camarero se siente con el derecho de juzgar a los clientes mientras los observa; después de tanto tiempo, es un derecho adquirido que nadie se lo puede cuestionar. Ocupado en su rutinaria tarea de secar los vasos y acomodarlos en su lugar, piensa que el tiempo lo ha convertido en una especie de observante de la vida de los demás, que guarda en sus silencios los secretos que los otros ponen al descubierto a medida que el alcohol debilita sus resistencias a desvelarlos. No hace falta que nadie le dé conversación, que abra su intimidad a un desconocido, basta con observar sus gestos o sus medias palabras para descubrir lo que quieren esconder. Ahí es él el único con derecho a juzgar a cada quien, aunque a la hora del cierre del bar todo quede en un rumor lejano que quizá nunca existió, o en el mejor de los casos, que al día siguiente se convierta nada más en una petición de que guarde para sí las confidencias de quienes se dejaron vencer por una copa de más. Ni siquiera es necesario que se lo pidan, es su oficio, ser el guardián de lo que nadie quiere reconocer, o de aquello que sólo sacan en los momentos que necesitan descargarlo. Qué mejor que hacerlo con un extraño, con alguien que es escuchador de oficio, alguien que nunca será capaz de ir contando los secretos de otros, los desesperados o los esperanzados, los que temen o los que hacen temer a los demás. Ahora es capaz de adivinar el estado de ánimo por los detalles más pequeños. Por cómo se sientan ese día, en qué lugar, con quien buscan conversación o si se encierran en sus silencios, por qué bebida se deciden, por cuánto tiempo tardan en consumirla, por cómo agarran el vaso o por cómo buscan que la luz refleje el color del alcohol. Es el arte de quien

lleva su vida emborrachando a la gente, el arte de escuchar los pensamientos del silencio del solitario, de descifrar las miradas perdidas de quien va poco a poco perdiendo la conciencia de sí mismo para sumergirse en la que el licor contrae. También es el arte de leer en las tristezas o la euforia de cada quien, de las sonrisas a medias o de las carcajadas que a veces solo son signos de querer huir de ellos mismos. Ha aprendido a leer también los pasos de los borrachos cuando salen del local ya derrotados, o en los del vencedor que se va con la cabeza alta pensando o soñando que lo tiene todo ganado. También ha aprendido a leer el miedo que se esconde detrás de una mirada perdida buscando una solución en el techo del bar, el miedo que ya significa haberse rendido, de quien se resigna dejando caer su mirada en la gastada moqueta del suelo. Antes también estaban las miradas de búsqueda, las miradas que desafiaban, o las miradas de complicidad y de traición, pero eso ya fue hace mucho, cuando el local aún recibía una clientela selecta que buscaba distraerse entre alcohol y frenesí. Era cuando la dueña atraía con su voz y su cuerpo a muchos de los más poderosos de la ciudad en busca de diversión. Eran los tiempos de la hipocresía de una sociedad recatada y religiosa que tenía en este lugar su apartado para el desenfreno. Eran los tiempos donde los grandes negocios de la sombra se firmaban aquí con un simple apretón de manos, donde se planificaban los asesinatos de los rivales, o donde se creaban complicidades que eran imposibles a la luz del día, fuera de estas paredes envestidas de un terciopelo que ahora lucía mustio y sucio. Eran los tiempos cuando estaba obligado a guardar los secretos que de revelarlos le hubieran costado la vida. Cuando aprendió a ver a la gente sin mirarla, a escucharla sin que se dieran cuenta, los tiempos de favores inconfesables, o de ayudar a alguien en problemas sin vanagloriarse de ello. De solucionar entuertos que

se creaba la dueña con esposas y amantes dolidas, de protegerla de clientes violentos o de jóvenes enamoradizos que eran capaces de destrozar sus vidas por pasar una noche más con ella. Eran tiempos de sacar borrachos a empujones, de lidiar en peleas a navajazos que no eran suyas, de enfrentar a policías corruptos y a funcionarios abusivos. Los tiempos en que la bonanza económica había llamado a su puerta y recibía propinas que le permitieron guardar un dinero que espera gozar algún día, en una vejez que cada día está más cerca. Eran tiempos de trajes elegantes, de camisas almidonadas y de restaurantes caros en su día de descanso. Era cuando los cuartos de arriba se llenaban de bellas muchachas atendiendo a los clientes, de servirles copas caras a medida que se dejaban engatusar entre los brazos de las jóvenes. También eran tiempos de clientes clandestinos que llegaban a escondidas, de vigilar que nadie adivinara su presencia, de esconderlos de las miradas indiscretas, de esconder sus uniformes o sotanas cuando en el frenesí del alcohol y el sexo los abandonaban en cualquier parte. Eran los tiempos cuando la dueña era bella, y él un hombre elegante y dispuesto a dar la vida por ella, los tiempos cuando el aire olía a habano caro. Ya solo queda este local desvencijado, con la mugre que lo invade todo, un local donde la señora esconde sus arrugas en medio de la luz tenue, y él sus reumas que le doblan el cuerpo cada vez que se levanta en las mañanas, empujándose a sí mismo a revivir lo mismo cada día, esperando que llegue la noche para regresar a su reino detrás de la barra. Pero no había de qué quejarse. Habían sobrevivido a tiempos convulsos y a mil retos y aún estaban allí, esperando que el tiempo cumpliera su parte y les otorgara la dicha de poder contar los recuerdos, aunque solo fuera de vez en cuando a algún camarero, en algún otro bar, que seguramente no diría nada, solo escucharía, esperando la hora de cierre para irse a su casa y olvidar.

Pero aun cada noche traía algo diferente, algo que rompía la rutina. Era el caso de esa noche cuando el capitán de la Policía Armada había regresado después de varios días sin aparecer. Hoy parecía un día especial para él, incluso había llegado acompañado de dos de sus hombres, cosa rara, pues se suponía que aquel era su refugio personal, que nunca compartía con nadie que no fuera su propia soledad. Les había invitado a una copa cara a los dos compañeros y luego los había despachado rápidamente. La excusa había sido que quería encontrar un momento de intimidad con la señora, algo que nunca lo había visto hacer. Incluso buscó la mesa de la dueña al llegar y le presentó a sus hombres, un sargento y un cabo de confianza, diciendo que eran su mano derecha en el trabajo. La señora también parecía inquieta por la novedad, pero es una mujer de mundo y supo darles conversación mientras apuraban sus bebidas. Incluso aguantó un rato las pretensiones del capitán cuando sus hombres se fueron, supo reírle las bromas y cuando al final se despidió incluso le dio un beso. El capitán siguió sentado en la mesa de la jefa; pidió más de beber y en su semblante se adivinaba alegría, seguramente habrá tenido algún éxito en su trabajo, pero cuando la policía tiene un éxito siempre queda alguien llorando en algún sitio. Ahora ha vuelto a su soledad y la respuesta la busca en el techo. Al parecer le ha ido bien.

A medida que el alcohol iba haciendo su efecto, el capitán Arrimadas se sentía más fuerte. Pensaba que en la vida de un hombre existen pocos días en los que se pueda decir que el éxito lo ha acompañado completamente, pocos días en los que el deseo de venganza se sacie completamente, pocos días en los que se sienta tan orgulloso de haber derrotado a sus enemigos, de haberlos destrozado, y también, tan orgulloso

de sí mismo por haber sabido ponerse a resguardo de repercusiones futuras. En este momento, pensaba, los de la BPS deben estar preparando el entierro de su compañero muerto por la Guardia Civil en Irún, también tendrán algunos efectivos ocupados en proteger al que está gravemente herido en el hospital. Estarán rompiéndose la cabeza para entender qué ha sucedido para que los guardias civiles intercepten un cargamento que iba a darles tantas ganancias, estarán buscando las escusas que les darán a sus superiores en Madrid por su implicación en el negocio del contrabando, y estarán buscando excusas que darles a los dueños de la mercancía. Mañana, cuando regresen a la comisaría y descubran que la detenida venezolana ha desaparecido se harán también muchas preguntas, pero por mucho que investiguen no tendrán cómo llegar al meollo del asunto. Menos aún en cuanto sepan que la extranjera está bajo la protección del mismo oficial de la Guardia Civil que les ha desbaratado su negocio en Irún. El capitán piensa que daría mucho dinero por ver sus caras cuando sepan que la extranjera ya no está allí, aun cuando todavía no se habrán repuesto del golpe de Irún.

Todo había comenzado la tarde anterior. El comandante Morales le había enviado un agente de confianza a la comisaría con el mensaje de que a las seis en punto de la mañana del siguiente día realizaría el operativo contra el camión de contrabando. Era un joven guardia que había destinado para enviar el mensaje, pero también para ponerlo a las órdenes del capitán para otro asunto complicado. La implicación de la BPS en el negocio del contrabando era un hecho irrefutable, sus investigadores los habían descubierto organizando los pasos ilegales, y lo más grave, habían corrompido a varios guardias civiles con esos propósitos. Era algo que el comandante Morales no estaba dispuesto a pasar por alto de ninguna manera.

El golpe a la BPS debía ser fuerte, lo suficientemente fuerte para que los mandos de la Guardia Civil en Madrid pudiesen hacer frente a las consecuencias que seguramente iba a tener el decomiso del camión, lo suficientemente fuerte para que suscitara su orgullo de cuerpo armado frente a los que desde la BPS querían supeditarlos a sus órdenes. Si la operación tenía éxito, la jerarquía de la Guardia Civil podría imponer su fuerza ante los demás aparatos del Estado para evitar convertirse en un instituto subordinado a otras órdenes que no fueran las propias. En cambio, si la operación fracasaba, la suerte del comandante Morales estaba echada, con la degradación o la expulsión más que garantizada, pero valía la pena arriesgarse. De ahí la razón de poner a las órdenes del capitán un agente de la Guardia Civil, un agente que también traía un vehículo oficial del instituto armado. Si era cuestión de correr riesgos, se correrían todos de una vez por todas. Con el alboroto que seguramente desataría la operación de Irún, el comandante le exigía al capitán López Arrimadas que buscara la manera de rescatar a la detenida venezolana de las dependencias de la BPS en la comisaría y se la entregara. Por eso le enviaba un agente y un vehículo oficial donde trasladarla y ponerla bajo su custodia hasta que él decidiera junto al cónsul de Venezuela qué hacer con la detenida.

En un principio, el capitán pensó que aquello era una locura. Que, si a la BPS le iba a salir mal el asunto del camión, y si también de repente desaparecía de la comisaría la detenida venezolana, se iban a poner como locos y que alguien iba a pagar las consecuencias. Primero tuvo miedo de que esas consecuencias cayeran directamente sobre él, pero tras pensarlo unos segundos, se dio cuenta de que era la oportunidad de su vida para salir airoso de aquel problema, sobre todo salir airoso después de haberse vengado de la BPS, lo que le agradó bastante. Iban

a ser dos duros golpes, en los dos su implicación era notable, y de los dos iba a salir limpio como un bebé recién bañado. En Irún, solo las fuerzas de la Guardia Civil intervendrían; podía pasar lo que pasara y el quedaría fuera. En cuanto a la venezolana, todo era cuestión de que se hiciera ver como una operación de la Guardia Civil; al fin y al cabo, la detenida iba a quedar bajo su custodia, y el hecho de disponer de un agente y de un vehículo oficial podrían dejar el asunto como un movimiento al que él era completamente ajeno. Bastaba con elegir bien qué policías estuvieran de guardia esa noche y a la mañana siguiente en la comisaría, y utilizar en todo momento el vehículo de los guardias civiles para que ningún policía armado apareciera implicado. Por una vez, los de la BPS estaban jodidos.

Para que estuvieran en la comisaría los hombres indicados, los que en todo momento guardaran el secreto sobre los movimientos de sus superiores, contaba con el sargento Rodríguez y con el cabo Valencia. Ellos se encargarían de que los dos policías que debían pernoctar esa noche en la comisaria fueran discretos. En cuanto recibió la visita del guardia civil los llamó a su oficina, les presentó al recién llegado y les ordenó que suspendieran cualquier asunto que tuvieran entre manos en las próximas horas, que estuvieran dispuestos y presentes para lo que se necesitara. Los dos accedieron con gusto pues sabían que siempre eran bien recompensados por su superior en sus aventuras extraoficiales. Solo quedaba esperar que los dos miembros de la BPS que solían quedarse en la noche en la comisaría se despistaran en cuanto se supiera algo del operativo del comandante Morales, para que ellos tuvieran la ocasión de sacar de la comisaría a la venezolana.

El capitán López Arrimadas también contaba con que al chofer del camión no le sucediera nada, que consiguiera huir, o al

menos, que no resultara herido. Nada le había contado al comandante Morales sobre la fuente de la información del contrabando, y recordaba que le había prometido al proxeneta que nada le sucedería a su pariente. Al ser la Guardia Civil quien iba a realizar el operativo, podría alegar siempre que él no supo nada, o en el supuesto de que el chofer fuera detenido y encarcelado, ya se encargarían los mafiosos de prestarle ayuda en la cárcel, de la que seguramente se libraría en poco tiempo. Pensó que todos los cabos estaban atados y solo quedaba esperar que los acontecimientos se sucedieran de la mejor manera posible. Iba a ser una noche larga, y para aliviarla, le pidió al cabo Valencia que fuera al restaurante de al lado de la comisaría para que trajera la cena para los cuatro y dos botellas de vino y unos cigarrillos. También le ordenó al guardia civil que estacionara su vehículo en el patio interno de la comisaría, lejos de miradas indiscretas que pudiesen hacerse preguntas sobre la presencia del mismo esa noche.

Fue una noche de espera larga, aligerada por la cena, el vino y el humo de los cigarrillos. Pero el comandante Morales fue puntual, y a las seis y veinte de la mañana siguiente llamó a la oficina del capitán para darle información sobre las novedades del operativo. Habían detenido al camión y al chofer, quien había resultado ileso a pesar de haber recibido algunos golpes al volcarse el camión. De la carga de contrabando no podía decirse lo mismo, pues eran botellas de licor que se habían estrellado en su mayoría cuando el chofer había intentado huir y los guardias civiles se habían visto obligados a disparar a los neumáticos, lo que provocó la volcadura del vehículo. Por suerte ninguno de los guardias civiles había resultado herido. Pero no podía decirse lo mismo de los dos policías de la BPS que servían de escolta y que también habían intentado huir del operativo abriendo fuego contra los militares. La respuesta de

los guardias civiles había estado sujeta al derecho a la defensa y ambos policías habían resultado heridos graves. Fueron los mismos guardias civiles quienes, al percatarse de que eran miembros de la policía, los habían trasladado con la mayor rapidez posible a un centro hospitalario de Irún, donde habían quedado ingresados. El comandante también le había dicho que en cuanto le fue posible se había desplazado a la casa-cuartel de Irún para llamarle a su oficina, pues no quiso hacerlo desde la radio del vehículo no fuera a ser que la comunicación fuese escuchada por quien no debiera. Lo llamaba para que de una vez pusiera en marcha el desalojo de la comisaría de la detenida venezolana, y que en cuanto pudiese hacerlo con seguridad le llamara para concretar dónde debía ser entregada. También le había aconsejado que utilizara en todo momento el vehículo de la Guardia Civil que había puesto a su disposición para mover a la detenida, por si en algún momento tuviera un encontronazo con los agentes de la BPS.

Poco tiempo después de la llamada del comandante Morales, los policías de la BPS que se encontraban en la comisaría debieron recibir las noticias por sus canales propios, pues no tuvieron que esperar más allá de quince minutos cuando escucharon los gritos de los dos agentes ordenando a los dos policías armados de la entrada que les abrieran el portón de la calle. Ambos subieron a un vehículo, y poco tiempo después el sonido del motor de su coche se perdía entre los escasos ruidos de las calles que aún no despertaban del todo.

Era el momento de actuar y así se lo ordenó a sus hombres. Necesitaban bajar a la parte del sótano de la comisaría que utilizaba la BPS para guardar en calabozos a sus detenidos. Era un espacio compartido con la Policía Armada, pero sólo una parte, pues a varias celdas, separadas de las otras por una fuer-

te puerta de hierro, únicamente tenían acceso los de la BPS. Afortunadamente, él había conseguido una copia de la llave gracias a un ferretero que vino a reparar el mecanismo en una ocasión, aunque se había guardado mucho de que los de la BPS supieran que la tenía. Al abrir la puerta, recorrieron el pasillo donde se distribuían las ocho puertas de los calabozos, que se abrían por un simple cerrojo accionado desde fuera. Las tres primeras celdas estaban vacías. En la siguiente encontraron a un hombre maduro tumbado en el catre que abrió los ojos cuando la luz penetró por la puerta abierta y ni siquiera tuvo fuerzas para decir nada, temiendo que otra vez viniesen a interrogarlo, tenía la espalda y el pecho morados por los golpes. En otra había dos jóvenes a los que habían maltratado mucho, estaban encadenados el uno al otro y tumbados en el suelo desnudo, cubiertos de sus orines y de su sangre. Al penetrar la luz en la celda, el que parecía más joven intentó apartarse hacia un rincón de la celda mientras sollozaba y decía que no sabía nada más, pero era incapaz de moverse, pues el peso de su compañero inmóvil se lo impedía. En otra celda había una mujer vieja, desnuda, sentada en el duro catre de cemento. Cuando entraron no dijo nada, pese a la sorpresa que fue para ellos encontrarla. La habían golpeado mucho en la cabeza; de su frente manaba aún sangre que caía sobre sus flácidos pechos, pero la mujer no dijo nada, no parecía temerlos, solo los miraba con una expresión que delataba mucho odio. El resto de las celdas estaba vacío; la venezolana no estaba allí, debía estar arriba, en alguna de las oficinas.

Tras cerrar la puerta de hierro para que nadie supiera de su presencia allí, subieron corriendo las escaleras hacia el segundo piso, donde la BPS tenía sus oficinas. En la primera no encontraron nada. Se movían con tiento, pues aquel era un lugar prohibido de la comisaría donde solo unos pocos tenían acceso.

Por suerte, con la prisa que tuvieron por acudir al llamado de sus compañeros al conocer las noticias de Irún, los dos BPS de guardia ese día habían olvidado cerrar la puerta principal que daba entrada a todas sus instalaciones. En una pequeña oficina que parecía la de López Arribas, pues en la pared estaba colgada una chaqueta que reconocieron como suya, había dos hombres jóvenes, desnudos, colgados de los brazos por unas cuerdas sujetas al techo por un fuerte gancho. Uno comenzó a llorar en cuanto sintió su presencia; tenía todo el cuerpo golpeado y se veían también claramente las marcas de las quemaduras eléctricas. Su espalda estaba llena de heridas como si lo hubieran golpeado con un látigo, con muchas llagas abiertas. El otro, en cambio, no parecía moverse, ni tampoco produjo ningún sonido. No había tiempo que perder; había que encontrar a la mujer, no podían distraerse en saber si aquel hombre estaba vivo o ya había muerto. Fue el cabo Valencia quien la encontró; sus gritos llamándolos parecían apagados por el horror que había encontrado. Muy mal debía estar una persona para que el cabo Valencia se impresionara.

Era la oficina de Manzanas, pues en la pared estaban colgados varios cuadros con sus condecoraciones, también una bandera de España. Sobre la mesa había un látigo de azotar a los caballos; seguramente con él había castigado a los dos hombres colgados del otro cuarto. También estaba la máquina de la electricidad con sus cables en una esquina. En su curiosidad extrema, el sargento Rodríguez abrió el armario de madera junto al escritorio; podría esperarse que hubiera cualquier cosa, pero no la colección de porras de todo tamaño y textura, esposas y grilletes de todos los tamaños, y un aparato como un casco con tornillo con su tuerca que sabe Dios cómo lo usaba Manzanas.

La mujer estaba en un apartado al fondo de la oficina, al menos lo que quedaba de ella. Nada más acercarse a la puerta el olor era insoportable, la mezcla de excrementos, orines, sudor y sangre con lo cerrado del lugar hacía imposible la respiración. Ella estaba tumbada en el suelo, desnuda, envuelta en todos sus desechos, inconsciente. Pensaron que estaba ya muerta. Fue Rodríguez el primero que se acercó a tocarla, mientras el guardia civil vomitaba la cena en medio de la oficina de Manzanas. Le tomó el pulso en su muñeca y con una expresión de cabeza indicó que aún vivía. Pero no iba a ser por mucho tiempo; no se podía entregarla así al comandante Morales, necesitaba atención médica.

El cabo Valencia llegó con una manta que había encontrado en otra oficina. Se acercaron todos para ayudar a envolverla y cargarla para sacarla de allí. Fue cuando al girar su cuerpo vio lo que le habían hecho. De su sexo manaba sangre todavía; a saber con qué la habían violado. Su cabello estaba acartonado por la sangre y los desechos, todo su cuerpo había sido golpeado y quemado con la electricidad. No podía quedarle mucho tiempo de vida a aquella mujer.

Cuando consiguieron envolverla en la manta, ayudaron entre los cuatro para que el sargento Rodríguez se la echara a la espalda, y emprendieron el camino de regreso que los llevaba al piso de abajo. Mientras caminaban, el capitán López Arrimadas iba pensando que era lo mejor que se podía hacer. No podía llevar a la mujer a Irún en el coche de la Guardia Civil, pero sí debían sacarla de la comisaría en él por si alguien llegara a verlos. Era necesario llevarla a un hospital, él no quería entregarle una muerta al comandante Morales. Iban a necesitar dos coches; sacarían a la venezolana en el de los guardias civiles y luego la cambiarían a otro propio, camuflado, y la llevarían a la

Residencia Nuestra Señora de Aránzazu y allí la abandonarían a la entrada de urgencias. Alguien vería el paquete y la ingresarían enseguida. Mientras, el guardia civil iría con su coche a Irún y pondría a su superior al corriente de dónde la dejaron, para que tomara las medidas que considerara. Podría avisar al cónsul de Venezuela y decidir entre los dos cómo hacer para sacarla del hospital después que la reanimaran. Era una buena forma de quedar fuera de un asunto tan turbio; él no quería salir implicado ante sus superiores, y menos aún ante los de la BPS.

Llegar al patio donde estaba el vehículo de la Guardia Civil fue fácil. Los policías armados que estaban de guardia esa madrugada dormitaban en la caseta, molestos todavía con las órdenes que habían recibido de malas maneras por los dos BPS en su salida hacía un rato. Subieron a la mujer en el vehículo, tumbada en el asiento trasero, de manera que no se viera desde fuera. El guardia civil iba de piloto y él de acompañante y les ordenó a Rodríguez y a Valencia que les siguieran de cerca en otro coche camuflado. Al llegar a la puerta de la calle, los dos policías les abrieron rápidamente cuando vieron que se trataba de su capitán y que en el otro vehículo iban el sargento y el cabo. Ya en la calle, circularon varios minutos hasta encontrar un lugar donde nadie transitaba en ese momento. El capitán le ordenó al guardia civil que se detuviera; bajó del coche haciéndoles una señal a los otros dos para que también se detuvieran y les ordenó cambiar de coche a la mujer. Luego le dijo al guardia civil que fuera sin demora a donde su oficial en jefe y le informara que habían podido sacar a la detenida de la comisaría, pero que su estado de salud ameritaba que la llevaran a la Residencia Sanitaria Nuestra Señora de Aránzazu, que él decidiera qué hacer a partir de ese momento, pues su parte ya la había cumplido.

Frente a la entrada de urgencias de la Residencia Sanitaria de Donostia, una enfermera estaba respirando el aire de aquel amanecer donde al menos la lluvia aún no se había presentado. Había sido una dura noche de trabajo y necesitaba un respiro sabiendo que aún le quedaban varias horas hasta poder regresar a su casa. Entonces llegó el coche negro que se estacionó a unos cincuenta metros de la entrada. Tres hombres descendieron y abrieron las puertas de atrás. Cargaron un bulto envuelto en algo que parecía ser una manta. Lo depositaron en el suelo de la acera y rápidamente se subieron de nuevo al coche, arrancando a toda velocidad y alejándose mientras hacían sonar la bocina varias veces como para que alguien dentro del hospital se diera cuenta de que les habían llevado más trabajo. La enfermera los vio alejarse un instante; por su aspecto hubiera dicho que eran policías. Se acercó al bulto y se agachó para poder abrir la manta. Al destaparla, encontró el cuerpo de una mujer destrozada, ensangrentada, sucia y desnuda. Corrió con todas sus fuerzas al interior de la Residencia en busca de ayuda.

La música sigue sonando. Ya casi todos los clientes se han ido; es su sexta copa y espera que el camarero tenga aún tiempo de servirle una más. Hoy no ha sido un día cualquiera, un día de esos que es mejor olvidar cuanto antes, un día que no deje recuerdo alguno. Hay días que valdría la pena revivirlos varias veces, aunque a medida que lleguen se vayan convirtiendo en algo mucho peor de lo que fueron la primera vez. Lo malo es vivirlos siempre en la misma soledad, una soledad que acompaña a quien siempre será un extraño esté donde esté. Alguien a quien se le evita la mirada porque da miedo, ese miedo que imponen siempre los policías. El miedo que ha visto en las caras de los detenidos en las celdas de la BPS, la cara de es-

panto de un joven guardia civil que aún no sabe de lo que son capaces los hombres como ellos, todo depende de las órdenes que les den. Toda esa gente destrozada que no sabe si saldrá viva de su celda, que teme cada ruido que escucha pensando que ya llegó la hora del siguiente interrogatorio. Gente que se esconde de la luz, pues sabe que con ella llegan las manos que van a seguir destrozando su cuerpo, que lo colgarán de un gancho para azotarlo como a ganado desobediente, que lo atarán a una silla para quemar su carne, o lo sumergirán en la más asquerosa mierda para que inunde sus pulmones.

Ni siquiera es importante sacarles la información que poseen y que nos sirve a los policías para atrapar a otros como ellos. Es una cuestión de orden, de que le tengan miedo a no someterse, a no respetar las leyes y las normas, a la autoridad que nosotros representamos. Somos la autoridad ahora, en esta dictadura que convierte al asesino en Dios, al que más ha matado y al que más ha golpeado. Denuncian afuera nuestras maneras, dicen que no somos democráticos y que no respetamos los derechos humanos. Pero un día llegará la democracia, el día que sea beneficiosa para los que siempre ganan, y seremos los mismos, la autoridad que implementemos seguirá usando el miedo para someterlos. Cambiarán las formas, los métodos, cambiarán los mensajes, cambiarán las caras y los uniformes, pero nosotros seguiremos siendo los mismos. Nuestras maneras serán quizá más suaves, ya no deberemos andar sembrando de cadáveres el mundo, pero también habremos aprendido a ser más sutiles, obtener lo mismo con menor esfuerzo. Y, aun así, cuando se nos vaya la mano, cuando alguien no soporte nuestros métodos, cuando se apague su latido en cualquiera de nuestras casas, siempre tendremos a nuestros superiores para protegernos. Oficiales, jueces, o políticos que saben que sin nosotros no son nada, pues nos hemos convertido en la

barrera que protege sus intereses ante revueltas y revoluciones de gente que sigue sin tener nada que perder. Por ello nos protegen, nos dejan trabajar a nuestro ritmo, nos miman con regalos y condecoraciones, miran a otro lado cuando nos corrompemos. Nos convierten en impunes con sus leyes, pues saben que si un día faltamos su tiempo se habrá acabado. ¿Qué diferencia hay entre lo que yo le hice a la venezolana y lo que le han hecho los BPS? Ninguna, yo la torturé con guante de seda, cuando quise apretar apreté y tampoco tuve resultado alguno, un negocio que no dio el fruto esperado. La BPS la destrozó, usó sus métodos más terribles, pero el resultado es el mismo, ninguno de los dos logramos lo que pretendimos. O la mujer no sabía nada, o es una mujer de hierro, basta con ver cómo la dejamos entre todos. Pero no hay nada que puedan reclamarme, un error en el trabajo lo tiene cualquiera, lo único diferente es que en nuestro trabajo los errores cuestan vidas. Pero son vidas inútiles, vidas que se dedican a tumbar lo que somos, o vidas que van a vivirse sin conciencia de nada que importe. Nosotros siempre seguiremos, seremos los esbirros de una dictadura, o seremos los policías institucionales que defienden el orden establecido, pero ahí estaremos siempre, pues el horror que nos tienen, ese horror que nos acompaña siempre, no es otra cosa que el sentido del Estado mismo. Un Estado al que no le importa crear monstruos como nosotros, aún peor, como Manzanas y sus psicópatas, todo se amortiza en aras de un supuesto bien común, el bien común del que manda, del que tiene poder. Seguiremos siendo sus perros guardianes, ahora o después, cuando jueguen a repartir el poder que seguirá inamovible, en manos de los que siempre lo han tenido. Pero abrirán el juego para que seamos reconocidos como lo que en realidad somos, los únicos garantes de que nunca nada cambie.

XXV

Cuando por fin habían cruzado el Desfiladero de Pancorbo, el cónsul Braulio Sifontes encendió un cigarrillo y abrió la ventanilla del coche para no molestar al chofer. Delante de ellos se abrían las inmensas llanuras castellanas y dejaban atrás los verdes valles vascos. Siempre le había parecido que aquel lugar era una frontera natural que separaba dos mundos, no porque la naturaleza caprichosa hubiera creado con esos riscos y pasos montañosos una barrera entre el verde y el amarillo, sino porque también la geografía definía completamente el carácter de las gentes que vivían a uno u otro lado. No era la primera vez que había pasado por ese lugar; aún recordaba con agrado su visita a La Rioja cuando un empleado de la Embajada se había casado con una muchacha originaria de esas tierras y lo habían invitado a Haro, lugar donde se celebró la ceremonia religiosa y también aquel banquete que no olvidaría nunca por lo sabroso que habían comido. Era una lástima no poder detenerse ahora y volver a probar los vinos de la zona, o el bacalao a la riojana, los pimientos rellenos de setas, o las chuletas de cordero asadas al sarmiento. Pero ahora no podían detenerse, la premura de su misión estaba a la vista y deseaba llegar a Madrid cuanto antes para acabar con aquel asunto tan delicado, quizá el más delicado que jamás le hubiera tocado resolver.

Al atravesar el Desfiladero se sintió un poco más seguro, no sabía por qué. Creía que esa frontera natural también dejaba atrás los riesgos, los riesgos de que todo se frustrara, que algún policía le reclamara a la persona que ahora venía en la ambulancia que les seguía. Pensaba que lo más difícil ya estaba hecho, que ahora todo era cuestión de llegar a Madrid y llevarla

cuanto antes al aeropuerto de Barajas para repatriarla a Venezuela en el avión de Ipostel que estaría esperando su llegada, el mismo avión que la Embajada utilizaba para transportar la valija diplomática. Había sido una decisión del embajador Guerrero Rosales, y él la consideraba oportuna para evitar nuevos problemas con las autoridades españolas, dotarle a la muchacha de la inmunidad diplomática que permitía el avión oficial. También era oficial el coche donde él y el chofer enviado por la Embajada viajaban y escoltaban a la ambulancia donde iba la mujer con un chofer y una enfermera. Ambos vehículos los había enviado el embajador desde Madrid a Donostia en cuanto él le avisó que ya había recuperado a la muchacha, pero que su estado de salud estaba en riesgo y que no podría viajar en un coche cualquiera. Fue cuando Guerrero Rosales le envió los dos vehículos.

Mientras el humo del cigarrillo salía a toda velocidad por la ventanilla mezclándose con el aire de afuera, el cónsul reflexionaba sobre cómo se habían encadenado los acontecimientos en las últimas horas. Sabía que el comandante Morales estaba sobre el asunto, pero el paso del tiempo, y, sobre todo, la falta de noticias y el nulo apoyo que había recibido en la comisaría de Donostia ya le habían hecho pensar lo peor, que jamás podría resolver aquel asunto y que la desaparición de la venezolana iba a engrosar la lista de casos de personas que desaparecían sin dejar rastro en aquella España franquista. Era una posibilidad que había manejado desde el principio, que jamás se supiera nada del destino que hubiera sufrido, que todo quedara en una denuncia más que se archivaba y que no tendría solución alguna, que sus familiares se quedaran nada más con la angustia de no saber qué le había sucedido en realidad a la muchacha. Pensar que en la ambulancia que venía detrás iba destrozada,

pero viva la mujer le reconfortaba, pues muchas veces pensó que sería una empresa imposible. Aún no les había notificado nada a la familia, esperaba llegar a Madrid y embarcarla en el vuelo de Ipostel. Solo cuando el avión hubiera despegado y no hubiera posibilidad de marcha atrás les llamaría; quería estar completamente seguro de que lo había logrado. Su duda era si decirles algo sobre la situación de salud de la muchacha, o, mejor dicho, contarles algo sobre lo poco que él había sabido en el hospital de Donostia. No quería echarles a perder la alegría de saber que estaba con vida con detalles como los que le había contado de forma confidencial la enfermera de Donostia. Era mejor que su primera reacción fuera la alegría, ya se encargarían después las autoridades en Venezuela de contarles los detalles. También de proporcionarle las atenciones médicas necesarias.

A las 8 de la mañana el comandante Morales le había llamado al hotel donde se hospedaba para decirle que la mujer venezolana se encontraba en la Residencia Nuestra Señora de Aránzazu, donde la habían ingresado en urgencias. El comandante le informaba que había enviado a dos guardias civiles para que la protegieran y, sobre todo, para que ningún miembro de otro grupo policial pretendiera otra vez detenerla. Le conminaba a dirigirse al hospital cuanto antes para proceder a hacerse cargo de la muchacha y mover lo que tuviera que mover para evacuarla de España a la mayor brevedad posible, pues el tiempo con el que contaban antes de que se pudiese dar un escándalo diplomático era corto. Le informó también que su estado de salud era delicado, que ameritaba ser mantenida en el hospital, pero que eso era imposible, pues la evacuación era imprescindible para que no se complicara aún más la situación. Asimismo, le había dicho que los guardias civiles enviados a la Residencia Nuestra Señora de Aránzazu le iban a entregar un

salvoconducto redactado por él mismo para que no tuviera ningún problema en el camino a Madrid, lugar al que suponía la iba a trasladar para embarcarla en algún avión que saliera rumbo a Venezuela.

Llegó a la Residencia enseguida; encontró a los dos guardias civiles que custodiaban la habitación donde se encontraba la mujer, le entregaron el documento del comandante Morales, pero no le permitieron entrar a la habitación para ver a la venezolana. Todas sus protestas fueron en vano, y la justificación fue que era una orden que habían recibido de su superior. Intentó hablar con el médico que la había atendido para saber sobre su estado, y también cómo había llegado al centro hospitalario, pero el doctor de planta se negó a recibirlo. Entonces llamó al embajador Guerrero Rosales y le puso al corriente de las novedades, quien, tras escucharlo, decidió enviar con urgencia un coche oficial de la embajada y una ambulancia con una enfermera para que procediera a trasladarla a Madrid lo más rápido posible. Quiso hablar con el director de la Residencia. Supo entonces que era un militar de carrera, y tras varias escusas de estar muy ocupado, acabó por recibirlo en su despacho. Pero no le dio ningún tipo de información, más bien al contrario, le recomendó que sacara a la mujer cuanto antes, pues las oportunidades no son para siempre. Le advirtió de que no metiera sus narices donde no le convenía hacerlo, menos aún cuando se trataba de un extranjero al que no se le iba a permitir hacer nada que fuera contra el gobierno de España. La discusión fue breve pero ruda. El cónsul le había exigido que le entregara el parte médico de la ingresada, porque debía conocer su estado de salud para proceder con el traslado. Cuando el cónsul planteó la posibilidad de presentar una denuncia el director le había respondido claramente con una amenaza. Llévesela cuanto antes no vaya a ser que usted también se quede por un

tiempo aquí con ella. El desprecio por su calidad de extranjero había sido notable en todo momento.

Regresó donde los guardias civiles custodiaban la habitación, pero ya no intentó convencerlos de que le dejaran verla. Se sentó en un banco del pasillo deseando que los vehículos enviados por la embajada llegaran cuanto antes, aunque no iba a ser hasta después de varias horas, pues llegaban desde Madrid, y por muy rápido que viajaran, eso no sucedería hasta pasado mucho tiempo. Siguió sentado y vigilando la habitación. Leyó una y mil veces el documento del comandante, donde se autorizaba al representante del gobierno de Venezuela a transitar por el territorio nacional para el traslado a Madrid de una compatriota suya enferma que debía ser evacuada con urgencia hacia su país. En el documento también se rogaba a las autoridades policiales y militares que colaborasen como mejor pudiesen para llevar a cabo con éxito el traslado.

Siguió con la mirada el movimiento de médicos y enfermeras en el piso de la Residencia. Entraban y salían de habitaciones después de atender a los enfermos, o hablaban entre sí sobre sus quehaceres. Todos se daban cuenta de su presencia allí y lo miraban de reojo o cuchicheaban en voz baja. Cuando pensaba que los vehículos de la embajada estarían por llegar, unas cuatro horas y media después, llegó una enfermera a ofrecerle un café. Se colocó dando la espalda a los guardias civiles; mientras le ofrecía el café le hizo un gesto con la mano de que bajara abajo. Él no le entendió lo que quería decirle, y la enfermera le habló en una voz tan baja que casi no logró escucharla. Quería que se viera con una colega que estaba en la puerta de salida de la Residencia, que para moverse de allí diese la excusa de ir a fumar un cigarrillo.

Bajó a la planta baja y buscó la puerta de salida. Ya había mucha gente allí a esa hora. Personas que entraban o salían, podían ser visitas de los enfermos o gente que llegaba para alguna consulta médica. También médicos y enfermeras que entraban o salían de sus turnos. En una esquina, junto a una gran maceta con plantas, una mujer de edad madura, vestida de enfermera, le hizo un gesto para que se le acercara. Enseguida le contó lo que sabía, aunque nunca dejó de mirar a todos lados como temiendo ser objeto de represalias si alguien la sorprendía hablando con el cónsul extranjero. A la muchacha la abandonaron después de las seis de la mañana en la entrada de urgencias. Eran tres hombres que llegaron en un coche negro grande como los que usa la policía, la trajeron envuelta en una manta y la abandonaron sobre la acera. Después se fueron rápidamente. Una compañera que estaba tomando el aire a esa hora la descubrió y buscó ayuda. La habían ingresado en un principio en urgencias por el estado en el que se encontraba; era horrible lo que habían hecho con esa mujer. Primero la lavaron pues estaba cubierta de suciedad, era un espanto. Los médicos vieron enseguida que sufría una hemorragia por su vagina, y tuvieron que darle varios puntos de sutura para cerrar la herida. La enfermera se estremecía al relatarlo, decía que había visto varios casos de mujeres violadas y maltratadas, pero nunca una bestialidad como aquella. Que los médicos temían que sufriera además de hemorragia interna, por lo que habían recomendado ingresarla en cuidados intensivos, pero que el director se había negado en todo momento, obligando a que fuera trasladada a una habitación en planta. La mujer estaba completamente deshidratada, por lo que se le había colocado una solución gota a gota de suero y minerales mezclada con antibióticos debido a su estado. Porque no solo había sido violada, sino que también estaba quemada en todo el cuerpo,

al parecer con electricidad; tenía cortes en los pechos, en las piernas y en las nalgas. Todo su cuerpo es una llaga por los golpes, y es posible que en sus pulmones también haya algo pues su tos anuncia que se han llenado o bien de sus mocos o bien de algún otro líquido. Cuando acabó de darle la información al cónsul, la enfermera lloraba, jamás había visto nada semejante. Luego, sin dejar de mirar a su alrededor siempre, sin despedirse, se alejó entrando a la Residencia en dirección a su trabajo.

Cuando por fin llegaron los vehículos desde Madrid, pudo ver a la muchacha al ser sacada de la habitación donde estaba custodiada por los guardias civiles. Acostada en la cama, cubierta por las mantas, no se llegaba a apreciar nada de su cuerpo, pero su cara estaba morada, hinchada y varias cicatrices recorrían sus mejillas. Estaba dormida por los sedantes que las enfermeras le habían administrado, conectada aún a una botella de suero, pero su semblante era tranquilo, como si hubiera dejado de sufrir hacía tiempo. La subieron a la ambulancia y la sujetaron con unos cintos para que no se moviera con las vibraciones del camino. La enfermera recién llegada de Madrid le acomodó una almohada bajo la cabeza y colgó la botella de suero de un lugar sobre la camilla. Cuando la ambulancia estaba lista, los dos vehículos arrancaron en dirección a Madrid; justo en la puerta de la Residencia se había juntado alguna gente para ver partir la comitiva. Se veían caras tristes, la mayoría de trabajadores de la Residencia. En uno de los grupos el cónsul consiguió ver a la enfermera de edad que le había relatado lo que había sufrido su compatriota y que le saludaba bajando la cabeza.

El amarillo de las mesetas castellanas, el horizonte que se pierde de vista, parecían tener un efecto relajante en los pensamientos del cónsul. Había logrado su objetivo de recuperar

a la muchacha, había conseguido arrancarla de unas manos que seguramente pensaban deshacerse de ella bien pronto. Bastaba con ver en qué estado se encontraba. El relato de la enfermera le había dejado mal cuerpo, se le hacía imposible concebir que nadie pudiese llevar a semejantes extremos a otras personas. El chofer le había pedido permiso para parar a comer algo en el camino, pero él se había negado. Después de haber escuchado aquel relato se sentía incapaz de comer nada, y le alegó al hombre que se trataba de un asunto muy urgente y le prometió para consolarlo que al llegar a Madrid y entregaran a la joven en el aeropuerto le invitaría a una buena comida. Aquello pareció contentar al hombre y no insistió más.

Pero no era la situación de la joven lo que le preocupaba a Braulio Sifontes. Lo que le preocupaba era saber que todo el mundo lo había utilizado para sus propios intereses. Lo había utilizado el embajador de su país cuando le negó en redondo la posibilidad de presentar una denuncia contra la policía española por todo lo que le habían hecho a la joven venezolana. Razones de prioridad diplomática, le había dicho. Razones de prioridad diplomática que él sabía no eran sino intereses económicos que no era conveniente que se agitaran por una simple ciudadana maltratada. Sabía que nadie en el Estado español o en Venezuela iba a mover un solo dedo para conocer lo que realmente había sufrido aquella mujer, ni menos aún por saber quiénes habían sido sus verdugos. Todo acabaría en un apretón de manos con el que se firmaran convenios y acuerdos económicos, más ahora que este país parecía despegar económicamente y necesitaba el petróleo venezolano. La muchacha sería entregada a su familia en el estado desastroso en el que se encontraba; nadie en Venezuela les daría explicación alguna, les dirían que no es conveniente remover las aguas, que el gobier-

no de Venezuela ya hizo todo lo que estuvo en sus manos. Si sobrevive a sus heridas, la muchacha vivirá acompañada siempre por el temor y el horror de sus recuerdos. Y si no lo logra, si muere, las autoridades españolas y venezolanas se quitarán un peso de encima. Si alguien denuncia sus sufrimientos en Venezuela, si algún periodista es capaz de publicar su testimonio, le echarán la culpa a la dictadura española, a Franco y a su gobierno. Pero en la embajada nuestra en Madrid seguiremos recibiéndolos y apretándoles las manos cada vez que vengan a firmar algún negocio entre los dos países.

También lo había utilizado el comandante Morales; estaba claro que nadie hace nada sin un interés particular. Lo había utilizado, pues cuando le comunicó que la mujer estaba en la Residencia de Donostia, después de darle las órdenes de que la evacuara rápidamente, había cambiado el tono de voz. De manera amable se felicitó de las cosas que eran capaces de hacer a la hora de trabajar juntos, decía que debían seguir colaborando en el futuro. Pero no había tardado en decirle que en los próximos días le iba a enviar una lista de unos familiares y unos amigos que pensaban viajar a Venezuela en calidad de emigrantes, para que él les facilitara los documentos. Era un toma y dame, pensó el cónsul. Entraba dentro del juego. Pero sabía, o intuía al menos, que no todo se le había dicho sobre este asunto. Había hilos sueltos que su larga experiencia diplomática le advertía existían, aunque nadie los quisiera destapar. No podía ser una casualidad que el mismo día en el que la mujer venezolana había podido ser rescatada, dos miembros del cuerpo policial que la retenían en sus manos hubiesen resultado uno muerto y otro herido grave, y que casualmente el oficial al mando de la operación, supuestamente contra el contrabando, fuera ni más ni menos que su amigo el comandante Morales. La prensa

del día decía que se había producido una confusión cuando dos cuerpos policiales fueron a detener al mismo tiempo a un camión que transportaba contrabando, que en la confusión se dispararon entre sí, con el resultado de un miembro de la BPS muerto y otro gravemente herido. Pero su intuición se negaba a creer la nota de prensa; sabía que de una u otra manera la joven venezolana estaba implicada en aquel desenlace, aunque nunca existieran indicios que lo probaran. Tampoco era él quien se iba a poner a indagarlos; ya había logrado el objetivo que le habían marcado, sacar a la muchacha del Estado español. Después, seguiría con su trabajo, servir de enlace entre dos Estados, los dos con vergüenzas propias que esconder, pero cuyas relaciones económicas cada vez eran más fuertes.

XXVI

En una leyenda del estado venezolano de Aragua se cuenta que Araguaney era una princesa indígena. Su padre era el cacique de la tribu y deseaba que su hija se casase con algún poderoso de su pueblo. No permitía que la muchacha anduviese sola, ni tampoco que fuera al río a bañarse, pues los hechiceros le habían dicho que, si la muchacha se bañaba ahí los días de luna llena, nunca encontraría el amor de su vida.

Pero Araguaney era impetuosa, y no quiso obedecer a su padre ni tampoco a los hechiceros. Se escapó del poblado y fue a bañarse al río una noche de luna llena. Cuando estaba sumergida en el agua, sintió que alguien estaba observándola entre las sombras. Era un hombre muy alto que llevaba en sus manos sus armas de guerra. Era Tiquire, hijo del cacique rival de su padre.

El hombre entró al agua y se acercó a Araguaney; ambos jóvenes se vieron de cerca y se enamoraron de repente. La luna llena los acompañaba e hicieron el amor a la orilla del río.

Al saber lo sucedido, el padre de Araguaney se enojó, y en su rabia decidió encerrar a Araguaney en una choza protegida por varios de sus guerreros. Una noche oscura de luna menguante, Tiquire apareció y tras una dura lucha consiguió rescatar a la muchacha. Pero durante la huida, Araguaney resultó herida por una flecha. Tiquire la cargó entonces en sus hombros y huyó hacia el cerro más alto. Al llegar a la cima, se dio cuenta de que Araguaney había muerto.

La colocó entonces en el suelo, y tras llorar mucho su pérdida, se quedó dormido. Al despertar a la mañana siguiente, allí

donde había estado el cuerpo de la muchacha encontró un frondoso árbol de flores amarillas que brillaban como el sol. Lo abrazó un rato y cuando le llegó el cansancio se sentó bajo su sombra dorada, cruzó sus brazos sobre el pecho y se quedó dormido. Permaneció allí hasta que regresó la luna nueva, que en su cambio de fase había convertido a Tiquire en una imponente montaña.

Leyenda de la Montaña Indio Acostado, Aragua, Venezuela.

María Mercedes Antxeta llegó al aeropuerto de Caracas-La Guaira en el avión de Ipostel del gobierno venezolano. Cuando sus familiares vieron el estado en el que llegaba, rápidamente decidieron que fuera ingresada en un hospital de la capital venezolana. Su salud nunca se recuperó, por muchos esfuerzos que realizaron los médicos. Falleció a los 46 días de su regreso a Venezuela a consecuencia de las graves heridas internas que había sufrido durante los seis días que fue torturada en la comisaría de Donostia.

Sus familiares y amigos quisieron presentar una denuncia en Caracas, pero en ningún momento fueron apoyados por las autoridades venezolanas. Acudieron a la prensa para denunciar lo que claramente calificaban como asesinato, pero solamente fueron recibidos en el diario "El Nacional". En un editorial, este medio de comunicación escribía que a María Mercedes Antxeta la policía española la había asesinado por la única razón de tener ascendencia vasca. Que durante seis días completos los policías españoles la habían torturado salvajemente acusándola de «no querer colaborar con la unidad de España».

Pero ahí quedó todo el asunto. Las autoridades venezolanas jamás presentaron ni siquiera una nota de protesta ante el

gobierno de Madrid para denunciar el asesinato de una compatriota a la que se había sometido a terribles torturas en dependencias policiales. Por supuesto, en el Estado español jamás se abrió ni siquiera un expediente sobre el caso; ningún juez ni ningún policía investigó nunca qué había sucedido, ni se buscaron a los responsables de las torturas y de su muerte.

Muy al contrario, los policías responsables de lo sucedido a María Mercedes Antxeta, así como de los cientos o miles de casos similares al suyo, fueron reciclados en las nuevas policías que se fueron creando tras la muerte de Franco. La "nueva democracia" les agradeció sus servicios incorporándolos en las nuevas estructuras policiales que tomaron el mando en la represión y la persecución de todo aquel que no creyera en las bondades de su democracia. Muchos, los más viejos, se jubilaron con honores, recibiendo cuantiosas pensiones hasta su muerte. Otros siguieron ofreciendo sus "conocimientos" en la persecución de la disidencia durante muchos años después. Algunos, como el torturador Melitón Manzanas, aún hoy en día reciben homenajes y honores en museos de una supuesta memoria que insulta a la memoria colectiva de Euskal Herria, porque en ella se reconoce como legítimo el espantoso sufrimiento al que se sometió a miles de mujeres y hombres vascos y de otros pueblos.

XXVI

ataramiñe

El silencio del infierno
Fernando Alonso. *2003.*

Gosea lagun, laguna
Segapoto Kolektiboa. *2004.*

Kartzelako leihotik
Joseba Arregi. *2004.*

Seineri aurrez aurre kontaturiko ipuina
Joxe Blanco. *2004.*

Lunaren Goiztiri
Juan Luis Mugertza. *2005.*

Azeri gosetia
Kepa Etxebarria. *2005.*

Ataramiñe kantuz
CD. Hainbaten artean. *2006.*

Claude Gueux
Victor Hugo (itzulpena: Zorion Zamakola). *2007.*

Zimaren abenturak
Belen Gonzalez / Kepa Etxebarria. *2007.*

Kartzelako neurriak
Urtzi Zubizarreta. *2008.*

Mendian gora, mendian behera, Euskal Herrian zehar
Mahai–jokoa. Zorion Zamakola. *2008.*

Penumbras de un ayer
Iñaki Ojeda. *2009.*

Preso nago
Mikel Orbegozo. *2010.*

Bakarmortuko kronikak
Mikel Antza. *2011.*

Espetxetik at
Borxa Urberuaga. *2011.*

Ametsen txokoan bizi naiz
Ibon Muñoa. *2011.*

Ametsen txokoan
CD. Hainbaten artean. *2012.*

Kandela bat pizteko behar dena
Mikel Antza / Iker Moreno. *2012.*

Fakin xokona
Oier Goitia. *2012.*

Sasian barna
Xabier Makazaga. *2012.*

Preso nago 2
Mikel Orbegozo. *2013.*

Z^2
Mikel Antza. *2013.*

Agurra eta ohorea
Jokin Urain. *2013.*

Ainarak herrira itzuliko dira
Ibon Muñoa. *2014.*

Urte ilunak
Nelson Mandela (itzulpena: Ekaitz Sirvent). *2014.*

Ilargiraino!
Mikel Orbegozo. *2015.*

Burdin elorri arantzetan
Joseba Arregi. *2015.*

Haizea eta Lizar Magikoa
Kepa Etxeberria eta Xabier Ugarte. *2016.*

Kuku erlojua
Kepa Etxeberria eta Xabier Ugarte. *2016.*

Haizea
Hainbat egile. *2016.*

Bidean gaude, aurrera goaz, joan zirenekin
Ibon Muñoa. *2016.*

Kartzelako kronikak
Jexuxmari Zalakain, *2016.*

Axelko eta Otsoko bertsotan
Kepa Etxebarria. *2017.*

Udaberrian biziko gara
Ibon Muñoa *2017.*

Errezel berdeak
Jexuxmari Zalakain. *2017.*

Txori mezulariak
Joseba Erostegi 'Eltzikorta' / Lorea Erostegi Fernandez. *2018.*

Hamaika desio utopiarako
Ibon Muñoa. *2018.*

Egia baten egunerokoa
Oier Goitia. *2018.*

Gure memoria, gure historia
Ibon Muñoa. *2019.*

Basatza
Hodei Ijurko Irotz. *2019.*

Amonaren ipuin magikoak
Joseba Erostegi / Lorea Erostegi. *2019.*

Zaldi Zoro
Mari Sandoz (itzulpena: Aitor Fresnedo Gerrikabeitia). *2020.*

Gure Ama-Lur feminista da
Ibon Muñoa. *2020.*

Órale, compadre... ¡Nos vemos en Iparralde!
Arantza Eziolaza Galan. *2021.*

Urrun da zeru urdina. Ataramiñe 2002-2017
Euskal Errepresaliatu Politikoak. *2022.*

Zaldi Berdea
Jose Mari Sagardui Moja «Gatza». *2022.*

Barruan
Gartxot. *2022.*

Araguaney lorea
Martin De Aranezio. *2023.*

Flor de Araguaney
Martin De Aranezio. *2024.*

Este no es el libro que al autor le hubiera gustado escribir. No lo es porque en un principio el objetivo era realizar una crónica donde se relatara con el mayor lujo de detalles lo que sucedió en Donostia con la vasco-venezolana María Mercedes Antxeta en el verano de 1961. La decisión de realizar una novela ha sido consecuencia de la falta de información con la que se ha encontrado en todo momento. No ha sido posible encontrar descendientes directos o familiares de la joven ni en Venezuela ni tampoco en Euskal Herria. No existe ningún documento oficial en Venezuela que nos dé pistas sobre las torturas a las que fue sometida por la policía española, a pesar de que en la época sus familiares intentaron presentar algún tipo de denuncia ante las autoridades de ese país sudamericano. En archivos oficiales españoles el caso ni siquiera existe.

